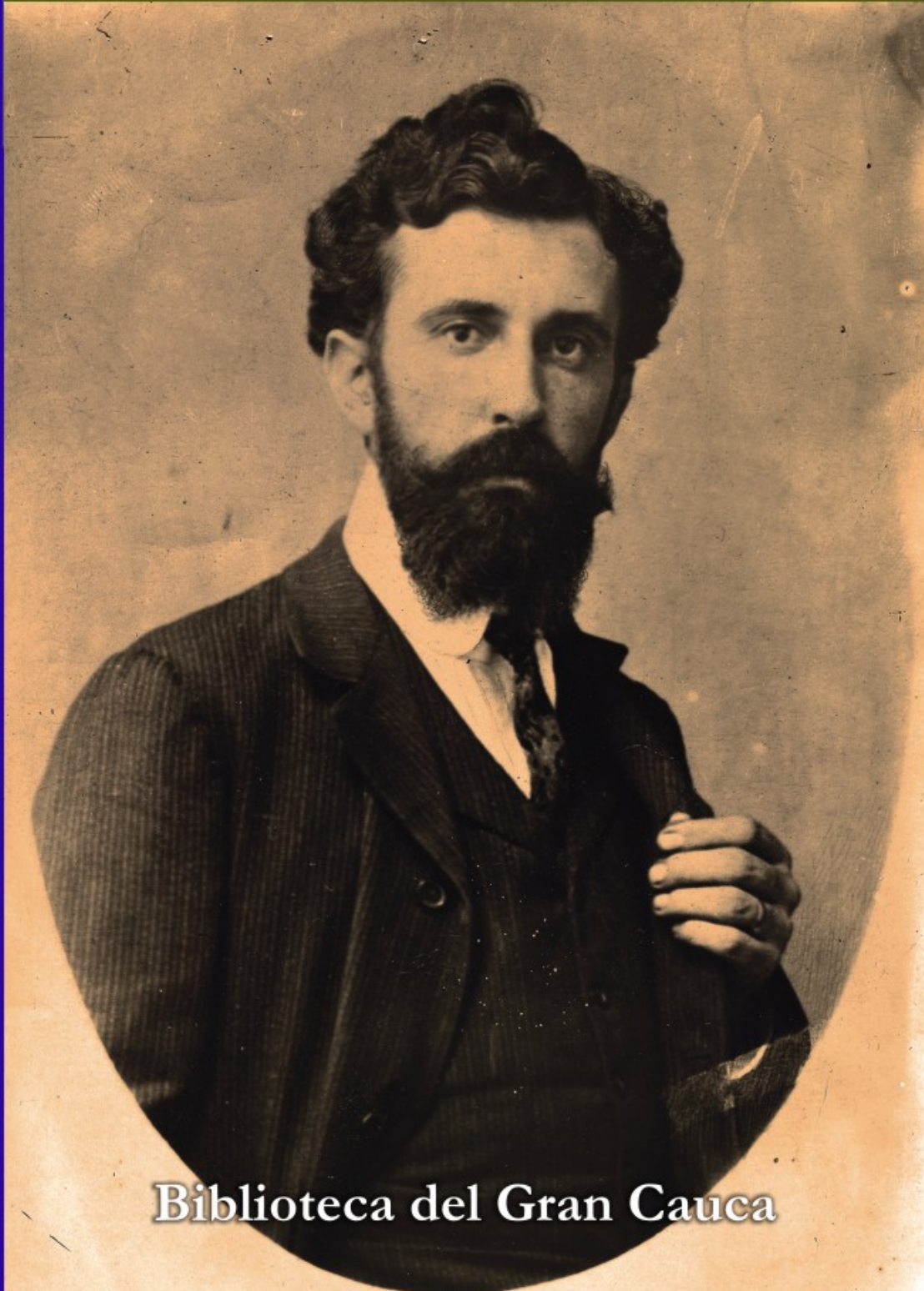


EUGÈNE ROBUCHON

*EN EL PUTUMAYO
Y SUS AFLUENTES*



Biblioteca del Gran Cauca

EN EL PUTUMAYO Y SUS AFLUENTES

Eugène Robuchon

Biblioteca del Gran Cauca

EN EL PUTUMAYO Y SUS AFLUENTES

Eugène Robuchon

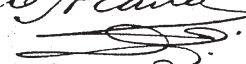
Segunda edición de
En el Putumayo y sus afluentes,
Edición oficial, Lima,
Imprenta La industria, 1907
Con nuevos materiales y notas

Editada por
Juan Alvaro Echeverri

Biblioteca del Gran Cauca
Universidad del Cauca

*Dedicado al Sr. Capitán
del Pelouas Pelous
Mr. A. W. Craig*

Manson, 3 Marzo de 1907.

J. C. Arana


EN EL PUTUMAYO

Y SUS AFLUENTES

POR

EUGENIO ROBUCHON

Miembro de la Sociedad Geográfica de París

EDICION OFICIAL



LIMA

IMPRENTA LA INDUSTRIA

Desamparados, 165

1907

Portada de la edición de 1907 con dedicatoria de Julio César Arana al capitán A. W. Craig



Foto de Robuchon, su esposa indígena Hortensia y su perro Otelo. Archivo de la Société de géographie de Paris, Bibliothèque Nationale de France, C. Pl. Sg P 2237, reproducido con autorización.

M. Robuchon (Eugène Jean Jacques)
explorateur en Bolivie
1893 - 1902.
né à Fontenay-le-Comte (Vendée)
le 23 septembre 1872.

(Maria Margarita Hortensia)
Guamiri - tribu des Caviñas
Fleuve Madre de Dios (N.O. de Bolivie)

Reverso de foto de Robuchon, su esposa indígena Hortensia y su perro Otelo. Se lee: « M. Robuchon (Eugène Jean Jacques), explorateur en Bolivie 1893-1902, né à Fontenay-le-Comte (Vendée) le 23 septembre 1872. (María Margarita Hortensia) Guamiri, tribu des Caviñas, fleuve Madre de Dios (N.O. de Bolivie). » Archivo de la Société de géographie de Paris, Bibliothèque Nationale de France, C. Pl. Sg P 2237, reproducido con autorización.



E. Robuchon rodeado de indios huitotos furuñas

Nota a esta edición

El explorador francés Eugène Robuchon desapareció en circunstancias oscuras en el río Caquetá en 1906, en el curso de sus trabajos de exploración para J. C. Arana y Hermanos, empresa cauchera que estuvo involucrada en escándalos por atrocidades cometidas contra los indígenas de la región del Putumayo en las dos primeras décadas del siglo XX. Las fotografías y notas geográficas y antropológicas dejadas por Robuchon fueron editadas y publicadas en Lima en 1907 por Carlos Rey de Castro, cónsul peruano en Manaos y asociado cercano de Julio César Arana.

Esta reedición contiene el texto íntegro y todas las fotografías de la “edición oficial” de 1907, que contiene la traducción del diario de la primera expedición de Robuchon al río Igaraparaná en los años 1903-1904. A este material hemos adicionado una introducción, titulada “La suerte de Robuchon”, tres fotografías de Robuchon tomadas del archivo de la Société de géographie de Paris, y la transcripción de un manuscrito de Robuchon encontrado en el Archivo diplomático y consular del Archivo general de la nación de Colombia. Este último documento contiene los diarios y anotaciones geográficas de Robuchon de la última expedición que realizó, entre octubre de 1905 y principios de 1906, luego de la cual desapareció en el río Caquetá.

Hemos modificado la ubicación de las fotografías con respecto a la edición original, y hemos colocado al final, como apéndice, las secciones iniciales de la edición de 1907 que contienen la correspondencia entre la Casa Arana y el Ministerio de Relaciones Exteriores de Perú referentes al contrato con Robuchon. Hemos agregado además como apéndice la traducción del informe del capitán Thomas W. Whiffen sobre la desaparición de Robuchon.

La autenticidad del libro póstumo de Robuchon ha sido objeto de controversia. Sin embargo, la comparación del manuscrito original del diario de Robuchon de 1903, que se encuentra en el

British Museum, con la traducción al español publicada por Carlos Rey de Castro – aquí reproducida – revela que los dos textos son exactamente equivalentes, con la excepción de algunos pasajes desfavorables a las actividades de Arara que fueron suprimidos. Estamos seguros que la obra que presentamos, y que hemos buscado enriquecer con todos materiales e informaciones adicionales que han estado a nuestro alcance, es una contribución a la historiografía de los turbulentos tiempos del auge cauchero.

Tabla de contenido

LA SUERTE DE ROBUCHON, por Juan A. Echeverri	19
Carlos Rey de Castro, editor del libro	22
¿Quién era Robuchon?	26
Las exploraciones de Robuchon entre 1903 y 1905	35
La suerte de Robuchon	42
Las notas antropológicas de Robuchon	48
TEXTO DE LA EDICION DE 1907: Diario de Robuchon de septiembre 1903 a enero 1904	57
Al lector, por Carlos Rey de Castro	59
En el Putumayo y sus afluentes, E. Robuchon	63
Primera Parte: De Iquitos al Putumayo	65
Capítulo I: A bordo del vapor “Putumayo” - La frontera ama- zónica entre el Perú y el Brasil - Leticia - Tabatinga-Capa- cete - La confluencia del Putumayo - San Antonio de Iça.	65
Capítulo II: Aspecto del río Putumayo - El Cotuhé -La isla 28 de Julio - La pesca en el río - El Yaguas - Alegría - Gaudencio - El Pupuña - Navegación nocturna.- El rio Igaraparaná - Situación geográfica de su confluencia - Sus establecimientos caucheros.	69
Segunda Parte: Entre indios caníbales	83
Capítulo I: La explotación del caucho en el Igaraparaná- Conquista de los huitotos - La Chorrera - Colonia Indiana - Fundación de los primeros centros caucheros - Las secciones.	84
Capítulo II: Los huitotos aimenés - Mis primeras observaciones antropológicas -Excursión a la Chorrera.	86
Capítulo III: En marcha hacia los huitotos - Mi primera noche en una casa de indios pofeitas - Separados del resto de la columna - El “manguaré” y su utilidad - Plato extraño de nuestra cena.	97
Capítulo IV: Las comunicaciones por el manguaré - La lluvia en el bosque - Atenas - División etnográfica de las tribus del Cahuinari - Salida de Atenas-Entre Ríos - Los huitotos kinenes.	106

Capítulo V: Cerca del Caquetá - Puentes suspendidos - Los antropófagos nonuyas - Trofeos de los devoradores de carne humana - El chupe del tabaco - Precioso ejemplar antropológico en cambio de algunas cuentas - Riocuriño - Último Retiro - Las tribus indígenas del Alto Igaraparaná.	110
Capítulo VI: Observaciones generales sobre los huitotos - Modo de extraer el caucho por los indígenas - Su amor a la libertad y el desprecio por la civilización - Costumbres y ornamentos de los huitotos - Danzas salvajes - Una escena de canibalismo.	118
Capítulo VII: Notas antropológicas - Las armas de caza y de guerra - Creencias religiosas de los huitotos - Notas etnográficas - Regreso a la Colonia.	121
MANUSCRITO: Diario de Robuchon de octubre a noviembre de 1905.....	131
Viaje al río Putumayo y sus afluentes - Río Igaraparaná a Caraparaná - e itinerario de reconocimiento al río Caquetá	133
Nota introductoria, por J.A. Echeverri	133
Capítulo Primero [único]: Nuestros preparativos de partida de la Colonia Indiana - Mi empleado se queda en la Colonia -El puerto aguas arriba de la caída de agua- Llegada a la casa de los indígenas huitotos.	137
APÉNDICES	147
Apéndice 1: Informe de T. W. Whiffen sobre la desaparición de Robuchon	148
Apéndice 2: Tribus indígenas del Putumayo	155
Apéndice 3: Vocabulario huitoto	158
Apéndice 4: El contrato de Robuchon con la Casa Arana	161
Apéndice 5: Nota de prensa en El Comercio de Lima (20 de octubre de 1907) sobre libro de Robuchon	169
Apéndice 6: J. C. Arana y hermanos - sucursales y dependencias	179
Apéndice 7: Croquis de la zona territorial del río Putumayo, ocupada por las empresas J. C. Arana y Hermanos	185
BIBLIOGRAFÍA.....	189
Fuentes en archivos	189
Referencias bibliográficas	190

Índice de fotos

Foto de Robuchon, su esposa indígena Hortensia y su perro Otelo..	7
Reverso de foto de Robuchon, su esposa indígena Hortensia y su perro Otelo.	8
E. Robuchon rodeado de indios huitotos furuñas	9
Foto de Robuchon en 1893, tomada por su padre Jules Robuchon.	27
La esposa de Robuchon y la india huitota María después del naufragio del vapor Ciry, en que perdieron todo su equipaje. .	39
Reverso de foto de Robuchon en 1893.	28
Vapor “Putumayo	66
Río Putumayo, cerca de la confluencia con el Amazonas	68
Río Putumayo, en la confluencia del Cotuhé.....	70
Isla 28 de julio	71
Río Putumayo. Estación peruana del Cotuhé	71
Rios Yaguas, afluente del Putumayo.....	73
Barraca Alegría.....	73
Archipiélago del Putumayo en Gaudencio	74
Confluencia de los ríos Putumayo e Igaraparaná.....	75
Región del Cahuinarí. Indios huitotos nonuyas delante de su choza	76
Barraca Medio Día	77
Barraca Indostán.....	78
Lancha “Huitota”, propiedad de J. C. Arana y hermanos.....	79
Colonia indiana. La antigua casa	80
Colonia Indiana. Desde la margen izquierda de la bahía	80
La Chorrera – caída de agua.....	81
La Chorrera – caída de agua.....	81
Cacique huitoto.....	82
Indios uitoto aimene	86
Familia de huitotos aimenes.....	88
Indio huitoto aimené.....	88
India huitota aimené con su hijo	89
India huitota aimené habitante de la región izquierda cerca de la Chorrera.....	89
Huitotos aimené con ligaduras de las piernas.....	90
India huitoto aimené	90
Indio huitoto aimené.....	91
Colonia Indiana. Indios huitotos cargadores.....	94
Indios huitotos nonuyas.....	94

Indias huitotas del río Igaraparaná	95
Casa de propiedad de J. C. Arana y hermanos.....	95
Chorrera – cargando materiales de construcción.....	96
Chorrera – Trabajos de edificación	96
En marcha hacia los huitotos.....	97
Otelo	98
Salvas de despedida.....	99
Indios huitotos cargadores.....	99
Un cauchero y sus intérpretes	100
Naikarena. Indios pofeitas.....	101
India pofeita vista de espaldas.....	102
Naikarena. India pofeita vista de frente	102
Hacia el Cahuinarí	107
India kinene pintada	108
Indias huitoto – kinenes.....	109
Indios huitotos nonuyas.....	112
India huitota nonuya (de perfil).....	115
Riacuriño. India huitoto nonuya.....	115
India huitota nonuya con su hijo	116
India huitota nonuya (de espaldas).....	116
Alto Igaraparaná. Barraca Ultimo Retiro.....	117
Barraca Buena vista, en el Alto Igaraparaná.....	123
Indio huitoto caniane alto igaraparana	124
Indio huitoto caniane	124
Indio huitoto caniane armado	125
Piragua indígena	126
Río Igaraparaná – El cañón de La chorrera	127
Río Igaraparaná – Entrada a las caídas de la Chorrera	128
Río Igaraparaná – Caídas de la Chorrera a media corriente.....	128
Bahía de la Chorrera.....	129
Facsímil de la primera página de manuscrito de Robuchon.	135
La señora de Robuchon y la hermana de éste en Poitiers.....	175
Indias huitotas afectas a La fotografía.....	176
La Chorrera - Indias huitotas civilizadas. Preparación de café	177
Indias huitotas civilizadas, al servicio de los establecimientos de La Chorrera de J. C. Arana y hermanos.....	177
Julio C. Arana	179
Lizardo. Arana	180
Vapor Liberal	181

Indice de ilustraciones

Portada de la edición de 1907 con dedicatoria de Julio César Arana al capitán A. W. Craig	5
“La conciencia de Arana” –La felpa, Iquitos, 14 diciembre 1907 ..	47
Facsímil de la primera página de manuscrito de Robuchon.	135

Indice de mapas

Recorridos de Robuchon entre 1903 y 1905 en la región del Putumayo	38
Recorrido de Robuchon en el río Igaraparaná entre septiembre de 1903 y enero de 1904. Mapa base: Croquis de la zona territorial del río Putumayo, ocupada por las empresas J. C. Arana y Hermanos, ca. 1904.....	83
Recorrido de Robuchon en el río Igaraparaná entre octubre 24 y noviembre 14 de 1905.....	141
Mapa “Rumbos del alto Igaraparaná”	144
Rumbos del Alto Igaraparaná (desde Colonia Indiana hasta Ultimo Retiro).....	145
Croquis de la zona territorial del río Putumayo, ocupada por las empresas J. C. Arana y Hermanos, comprendida entre los ríos Yapurá, Putumayo, Cara-paraná y Puerto Tacna.	187

La suerte de Robuchon

Juan Alvaro Echeverri¹

. . . nadie que haya estado en el Putumayo, y conozca bien a sus moradores, puede aprobar las saltantes inexactitudes que [el informe de Robuchon] encierra, y las exageraciones que se descubren a primera vista.

En el informe de éste se descubre una tendencia marcada en presentar al indio como un ser detestable, malo, traicionero, monstruoso moralmente, peligroso; y por último, como un antropófago terrible. Según estos párrafos fantásticos sobre las costumbres de los indios, sobre su extraña manera de ser y su forma macábrica de vivir, parece que nadie a no ser un osado, se atreverá a ponerse en contacto con ellos; pues tal como se pintan; es imposible establecer relaciones de trabajo con esa clase de gente que vive en orgías y que asesina sólo por el placer de comerse a sus semejantes.

Tales cuadros de horror, si dan idea de la imaginación exaltada del que los escribió, merecen más bien figurar en una novela espeluznante; pero de ninguna manera en el estudio serio de un hombre de ciencia, a no ser que se haya pretendido un objeto distinto, cuyos alcances no pretendemos conocer; salvo que el señor Robuchon, sin conocer bien el elemento que tan tétricamente presenta,

1 Antropólogo. Profesor Asociado, Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia (jaecheverri@unal.edu.co). La investigación sobre Robuchon en los archivos de la Société de géographie de Paris fue hecha posible por una beca “Legs Bernard Lelong” (2005) del CNRS. Agradezco a Legs Lelong, al Laboratoire d’anthropologie sociale (LAS/CNRS), al Equipe de recherche en ethnographie amérindienne (EREA/CNRS) y en particular a Jean Pierre y Bonnie Chaumeil por toda la colaboración y apoyo brindados en el curso de esta investigación. Agradezco a Jordan Goodman, investigador del Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL (Londres), por facilitarme acceso a información de su libro en preparación sobre el Putumayo, a Roberto Franco por facilitarme la copia del manuscrito de Robuchon hallado en el Archivo General de Colombia, y a Jürg Gasché por facilitarme la entrevista con John Brown.

se haya llevado de exageradas informaciones de los interesados, empeñosos en que se considere al indio como un ser deforme, peligroso e imposible de sojuzgar, a fin de atenuar los crímenes que contra él se cometieron. No hay otra explicación posible (Informe del Dr. Rómulo Paredes al la Prefectura de Loreto, en Valcárcel, 2004 [1915], pp. 401-402).

El Dr. Rómulo Paredes, juez suplente de Iquitos en 1911, acababa de regresar de la región del Putumayo cuando escribió estas indignadas palabras. Él venía de realizar una comisión judicial de investigación por denuncias contra directivos y empleados de la Casa Arana por atrocidades cometidas contra los indígenas del Putumayo. Durante cuatro meses el Dr. Paredes visitó las secciones caucheras de las empresas de Julio César Arana entre el río Putumayo y el río Caquetá, en hoy territorio colombiano y en ese entonces territorio en disputa entre Colombia y Perú.

Julio César Arana,² un comerciante con base en Iquitos, comenzó a realizar negocios desde finales del siglo XIX con caucheros colombianos establecidos en los ríos Igaraparaná y Caraparaná – afluentes del río Putumayo – utilizando mano de obra indígena. Arana, dueño de lanchas, abastecía los puestos caucheros y les compraba el caucho que se vendía en Iquitos y Manaos. Era el auge de los precios del caucho, los negocios florecían y Arana, como muchos otros, amasó una fortuna. Las dificultades de comunicación con el interior de Colombia, empeoradas por la Guerra de los Mil Días, hicieron que los caucheros colombianos tuvieran que depender cada vez más de los comerciantes peruanos. Arana, en pocos años, pasó de ser un abastecedor de insumos y comprador de caucho a apropiarse los fundos de los colombianos y establecer sociedades que pronto pasó a controlar por completo. Durante los primeros años del presente siglo abundan las denuncias de colombianos de la región por los crecientes atropellos de los intereses peruanos, que iban desde la intimidación para vender en términos desventajosos hasta ataques armados y asesinatos con el fin de apoderarse de las fundaciones y de los indígenas que trabajaban para ellas. Arana, en 1904, constituyó una empresa en sociedad con Benjamin Larrañaga, un pastuso, en lo que es hoy La Chorrera y en ese entonces Colonia Indiana. Larrañaga murió envenenado unos años más

2 Se ha publicado una biografía de Julio César Arana (Lagos, 2005).

tarde y Arana estableció allí su centro de operaciones desde el cual controlaba y abastecía numerosas secciones caucheras dispersas por todo el territorio.

El informe del enviado especial del gobierno británico Roger Casement (1985 [1911]), el libro del ingeniero norteamericano Hardenburg (1912), las investigaciones del Dr. Paredes y del Juez Carlos Valcárcel (2004 [1915]), entre otros, revelan que durante el período 1900-1911 se cometieron, en aras del floreciente negocio del caucho, las más crueles torturas y asesinatos contra los indígenas uitoto, bora, nonuya, ocaina, andoque, resigaró y muinane: flagelaciones, castigos en el cepo, decapitaciones, violaciones, quemazones, asesinatos de niños, mujeres y ancianos – lo que el ingeniero Hardenburg acertó en llamar “el paraíso del diablo”.³

Es justo por esa época, en 1904, cuando el gobierno del Perú decide contratar, por intermedio de la Casa Arana, al ingeniero Eugène Robuchon, miembro de la Société de géographie de París, para hacer un estudio geográfico y antropológico de la región. Robuchon desapareció misteriosamente en 1906 en el curso de sus investigaciones y las circunstancias de su muerte nunca se esclarecieron por completo. Se dice, como lo muestro más adelante, que Robuchon fue asesinado por la misma Casa Arana porque, al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo con los indígenas, dirigió su lente fotográfico a documentar los horrores y las torturas. Lo cierto es que escasamente un año después de su desaparición, la Casa Arana se apresuró a publicar sus notas y fotografías para documentar una versión exactamente contraria, amparada por la autoridad neutral de la ciencia.

3 La bibliografía sobre las atrocidades cometidas por los caucheros en el Putumayo es copiosa. La colección Monumenta Amzónica del CETA reeditó recientemente el libro del juez Valcárcel (2004 [1915]) y al año siguiente una compilación de escritos de Arana, Rey de Castro, Pablo Zumaeta y Carlos Larraburre y Correa, bajo el título *La defensa de los caucheros* (Rey de Castro et al., 2005); la introducción de Andrew Gray (2005) a este último volumen proporciona una excelente síntesis del asunto. Sidney Paternoster (1913), editor de la revista *Truth* (que fue instrumental para difundir las denuncias de Hardenburg), publicó un pormenorizado recuento de las denuncias. Angus Mitchell (1997) publicó los diarios originales de Roger Casement que proporcionan pruebas de la falsedad de los llamados “diarios negros” atribuidos a éste. Para una historia de las empresas caucheras en el Putumayo, véase Domínguez y Gómez 1990, 1994.

Carlos Rey de Castro, editor del libro

Las notas y fotografías de Robuchon, que componen el cuerpo de este libro, fueron editadas y publicadas por Carlos Rey de Castro, cónsul peruano en Manaos y uno de los asociados más cercanos de Julio Cesar Arana.⁴ Las notas de Robuchon aparecen enmarcadas en una compilación de documentos que exaltan la labor “civilizadora” de la Casa Arana en una región que en ese momento se hallaba en disputa con Colombia. Rey de Castro así lo expresa en su introducción: “Los estudios del señor Robuchon han de tener, indudablemente, fuerza probatoria en cualquier circunstancia en que sea preciso atestiguar cómo las energías peruanas se han ejercitado en las zonas que nos disputan algunos países vecinos” (p. v).

Fue precisamente en el año 1907, fecha de publicación del libro, cuando se inició en el Perú “el proceso del Putumayo” para investigar “los espeluznantes crímenes que se dice se cometían a diario en esos dominios” (Valcárcel, 2004 [1915], p. 89). Esta investigación tuvo su origen en la denuncia instaurada por un vecino de Iquitos, Benjamín Saldaña Rocca, ante uno de los Juzgados de Crimen de esa ciudad el 9 de agosto de 1907. Saldaña Rocca denunció “que en el Putumayo se habían cometido horribles crímenes” y los documentó en extenso colocando la responsabilidad en la mayoría de los directivos, empleados y jefes de sección de la empresa. Esta denuncia fue publicada en los periódicos *La sanción* y *La felpa*, de Iquitos, y en *La prensa* de Lima. El gobierno del Perú ordenó al Prefecto⁵ de Loreto, Carlos Zapata, que investigara administrativamente los crímenes denunciados. El juez Carlos A. Valcárcel, quien se hizo cargo de dicho proceso desde 1909, escribe lo siguiente sobre dicho funcionario:

La comisión confiada a Zapata, alarmó en extremo a la “Peruvian Amazon”⁶; pues para esta compañía, era cuestión capital el informe que debía dar Zapata.

4 Carlos Rey de Castro nació en Lima en 1866. Fue diplomático y escritor. Creó un círculo literario y contribuyó en varios periódicos. Fue cónsul en Santiago de Chile, Buenos Aires (Argentina), Paraguay y luego en Manaus (Brasil). (Chiriff 2005: 52).

5 “Prefecto” es equivalente a Gobernador del Departamento.

6 Desde 1907, la firma “J. C. Arana y Hermanos” se constituyó como la “Peruvian Amazon Company” con un capital de un millón de libras esterlinas en la Bolsa de Londres.

A toda costa era, pues, preciso para aquella negociación conseguir que Zapata no dijese la verdad sobre los crímenes denunciados; y este mal funcionario, secundado por Rey de Castro, cónsul del Perú en Manaos, que también se constituyó junto con Zapata y Arana al Putumayo, ocultó la verdad de lo que pasaba en aquella región, y el Gobierno del Perú se persuadió de que lo de los crímenes era una pura invención; y no se ocupó más del asunto; y los empleados de la compañía explotadora de la región antedicha, pudieron durante los años 1908, 1909 y 1910 seguir cometiendo crímenes impunemente; y los directores de la misma, aprovechar de esa actividad criminal (Valcárcel, 2004 [1915], p. 336).

Y agrega Valcárcel sobre Carlos Rey de Castro:

El alma de la confabulación infernal entre Arana, Zapata y Rey de Castro, para ocultar los crímenes del Putumayo, fue el último; y como éste es un hombre bastante listo, para adormecer más al Gobierno del Perú se valió de la prensa... y sin sacar a relucir su nombre, publicó en los periódicos de Iquitos sendos artículos, que Arana hacía reproducir en los diarios de Lima, artículos en que Rey de Castro hace aparecer a la casa Arana como benefactora del Perú; y como a una divinidad a su jefe, Julio C. Arana, a quien le llama *bienhechor y bendito* (*ibid.*, pp. 336-337).

Fueron tan hábiles manos las que editaron las notas y fotografías de Robuchon, y en momento tan preciso cuando la Casa Arana estaba desplegando esfuerzos para desmentir las denuncias en su contra. La denuncia de Saldaña Rocca quedó sin efecto hasta 1910,⁷ cuando el Fiscal de Loreto, Dr. Caveró, pide instaurar un juicio criminal sobre los hechos denunciados, basado en nuevas denuncias publicadas en Inglaterra por *Truth* y la Sociedad Antiesclavista de Londres. La Corte Suprema del Perú ordenó al juez Valcárcel de Iquitos que procediera a hacer la investigación. El juez suplente, el médico Rómulo Paredes, salió para el Putumayo el 15 de marzo de 1911 y regresó el 15 de julio del mismo año. Basado en la impresionante colección de pruebas recogidas por el Dr. Paredes, el juez Valcárcel dictó auto de detención contra el gerente y otros altos funcionarios de la Peruvian Amazon Company.⁸

7 El expediente fue a dar a las manos de Pablo Zumaeta, gerente de la Casa Arana en Iquitos, y quien estaba también enjuiciado.

8 Estos autos fueron revocados por la Corte de Iquitos, luego reinstaurados, hasta que finalmente: “El proceso sobre los crímenes del

Simultáneamente,⁹ las gestiones de la Sociedad Antiesclavista llevaron a que el gobierno británico sugiriera a la Peruvian Amazon Company que formara una comisión investigadora, la cual finalmente nombró en 1910. La Oficina de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña envió también a Roger Casement, un Alto Cónsul irlandés en Brasil quien se había distinguido por sus investigaciones sobre los escándalos caucheros en el Congo para determinar si había habido maltratos de los negros barbadenses, súbditos británicos, que trabajaban para la compañía. Las dos comisiones – de la Peruvian Amazon Company, conformada por el secretario Gieguld y otras cuatro personas, y la de Casement – llegaron juntas al Putumayo en septiembre de 1910. Casement envió sus informes a la Oficina de Asuntos Exteriores a principios de 1911, en los cuales se confirman las atrocidades que habían tenido lugar en el Putumayo. Estos informes serían confirmados por el informe del Dr. Paredes y el Juez Valcárcel.

La Oficina de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, en consulta con los Estados Unidos, publicó el informe de Casement en 1912 como el *Libro Azul*. En septiembre de ese año, el Cónsul británico Michell viajó en compañía del Cónsul norteamericano Fuller a La Chorrera, para verificar si la Peruvian Amazon Company había hecho mejoras en su trato a la población indígena. La comisión de los cónsules fue gentilmente acompañada por el mismo Julio César Arana, Pablo Zumaeta, y Carlos Rey de Castro, quienes, en palabras de Gray (2005: 24), “iban organizando danzas nativas y arreglando entretenimientos fotogénicos”. A pesar de esta situación, el informe del Cónsul Michell arrojó serias dudas sobre el mejoramiento de la situación en el Putumayo.¹⁰

Putumayo se encuentra pues en estado de *sumario* [en 1913], a pesar de que se inició el año de 1907, y probablemente no concluirá nunca; pues la Corte de Iquitos ha ordenado que se sigan tantos juicios como enjuiciados hay por delitos cometidos en el Putumayo durante diez años, y como son innúmeros esos delitos y existen *doscientos cincuenticinco enjuiciados* se formarán cuando menos doscientos cincuenticinco expedientes que no podrán tramitar los dos jueces de Iquitos . . . Lo que se pretende con semejantes procedimientos es que pasen algunos años para *echar tierra al asunto*” (Valcárcel, 1915, pp. 107-108).

9 Los tres párrafos que siguen están basados en la excelente introducción de Andrew Gray (2005) a *La defensa de los caucheros*, publicado en la colección Monumenta Amazónica del CETA (Iquitos).

10 La publicación del informe del Cónsul Michell provocó una airada respuesta de Carlos Rey de Castro, publicada en Barcelona en 1913

La publicación del informe de Michell obligó al gobierno británico a nombrar un “Comité Selecto” para investigar las “atrocidades del Putumayo”, que sesionó de noviembre 1912 hasta junio de 1913. El Comité centró sus esfuerzos en los directores británicos de la Compañía, pero el libro de Robuchon, editado por Rey de Castro, fue también objeto de su atención:

Otra discusión se centró alrededor del libro de Robuchon que, aunque fue publicado como propaganda de la PAC [Peruvian Amazon Company], incluyó varios pequeños pasajes referidos a la pérdida de la libertad de los indígenas. El Comité también *encontró un pasaje en la libreta de Robuchón, que Rey de Castro no había incluido*, que decía: “Ávidos por recobrar su perdida libertad y su independencia de días pasados, ellos piensan que los blancos, quienes han llegado a sus dominios en búsqueda de plantas valiosas, se irán cuando éstas desaparezcan” (Gray 2005: 25, mis cursivas).

El Comité Selecto tuvo a su vista “la libreta de Robuchon” y pudo cotejarla con el libro publicado. Tal libreta, con el original en francés de las notas de Robuchon, se encuentra actualmente en el British Museum (Goodman, en preparación), y la cita de Gray sugiere que la traducción publicada sólo difiere de las notas originales en la omisión de algunos pasajes como el citado; esto lo confirma Goodman quien tuvo a su vista el manuscrito del diario de Robuchon.

Julio César Arana, en su declaración escrita al Comité Selecto hace referencia también a la existencia de otra versión del texto de Robuchon a la cual habría tenido acceso tal Comité. Escribe Arana (Rey de Castro et al., 2005, p. 496):

Sin saber si el original de este libro [*En el Putumayo y sus afluentes*] entregado por nuestro conducto al gobierno del Perú era o no igual al que existía en Londres, sin comparar el texto de ambos ni averiguar nada en fuentes dignas de crédito, el comité se ha aventurado a declarar, de modo rotundo y terminante que en la *edición oficial*, pagada por el gobierno peruano, se han omitido diversos pasajes [...]. ¿No se les ha ocurrido a estos señores del comité que Robuchon pudo haber escrito primero el original que estaba en Londres y corregido, después, en el que se destinaba al gobierno peruano, lo que consideró inexacto? ¿Es admisible que Robuchon, hombre de no escasa inte-

(“Carta abierta”) y republicada en el volumen *La defensa de los caucheros* (Rey de Castro 2005 [1913], pp. 255-267).

ligencia, hubiera escrito un estudio, que le ordenó y pagó el gobierno del Perú, en forma susceptible de interpretarse como dañosa para los intereses peruanos?

Lo que sugiere Arana, que Robuchon hubiera primero escrito el original que está en Londres y luego lo hubiera corregido para los peruanos, parece poco plausible si examinamos la cronología y circunstancias en las que Robuchon escribió sus notas, en borrador e inacabadas, que terminaron siendo publicadas en el libro que ahora reeditamos.

Pero primero presentaremos al autor de las notas, Robuchon, su trayectoria hasta llegar a trabajar en el Putumayo con la compañía de Arana, para luego presentar las dos comisiones que realizó bajo su contrato y en el curso de las cuales redactó sus notas.

¿Quién era Robuchon?

Eugène Robuchon nació en Fontenay-le-Comte (Departamento de la Vendée, Francia) el 23 de septiembre de 1872, hijo mayor de Jules Robuchon y Sophie Cheneau.

Su padre Jules fue fotógrafo, librero y escultor; nació y vivió en Fontenay-le-Comte y desde 1898 se instaló en Poitiers hasta su muerte en 1922. Jules Robuchon fue miembro de la Société des Antiquaires de l'Ouest y autor de *Paysages et monuments du Poitou*, obra en fascículos profusamente ilustrada en la cual colaboró su hijo Eugène, y de *Paysages et monuments de la Bretagne*. Jules Robuchon dejó a su muerte una colección (el “fondo Robuchon”) de más de cinco mil clichés que ha sido conservada por sus descendientes.¹¹

Eugène perdió a su madre en 1874, cuando escasamente tenía dos años de edad. Fue el mayor de cuatro hermanos: dos hombres,

11 Se han rendido dos homenajes a Jules Robuchon como fotógrafo: uno en la Vendée en 1980 (Écomusée départemental de la Vendée, 1980) y otro en Poitiers en 1999 (Ribemont, 1999). Su hija, Eugénie Desointre (hermana del explorador), “que había ayudado a su padre hasta el fin de su vida, continuó después de su muerte la práctica de la fotografía y la edición de tarjetas postales. A la desaparición del artista en 1922, el fondo fue trasladado una primera vez del inmueble que servía de taller en Poitiers [...] para encontrar lugar en el que albergaba el negocio de su yerno M. Desointre, sastre [...]. A la muerte de este último, los clichés fueron albergados donde Mme. Rondeau [hija de Eugénie] en Les Herbiers [...]. Hoy en día [...] el fondo Robuchon está constituido por aproximadamente 5.000 clichés en diversos estados de conservación” (Ribemont, 1999, pp. 8-9).



Foto de Robuchon en 1893, tomada por su padre Jules Robuchon. Archivo de la Société de géographie de Paris, Bibliothèque Nationale de France, C.Pl. Sg P 2177, reproducida con autorización.

PHOTOGRAPHIE & LIBRAIRIE ARTISTIQUES
Jules ROBUCHON
3, Rue du Moulin-à-Vent
POITIERS

L'Explorateur Eugène Robuchon
l'année de son départ de Fontenay-le-
Comte (Vendée), 1893. — Né le 23^{bre} 1872

Reverso de foto de Robuchon en 1893. Se lee: « L'explorateur Eugène Robuchon l'année de son départ de Fontenay-lecomte (Vendée), 1893 – né le 23 7bre 1872 », y sello de la librería de su padre: « Photographie et librairie artistiques Jules Robuchon, 3 Rue du Moulin-à-vent, Poitiers ». Archivo de la Société de géographie de Paris, Bibliothèque Nationale de France, C.Pl. Sg P 2177, reproducida con autorización.

Eugène y Gabriel,¹² nacidos del primer matrimonio de su padre, y dos mujeres, Sophie y Eugénie, de su segundo matrimonio.

Robuchon comenzó sus estudios en Fontenay-le-Comte, los cuales continuó en Poitiers, antes de pasar tres años en la Escuela de Bellas Artes en París. Su padre intentó asociarlo a sus trabajos sobre Poitou, pero él, como escribe el Baron Hulot (1908, p. 14) en su semblanza del explorador, “lector apasionado de Julio Verne, no soñaba sino en viajes extraordinarios y descubrimientos maravillosos.”

En junio de 1893, a escasos 23 años de edad, se embarcó para América del Sur a reunirse con familiares que tenían negocios en Montevideo, donde pasó dos años aprendiendo la lengua y las costumbres del país. Robuchon planeó un viaje a través de la América del Sur que despertó la curiosidad de la prensa local y el 16 de febrero de 1896, en presencia de una multitud en la Plaza de la Independencia en Montevideo, partió solo, sin dinero, llevando por equipaje una tienda de campaña, algunos efectos para intercambiar y un cuaderno.¹³

Caminando, llegó a Buenos Aires, en un mes alcanzó la Cordillera de los Andes y el 2 de abril llegó a Valparaíso. Continuó solo hacia el norte, “sin otra compañía que un gran perro” (Hulot, 1908, p. 14), atravesando el desierto de Atacama y llegó a Bolivia. Allí fue recibido por el Vicecónsul francés en Oruro, quien le

12 Los dos hermanos colaboraron con la obra de su padre: “Sus dos hijos fueron a Paris a aprender el dibujo con Gastosn Girault [...]. Después de haberse separado de su padre, Gabriel se instalará en Paris donde, con el nombre de Mérovak, seguirá una carrera original [“pintor de catedrales imaginarias”]. Eugène Robuchon, quien le abandonará en 1896 para partir en expedición en América del Sur, colaboró igualmente gráficamente en la obra de su padre desde 1888” (Ribemont, 1999, p. 29). Un buen número de las ilustraciones de *Paysages et Monuments de la Bretagne* están firmadas por Eugène Robuchon.

13 La primera comunicación de Robuchon a la Société de géographie de Paris data de ese año. En la sesión del 24 de enero de 1896 de la Société aparece la siguiente entrada: “De Montevideo, M. Eugène Robuchon anuncia que [...] ha partido en un viaje de excusión y observaciones que comprenderá: Argentina, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, las repúblicas de América Central, México y los Estados Unidos. Este viaje, que deberá durar un año, se hará tanto a pie como a caballo. Los dos artistas [Robuchon planeaba el viaje con un compañero] escogerán de preferencia los puntos más pintorescos y que hayan sido menos visitados. En la ruta, recogerán vistas (pinturas), croquis o fotografías instantáneas” (Société de géographie, 1896, pp. 27-28).

recomendó presentarse ante el gobierno en la capital. En Sucre, fue recibido por el Presidente Severo Fernández Alonso, quien lo enlistó en una misión para establecer un fuerte y una aduana en la frontera nordeste de Bolivia con Perú y le dio el rango de subteniente.¹⁴ Escribe el Baron Hulot (Société de géographie, Ms.a., pieza 1):

Después de peripecias de navegación por los ríos Piray, Mamoré, Madeira y Beni, y una estación de más de tres meses en Riberalta retenido por la fiebre y las dificultades de relación con la administración local boliviana, a pesar de sus títulos oficialmente establecidos, llegó al fin al territorio forestal donde debería ser construido el fortín de aduana el 2 de noviembre de 1897. Fue necesario derribar la espesa selva por medio del hacha y del fuego antes de poder construir con materiales previamente escogidos entre los árboles caídos.

Su diario de viaje es del más grande interés de lectura por las informaciones que da de las campañas que hizo durante un año de estadía en esta estación, lejos del mundo civilizado, visitando las diversas tribus de indios que la habitan. La mayor parte de éstos de fácil relación, a excepción de los Guarayos contra los cuales tuvo que combatir y una flecha de los cuales lo hirió en la pierna.

Robuchon fue herido en un encuentro con los Guarayos y, abandonado de sus hombres, llegó a Riberalta. Allí se entera de la revolución boliviana y de la caída del presidente Fernández Alonso. Privado de su apoyo, destruye su contrato y una vez recuperado de sus heridas reemprende la exploración del Madre de Dios junto con dos gomeros del Carmen que se dedicaban a la explotación del caucho.

No lejos del Inambari, Robuchon encontró una joven indígena de la tribu Araoua-Caviña, quien había escapado de una masacre de los Guarayos sobre su tribu. Ella se apegó al explorador y

14 En las Actas de las sesiones de la Société de géographie aparece esta anotación: “Los límites entre Bolivia y Perú (de acuerdo a una comunicación manuscrita de La Paz, con fecha 3 de marzo de 1897): El Inambary, sobre la izquierda del cual se extiende la provincia peruana de Sandía, es el río que los bolivianos han siempre tenido como su frontera con el Perú, y al que ellos han enviado el personal necesario para la creación de aduanas sobre el Acre y el Madre de Dios. Un capitán (al cual está adjunto como teniente un francés, M. Ernst Rabuchon [sic]) comandará un fortín que debe ser creado sobre el Madre de Dios” (Société de géographie, 1897, pp. 431-432).

siguió sus pasos hasta Francia donde se convirtió en su esposa: María Margarita Hortensia Guamiri.

Esos fueron años felices para Robuchon, quien escribe en su diario de esa época (citado por Hulot 1908, p. 14):

Se duerme con un bienestar real que uno no sabría experimentar en otra parte que en este gran silencio apenas perturbado por el ruido de un insecto o el hálito ligero del viento entre las hojas de palma; noches sublimes inundadas a menudo de los rayos de la luna que transforma todo en un decorado mágico y misterioso. ¿Qué hay más bello que esta vida cuando uno ha sabido apreciar su encanto? La impresión es tan fuerte que apenas de regreso en el mundo civilizado uno aspira a volver lo más pronto posible.

Robuchon regresó a Francia el mes de marzo de 1902, habiendo permanecido nueve años en Sur América y cinco en las selvas del Madre de Dios.¹⁵ En Francia, donde permaneció poco más de un año, Robuchon se dedicó a conseguir apoyo y recursos para una nueva expedición, y adquirir los instrumentos y las técnicas y métodos necesarios para la exploración geográfica, naturalista y etnográfica.

Debemos recordar que, fuera de la instrucción básica que recibió en Poitiers, Robuchon sólo había asistido unos años a la Escuela de Bellas Artes en París, y su primer viaje en Sur América había sido más motivado por la curiosidad aventurera que por una agenda de exploración precisa. Fue sólo hasta este año, 1902 que Robuchon se convirtió en Miembro corresponsal de la Société de géographie de Paris.

En Poitiers, donde permaneció varios meses desde su llegada, contrajo matrimonio con Hortensia, su mujer indígena, luego de haberla hecho bautizar y recibir la primera comunión. Allí ofreció su primera conferencia, en noviembre de 1902, sobre sus viajes en Sur América. Una carta del secretario de la Société de géographie de Poitiers, M. Blanchat, dirigida al Secretario General nos da una idea de la impresión que el joven explorador produjo en sus colegas de provincia (Société de géographie, Ms.b, pieza 1):

El Sr. Robuchon hizo una conferencia, pero no en la Société de géographie, sino bajo su patrocinio. En efecto, este joven *viajero*, más que explorador, pretendía hacer pagar las entradas a su conferencia [...] yo he consentido

15 La noticia de que Robuchon había regresado a Francia en compañía de una mujer indígena apareció incluso en el *Daily Telegraph* en Londres (Jordan Goodman, en preparación).

solamente en presidir la conferencia asistido por la administración de la Société. El Sr. Robuchon se ha procurado la sala y ha asegurado la venta de las tarjetas de entrada.

Es un joven inteligente que partió hace cinco o seis años para la América del Sur donde él contaba hacerse a una posición. El ha hecho allá los oficios más diversos y volvió hace seis meses [...] no trayendo otro haber, yo creo, que una indiecita que había recogido en alguna tribu primitiva del Alto Amazonas; él la ha hecho bautizar en Poitiers, le ha hecho hacer la primera comunión ¡y se casó con ella!

En cuanto al bagaje de explorador, susceptible de alimentar una conferencia, es débil. La instrucción primera no estaba suficientemente sólida para permitirle ver, observar y reportar informaciones seriamente interesantes.

Por otra parte, el hábito de practicar en los dialectos bárbaros de las poblaciones con las cuales vivió, le han enredado un poco las reglas de la Retórica francesa y la pureza de nuestra lengua.

En suma, él no nos ha dado un punto de vista geográfico y mucho menos orográfico sobre esta famosa Cordillera de los Andes que nos es poco conocida, ninguna indicación interesante, y sin embargo él la ha atravesado y recorrido a menudo. En cuanto a la etnografía, no nos ha servido ninguna observación, ningún comentario interesantes. El nos ha contado sus peregrinaciones por medio de una sucesión de pequeñas anécdotas más o menos insignificantes.

Y concluye recomendando al secretario general: “Si yo fuera la Comisión central, yo dudaría de producir esta conferencia delante de la Société de géographie de Paris.”

A principios de 1903 ofrecerá también conferencias en la Société de géographie de Saint Nazaire y de Nantes, de las cuales se convertirá en Miembro honorario.¹⁶

16 En un diario de Nantes de enero/03 (el nombre y la fecha exacta del diario no aparecen en el recorte que está en Société de géographie [Ms. b, pieza 13]) se publicó una nota sobre la conferencia de Robuchon, la mitad de la cual está dedicada a la mujer de Robuchon. La nota, entre otros, destaca lo siguiente: “Aquí, la odisea de M. Robuchon se convierte en una novela [...] Hay que escuchar a nuestro explorador mismo contar cómo cuando descendía el curso de uno de los afluentes del río Amazonas, percibió una joven de la antigua raza americana que parecía buscar refugio; cómo le dirigió la palabra en la lengua de los salvajes: cómo le ofreció protegerla y ayudarla a encontrar su familia y su tribu. [...] Ella se mostró tan inteligente y dedicada que

El 23 de enero de 1903 da su conferencia en la Société de géographie de Paris, a pesar de la mala recomendación de M. Blanchat.¹⁷ Esta conferencia aparece reseñada en términos elogiosos en *La géographie*, el Boletín de la Société de géographie. La reseña concluye así (Société de géographie, 1903a, p. 154):

El presidente agradece personalmente a M. Robuchon por su interesante conferencia; ella le hace recordar recuerdos de juventud, que datan de 1853 [...]. M Robuchon de un solo golpe se ha convertido en teniente del ejército boliviano, pero luego le ha tocado transformarse en cauchero, uno de los oficios más pesados en los trópicos. Después de una decena de años pasados en América del Sur, M. Robuchon ha regresado a su país natal, trayendo su joven esposa, quien, en el curso de sus expediciones, lo ha sostenido en sus pruebas en medio de los más grandes peligros. El presidente, a nombre de la Société, dirige un afectuoso homenaje a Mme. Robuchon.

En su conferencia, Robuchon va a hablar bastante de los grupos nativos que habitan en el Madre de Dios: los Guarayos – “los más numerosos y los más peligrosos de los indios de la región ... indomables y bravos hasta la muerte”; los Iñaparés – “Ignorantes y ociosos, adoran el sol y hablan una lengua extraña que se parece a la de los Guarayos”; y los Araonas y Caviñas – “Bastante grandes y fuertes, bien musculosos, de largos cabellos negros en bucles, los indios de estas dos grandes familias son casi civilizados ... cultivan el maíz, el plátano y la yuca.”

Robuchon planea también conferencias ante la Société des américanistes (Société de géographie, Ms.b, pieza 12) y la Société de géographie commerciale (Société de géographie, Ms.b, pieza 5).

Consigue apoyo del Museo de Historia Natural, el cual lo encarga de recoger colecciones de botánica, zoología y antropo-

M. Robuchon no dudó en hacerla su compañera para el resto de su vida y se casó con ella. [...] Ella nos ha parecido grande y fuerte; no está desprovista de gracia en su traje todo europeo, y si bien sus rasgos difieren un poco de los de la raza caucásica, su figura no carece de encanto y respira bondad. La tribu Cahivas [Caviñas], a la cual pertenece, es conocida por demás por la dulzura de sus costumbres y carácter.”

17 Robuchon estaba muy entusiasmado con sus conferencias; en una carta dirigida al Secretario general (Société de géographie, Ms.b, pieza 4) le pide autorización para que puedan asistir 22 personas, más sus cónyuges y familias, amigos de la familia que han manifestado el deseo de asistir a su conferencia.

logía del río Madre de Dios, y del Ministerio de la instrucción pública y bellas artes, el cual le concede una misión científica gratuita. También solicita apoyo de la Société de géographie para material fotográfico (llevará en su viaje 50 docenas de placas fotográficas de vidrio [Société de géographie, Ms.b, pieza 4]) y adquiere un fonógrafo a cilindros de cera con todos sus accesorios, el cual quedará debiendo al vendedor y su padre se verá obligado a cancelar (Société de géographie, Ms.b, piezas 7 y 11).

En carta dirigida a M. Perrier, Director de Museos, le anuncia su plan de viaje (Société de géographie, Ms.b, pieza 5):

Belem de Pará y remontar el Amazonas hasta Iquitos (Perú), después tomando para el Urubamba y el Mishagua llegar al Paso de Fiscarral (Divortium aquarum del Urubamba y el Madre de Dios). Franquear éste y descender por el río Manu, el Madre del Dios y el Beni, hasta su unión con el Mamoré, formando el Madeira en la ciudad de Villa Bella. Remontar los ríos Mamoré e Itenes hasta el Matto Grosso y emprender por tierra el reconocimiento de las fuentes del Arinos. Descender en fin por el Tapajoz hacia Belem de Pará. Esta expedición durará dos años.

Mi tren de campaña es de los más reducidos y no somos sino tres personas. Un ingeniero amigo que reside en Pará y acostumbrado al clima tropical, Madame Robuchon y yo.

Este ambicioso plan de viaje, lo reduce en su comunicación al Secretario general desde el buque *Patagonia* (Société de géographie, Ms.b, pieza 9):

Nuestro itinerario es el siguiente: Manaos (Amazonas, Brasil), Iquitos (Ucayali, Perú). Remontar el río Urubamba hasta el Paso de Fiscarral, ganar por tierra el río Madre de Dios (Bolivia). Esta región es el punto principal de mis exploraciones; allí permaneceré dos años y me ocuparé de recoger documentos geográficos y etnográficos sobre este país.

Robuchon partirá finalmente de Francia el 8 de mayo de 1903. Los 14 meses que permaneció en Francia visitando su familia, formalizando la relación con su mujer indígena, ofreciendo conferencias, gestionando recursos y adquiriendo equipos, le han servido para regresar a Sur América en mucho mejores condiciones que antes, ya no como un viajero guiado por la curiosidad y la aventura, sino como un explorador científico respaldado por la Société de géographie, el Museo de historia natural y el Ministerio de la instrucción pública. Va equipado con un fonógrafo de cilindros

nuevo con todos sus accesorios, cámara y material fotográfico y de revelado, instrumentos de medición y equipo para colecciones botánicas, zoológicas y antropológicas.

Sin embargo, sus planes se irán transformando en el camino. Desde un principio hace amistad con Julio César Arana, a quien conoce en el barco que lo transporta de Manaus a Iquitos, y se quedará explorando los ríos del norte del Perú (Ucayali, Napo, Putumayo) hasta firmar un contrato con la empresa de Arana, en cuyos trabajos encontrará su destino final.

Las exploraciones de Robuchon entre 1903 y 1905

Robuchon se embarcó en el puerto de Havre el 8 de mayo de 1903 y llegó a Manaus el 15 de junio siguiente en compañía de su esposa, Hortensia. Llega a Iquitos el 20 de julio, pero no puede continuar el viaje como planeado porque los ríos Ucayali y Urubamba están secos. En comunicación a la Société de géographie (1903b, p. 251), fechada 15 de agosto de 1903, Robuchon

anuncia que después de una estadía de un mes en Manaus, hecha necesaria por las exigencias de la aduana y por razones de salud, ha remontado el Amazonas para ganar Perú. Durante esta estación, el río Ucayali y el Urubamba están secos y la navegación está interrumpida hasta diciembre. “Para no permanecer inactivos,” escribe, “partimos dentro de ocho días, Mme. Robuchon y yo, para el río Putumayo, que remontaremos tan lejos como sea posible y, por vía terrestre, alcanzaremos el Napo, que nos llevará de regreso hasta Iquitos. Este viaje durará tres meses. No faltan asuntos interesantes en esta región. Es una de las más curiosas desde el punto de vista antropológico. Las tribus indígenas, muy numerosas y un poco antropófagas, se sirven de la cerbatana y de flechas envenenadas. Mi aparato fotográfico funciona muy bien. Tengo una provisión de 50 docenas de placas y todos los instrumentos necesarios para la topografía, la antropología y la historia natural. En el correo de diciembre les enviaré todo lo que haya podido recoger en el Putumayo y que pueda interesar a la Société de géographie.

A pesar de que anuncia que enviará en diciembre los materiales del Putumayo, esta comunicación sería la última que Robuchon envió a la Société.¹⁸

18 Así lo afirma el Barón Hulot (1908: 14): “Esta carta es la última que recibimos directamente de él; pero resulta de la correspondencia con

Robuchon conoció a Julio César Arana en el barco que los conducía de Manaus a Iquitos, como aparece al principio de su libro: “Entre los informes que, durante el viaje, pude obtener de uno y otro de los pasajeros a bordo del *Preciada*, los que me interesaron más fueron los que me dio el señor don Julio C. Arana sobre sus propiedades y trabajos de explotación en el río Putumayo.” Así, Robuchon decidió aprovechar “las facilidades tan amistosas como especiales que me ofrecía para realizar el viaje al Putumayo y al Igaraparaná”.

Robuchon partió de Iquitos hacia el Putumayo el 15 de septiembre de 1903, en un barco de J. Arana y Hermanos y regresó a Iquitos el 20 de enero de 1904. En esta primera expedición descendió el río Amazonas hasta Santo Antonio do Iça en la boca del Putumayo, subió por este río hasta la boca del Igaraparaná, y ascendió por este último hasta La Chorrera. Desde La Chorrera hizo una comisión a pie por algunas secciones caucheras de la Casa Arana y regresó a Chorrera a finales de octubre de 1903. Las notas de esta comisión son las que están contenidas en la “edición oficial” que publicó el gobierno del Perú y que reproducimos en este volumen. Aparentemente, Robuchon permaneció en La Chorrera desde finales de octubre de 1903 hasta enero de 1904, pero no conocemos sus notas sobre este período.¹⁹

Sabemos, por la semblanza del Barón Hulot que durante este viaje Robuchon adoptó una niña bora de nueve años que habría comprado de un jefe indígena en el río Igaraparaná (Hulot, 1908, p. 15). “Esta pobre niña, que era huérfana, estaba marcada en el pecho y destinada a ser comida en las horribles fiestas de canibalismo en uso en su tribu”, escribe el Barón Hulot (Société de géographie, Ms.a, pieza 1).²⁰ Robuchon llevó la niña a Iquitos y más tarde la enviaría junto con su esposa a Francia.

El 25 de marzo de 1904, vuelve a partir de Iquitos para remontar el curso del río Napo, afluente del Amazonas, navegando

su padre que él hizo, desde esta época, una exploración del Igaraparaná, afluente izquierdo del Putumayo”.

19 Goodman (en preparación) escribe que durante ese período Robuchon recogió muchos artefactos, incluyendo algunos cráneos, tomó muchas fotografías e hizo registros de las lenguas indígenas en cilindros de cera.

20 Goodman (en preparación) anota que la niña (uitoto, según él) fue adoptada por Hortensia, la mujer de Robuchon, mientras éste andaba de comisión por la selva. La niña fue bautizada en Iquitos con el nombre de Rita un año y medio más tarde.

en un pequeño vapor que el gobierno peruano puso a su disposición. Regresó de esta segunda misión el 28 de julio siguiente. No conocemos las notas de esta expedición al río Napo.²¹ El 30 de agosto de 1904, Robuchon firma su contrato con J. C. Arana y Hermanos, cuyo texto aparece reproducido en esta edición. Después de esta fecha Hortensia y Eugène realizan la expedición al río Madre de Dios en Bolivia, de la cual regresan a mediados de octubre.

Desde entonces hasta agosto de 1905, “mientras esperaba la preparación de una tercera misión, puso un taller de fotografía y se entregó a la práctica del retrato para los aficionados de la región” (Société de géographie, Ms.a, pieza 1).²² Durante este largo receso en Iquitos Robuchon corta sus lazos con la Société de géographie y con sus patrocinadores en París y escribe a su padre que pronto estará trabajando bajo la bandera peruana.²³

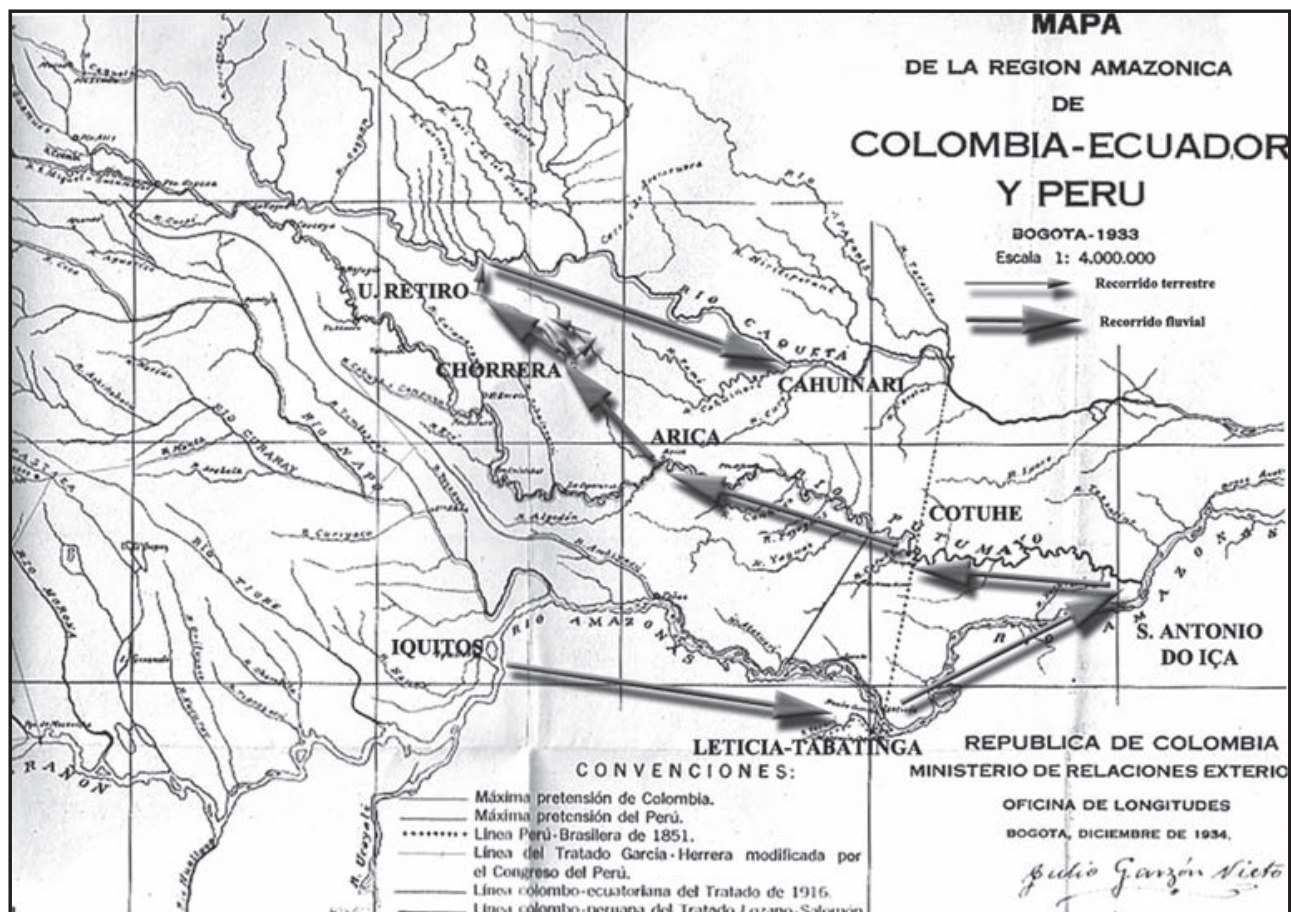
Antes de partir, en agosto de 1905, envió a Francia a su mujer, Hortensia, y a su hija adoptiva, Rita: “Dos de los actores de estos dramas de la selva virgen, la joven Caviña escapada de las fauces y del cuchillo de los Guarayos y la pequeña Pora [Bora], mujer e hija adoptiva de Eugène Robuchon, llevan hoy en día en Poitiers la vida apacible de la provincia” (Hulot, 1908, p. 15).

La última misión, de la cual no regresaría, tenía por objeto subir el río Igaraparaná desde La Chorrera hasta la estación Ultimo Retiro, cruzar por tierra al río Caquetá, descender por el Caquetá hasta su confluencia con el río Cahuinarí, subir el Cahuinarí y cruzar por tierra hasta el bajo Igara Paraná, llegando al sitio de

21 En julio 1904 escribe a su padre sobre sus planes de ir también hasta el río Madre de Dios en Bolivia, y que una vez que complete este viaje, retornará a Francia vía Lima, esperando estar en Poitiers en junio de 1906 (Goodman, en preparación).

22 Angus Mitchell (1997, p. 137), en su edición de los diarios de Roger Casement, afirma que Robuchon partió de Iquitos el 18 de septiembre de 1904 “con su gran danés Otelo y viajó a la Chorrera para comenzar su sondeo”. Esta fecha no parece coincidir con la información que tenemos.

23 La colección de artefactos que había traído del Putumayo ya hacía casi un año estaba todavía en Iquitos. Eugène acepta una sugerencia de George Lomas de enviar la colección al British Museum. Sus esperanzas de una relación más permanente con el British Museum se desvanecen con la muerte repentina de Lomas, su contacto con el Museo, y sus finanzas se hacen cada vez más precarias, esperando algún tipo de comisión por la colección enviada. Para complicar las cosas Eugène, Hortensia y Rita padecen de enfermedad. (Goodman, en preparación)



Recorridos de Robuchon entre 1903 y 1905 en la región del Putumayo (mapa base tomado de: Louis Le Fur, *L’Affaire de Leticia*, Paris, Pedone, 1934).

Santa Julia. La suerte de esta expedición la conocemos por dos fuentes: (1) un manuscrito presuntamente de Robuchon que se encuentra en el Archivo diplomático y consular del Ministerio de relaciones exteriores de Colombia (Archivo general de la nación, Ms.), inédito hasta ahora, el cual hemos traducido e incorporado a esta re-edición; este manuscrito comprende la primera parte del viaje, desde La Chorrera hasta Ultimo Retiro;²⁴ y (2) los eventos

24 Este manuscrito fue gentilmente facilitado por nuestro colega Roberto Franco. El manuscrito es “presumiblemente” de Robuchon porque al cotejar los trazos de la escritura del manuscrito con la escritura de correspondencia escrita por Robuchon en el archivo de la Société de géographie (de la cual tenemos mayor certeza de que es auténtica), es evidente que no coinciden. Este hecho es bastante desconcertante, porque no nos explicamos de mano de quién es la escritura del manuscrito. Ver además las inconsistencias en cuanto al personal que acompañaba a Robuchon entre lo que se dice en el manuscrito de Robuchon y la información de los diarios de Casement (ver nota siguiente).



La esposa de Robuchon y la india huitota María después del naufragio del vapor Ciryl, en que perdieron todo su equipaje. (La “india huitota María” se refiere a la niña bora (no huitoto) adoptada por Robuchon y su esposa, quien, según nuestra información, se llamaba Rita – nota del editor.)

reconstruidos por Thomas Whiffen a partir de los testimonios de los acompañantes de Robuchon, que narra los hechos ocurridos en el descenso por el Caquetá hasta la desaparición del explorador, los cuales discutimos en la siguiente sección y transcribimos en el apéndice.

Robuchon llegó a Chorrera a principios de octubre 1905; él escribe en sus notas: “no permanecí en La Chorrera sino justo el tiempo para poner en orden mis observaciones tomadas a lo largo de la ruta durante el viaje precedente” (Archivo general de la nación, Ms.). Presumiblemente, “el viaje precedente” se refiere a su primera misión ya hacía dos años, entre septiembre 1903 y enero 1904. Salió de La Chorrera río arriba el 26 de octubre de 1905, acompañado del siguiente personal: tres empleados de la Casa Arana que componían su cuerpo de guardia: Felix Cyrille, originario de Martinica, Hentsee King, negro de Barbados, y Simón Alvarez, peruano de Chachapoyas; el viejo Cyrille, quien hablaba francés, era quien indicaba al explorador los sitios y quebradas a lo largo de la ruta.²⁵ Iban además, como intérpretes, dos jóvenes indígenas “civilizados” uitoto *aimeni*, y otros ocho indígenas como remeros. Además de ellos, iba una mujer indígena, a quien en unas partes llama “Lola”, en otras “Flora”, y aún en otras “Fl.” o “xxx”. Ella, aunque enferma de paludismo y con fuertes fiebres, “había querido cuando sea acompañarme y reposaba en el fondo del ‘pamacary’ sobre una litera improvisada.” Por último viajaba Otelo, el perro gran danés que siempre acompañaba a Robuchon.²⁶

25 Según los diarios de Casement, el negro Frederik Bishop también habría acompañado a Robuchon. Casement escribe (Mitchel, 1997, p. 272): “...Bishop [...] me contó de una vieja Capitana que él y Robuchon encontraron en el Caquetá en 1906, quien fue muy buena con ellos y les dio comida”; y continúa Casement: “Estoy registrando el recuento de Bishop de su viaje al Caquetá en otra parte; es de lo más interesante, y trataré de darlo en sus propias palabras”. Mitchel (*ibid.*) agrega en una nota: “Esta declaración no aparece en el *Blue Book* [la publicación del informe de Casement al Foreign Office]”. En otra parte (*ibid.*, p. 318), Bishop cuenta a Casement de unos dardos que se utilizan como armas y que “él vio mujeres así armadas, en una isla en el Caquetá, quienes vinieron a oponerse a la llegada de Robuchon, pensando que había venido a cogerlas para trabajar caucho.” Aún en otra parte escribe Casement (*ibid.*, p. 331): “El [contrato] de Bishop se perdió cuando todas sus cosas se perdieron con Robuchon hace tiempo...”

26 En 1971, Terence McKenna pasó por Puerto Leguizamo en ruta hacia la Chorrera. En Leguizamo conoció a John Brown, un negro

Gran parte del manuscrito consiste en lo que Robuchon titula “Rumbos del Alto Igará Paraná” (Archivo general de la nación, Ms., folios 91-99, verso y reverso); se trata de unas tablas con indicación de hora, distancia, azimut y observaciones de cada tramo del río. En total, Robuchon anota 371 registros de distancia y azimut; con ellos, elaboramos un mapa que acompaña la transcripción del texto (ver más abajo). El resto del manuscrito (*ibid.*, folios 100-103, v. y r.) es su diario, el cual está incompleto y hacia el final tiene unas páginas en borrador, luego transcritas en limpio. El diario contiene los primeros cuatro días del total de 14 días registrados en su tabla de rumbos. Ellos salen en tiempo de aguas en creciente, cuando hay lluvias torrenciales y el río corre a gran velocidad. Con grandes dificultades, arrastrando el bote por un pequeño chorro, el primer día logran llegar a unos pocos kilómetros aguas arriba. El primer incidente se presenta con el perro; en el afán de la partida, Robuchon olvidó su perro Otelo y sólo cae en cuenta al cabo de la primera jornada. Debe enviar un indígena a La Chorrera para que lo traiga de regreso. El segundo día se pasa esperando que traigan el perro y acomodando mejor el bote. El emisario indígena regresa con el perro, pero totalmente borracho y haciendo escándalo. Robuchon, a causa de esto, lo despide y no le permite seguir en la expedición. Esas dos noches duermen en casa de Opakiño – los acompañantes, porque Robuchon duerme en el bote. La siguiente noche duermen cerca de la maloca de los “Naimedes” (probablemente el clan *naimeni*, “gente dulce”). El cacique por la mañana los va a visitar y les ofrece dos remeros más para la expedición. Al día siguiente, paran en la maloca de Ificuray (probablemente Jifikurai, nombre personal del clan *jifikueni*, “gente de caimo”). Allí termina el diario y el manuscrito concluye con algunas páginas, en borrador y en limpio, con consideraciones generales sobre la vegetación y la geografía del río.

La comisión llegó a Último Retiro el 4 de noviembre;²⁷ de allí cruzaron por tierra al río Caquetá, y descendieron este río hasta su confluencia con el río Cahuinarí. En este último sitio fue donde vieron por última vez a Robuchon.

americano que había trabajado para la Casa Arana y quien había hecho parte de comisión de rescate de Robuchon. Brown dijo a McKenna: “Sí, tenía una esposa witoto y un enorme perro negro que nunca le abandonaba” (McKenna, 2001).

27 El 14 de noviembre de 1905, Eugène escribe, desde el puesto cauchero de Urania en un pequeño afluente del alto río Igarapará, la última carta que habría de enviar a su padre (Goodman, en preparación)

La suerte de Robuchon

Thomas Whiffen, un capitán inglés quien recorrió la región entre 1908 y 1909, realizó una pormenorizada investigación sobre la suerte del explorador francés, cuyo texto completo incluimos en un apéndice al final de esta introducción.²⁸ Según Whiffen, Robuchon, con un grupo de negros e indígenas, subió por el río Igaraparaná; de allí cruzó al río Caquetá y salió arriba de la quebrada Coemaní. Bajaron en canoa por el Caquetá, pero naufragaron en los rápidos de Angosturas, perdiendo gran parte de sus provisiones. En una balsa lograron llegar hasta la desembocadura del río Cahuinarí, donde Robuchon se quedó con su perro Oteló y una mujer indígena, enviando a los otros acompañantes Cahuinarí arriba para buscar ayuda. Según Whiffen sus acompañantes se separaron de Robuchon el 3 de febrero de 1906. La ayuda llegó diez semanas después, encontrándose desierto el campamento donde habían dejado al explorador francés. Se encontraron algunos objetos, algo de comida, y una nota clavada a un árbol, ilegible a causa del sol y el agua.

Según su libro, Whiffen regresó al sitio dos años más tarde en compañía de John Brown, un negro norteamericano quien había hecho parte de la fallida comisión de rescate, y no pudo encontrar ninguna pista adicional sobre su paradero. Whiffen recorrió el Caquetá desde la desembocadura del Cahuinarí aguas abajo hasta casi la desembocadura del Apaporis, en la actual frontera entre Colombia y Brasil, sin encontrar ningún rastro de Robuchon ni de ocupación indígena alguna. Regresó y subió por el Cahuinarí hasta donde habitaban indígenas bora en la quebrada Pamá, sin que le supieran dar noticia de que le hubiesen visto o supiesen de él. Whiffen concluye que Robuchon no habría muerto de hambre en ese campamento donde lo dejaron sus compañeros, sino que lo habría abandonado voluntariamente dejando indicada su ruta en aquella nota que la lluvia y el sol borraron. El plantea cinco rutas hipotéticas que podría haber tomado Robuchon: regresar

28 Thomas Whiffen (1878-1922); oficial del 14th Hussars fue herido durante la guerra anglo-boer. In abril de 1908, “motivado por el ‘cansancio de la civilización’ y la idea de completar el viaje no realizado de Alfred Wallace de descender el Vaupés junto con el deseo de revelar la verdad detrás de la muerte de Robuchon, emprendió la exploración del noroeste amazónico” (Mitchell, 1997, p. 73). Sobre Whiffen y Robuchon, ver además Barthes y Vasallo (2003) y Chedeville (2005).

aguas arriba por el Caquetá, cruzar el Caquetá en dirección al norte, tomar el Cahuinarí aguas arriba, descender por el Caquetá, o tomar camino por el monte. Whiffen no encuentra ninguna pista que le permita concluir con certeza qué ruta pudo haber tomado: las dos primeras eran muy improbables, la tercera no había recibido confirmación de los indígenas bora, y las otras dos parecían soluciones desesperadas. Whiffen concluye finalmente (1915, p. 12):

Yo presumo que fue localizado por una banda de indígenas visitantes, capturado, y asesinado o llevado en cautiverio a su guarida en la banda norte del Yapurá [Caquetá]. Sugiero la probabilidad de que hayan sido indígenas de la banda norte del Yapurá porque, hasta donde pude conocer, no es la costumbre de los bora del Pamá viajar a la desembocadura del Cahuinarí, puesto que ellos pueden obtener del río todo lo que necesitan en puntos más fácil y rápidamente accesibles a ellos. No había indígenas residentes en la vecindad, pero indígenas del otro lado del Yapurá hacían excursiones cuando el río estaba bajo en busca de cacería o de tortugas y sus huevos.

Es a una de esas accidentales bandas de indígenas que yo, con renuencia, me veo forzado a atribuir la responsabilidad por la muerte de Eugenio Robuchon en marzo o abril de 1906.

La renuencia de Whiffen hace pensar que él no estaba escribiendo todo lo que pensaba. Tal vez se vio forzado a endosar la versión oficial de la Casa Arana de que Robuchon pereció a manos de “indios antropófagos que frecuentan estos parajes”.

John Brown, el negro que guió a Whiffen, nos aporta detalles adicionales sobre el viaje de Whiffen y de su investigación sobre la muerte de Robuchon.²⁹ Brown encontró a Whiffen en Iquitos en 1908, y éste le pidió que lo acompañara al Putumayo porque quería investigar sobre la desaparición del explorador francés. Brown le respondió que lo acompañaría bajo la condición de que lo dejara ser su “jefe”, porque “si usted va mirando y averiguando por la suerte de Robuchon, usted perderá su vida y yo la mía también, como ocurrió con Robuchon, porque esa Casa [Arana] es peligrosa.” La comisión debería hacerse en secreto sin que nadie se enterara de su verdadera motivación, y Brown informaría a los jefes en La Chorrera que el “gringo” venía porque quería

29 Entrevista a John Brown en Puerto Leguizamo por Jürg Gasché y Mireille Guyot, julio 17 de 1969.

ver los indios y andar por el monte. Con Brown, Whiffen anduvo seis meses visitando los indios que trabajaban para Arana en las secciones de La Chorrera y luego en las secciones pertenecientes al Encanto, pero Whiffen nunca viajó hasta el Cahuinarí hasta el último campamento de Robuchon: “No, Whiffen no fue, yo le di la información pero él no fue al Cahuinarí; yo fui al Cahuinarí y le di la información de lo que vi, el campamento y la choza de Robuchon.” Brown fue en busca de Robuchon haciendo parte de una comisión de 25 hombres enviada por la Casa Arana en 1906, dos años antes de la llegada de Whiffen. Esa comisión, según Brown, era un “simulacro”, porque Robuchon fue muerto por la misma Casa Arana: “Sí, ésa es la razón por la que murió, porque estaba tomando fotografías de las acciones con los indios, las muertes, los asesinatos y todo eso; por eso, la Casa [Arana] se enteró que él estaba haciendo eso.”

Según Michael Taussig, basado en las actas de sesiones del *Select Committee on Putumayo Atrocities* del Parlamento inglés, Carlos Rey de Castro se reunió con Whiffen en 1909 cuando éste iba de regreso para Inglaterra. Whiffen informó al *Select Committee*: “Le mostré [a Rey de Castro] las notas y mis borradores de mapas. El estaba muy interesado en todo esto. El me informó que él había editado el libro de Robuchon sobre la región en cuestión y que quisiera tener mis notas a mano para tratarlas de la misma manera como había tratado las notas de Robuchon” (citado en Taussig, 1987, p. 118). Continúa Taussig (*ibid.*):

Unos pocos meses más tarde Arana se reunió con Whiffen en el Nouvelle Hotel donde almorzaron. Arana le preguntó sus opiniones sobre las revelaciones de atrocidades de Hardenburg en *Truth*. El estaba ansioso de saber si *Truth* se había acercado a Whiffen para que les suministrara más pruebas condenatorias. Dos semanas más tarde ellos cenaron en el Café Royal en Londres, y Whiffen informó a Arana que tenía que preparar un informe para la Foreign Office. Ellos tomaron champaña toda la noche. . . Los recuerdos de Whiffen la mañana siguiente no eran muy claros. Parecía que Arana le había preguntado cuánto dinero él requeriría para escribir un informe al gobierno del Perú. Whiffen le dijo que sus gastos habían sido de 1.400 libras esterlinas y comenzó a copiar lo que Arana le dictaba. Esto era en español y el español de Whiffen, más tarde él admitió . . . , era muy pobre. Cuando Arana pidió el papel, Whiffen sospechó y lo rompió. “Yo pensé que él me había puesto una trampa”, contó al *Select Committee*.

. . . Se supone que Whiffen había escrito que él escribiría un informe para el gobierno del Perú diciendo que *no* había visto ningunas irregularidades en el Putumayo.

El libro de Whiffen apareció unos años más tarde y no contiene mención alguna sobre maltrato a los indígenas por la compañía cauchera, ni desmiente la versión de la Casa Arana sobre la desaparición de Robuchon, aunque aceptándola a regañadientes. Estas entrevistas en Manaos, París y Londres con Rey de Castro y Arana parecen indicar que Whiffen, quien estuvo en la mejor posición para averiguar la suerte de Robuchon, no reveló todo lo que sabía en su publicación.

La versión de la Casa Arana, que Rey de Castro hace pública en la “edición oficial” del libro de Robuchon, difunde la idea de que éste desapareció por causa de los indígenas de la región: “Los señores Arana y hermanos presumen, con fundamento, que el señor Robuchon haya sido víctima de los indios antropófagos que frecuentan estos parajes” (Rey de Castro, en este volumen). Como hemos visto, las causas de la desaparición de Robuchon nunca fueron claramente establecidas y hay más versiones que la de John Brown que aseguran o insinúan que Robuchon fue hecho desaparecer por la misma Casa Arana.

El juez Carlos A. Valcárcel (2004 [1915], p. 402) así lo afirma:

El informe del ingeniero francés, don Eugenio Robuchon. . . sólo se conoce por la traducción que de él ha hecho, el ex-cónsul del Perú en Manaos, Rey de Castro; y habiéndose portado éste, en la cuestión del Putumayo, de la manera que hemos referido en otro capítulo del presente libro, no merece fe, esa traducción.

Además, los originales, escritos por Robuchon, fueron recogidos por Arana, cuando murió dicho ingeniero; y es muy probable, que se haya prescindido en la traducción indicada, de capítulos, cuya publicación, podría ser perjudicial a los intereses de Arana.

Esta presunción adquiere más fuerza, si tiene en cuenta, que es voz pública en Iquitos, que el ingeniero Robuchon fue asesinado, no por los indios del Putumayo, como lo ha propalado la casa Arana, sino por lo empleados de esta casa, con el objeto de apoderarse de fotografías tomadas por Robuchon en momentos en que se aplicaban tormentos a algunos indios por aquellos empleados; así como de indios mutilados por los mismos empleados.

Que era “voz pública” en Iquitos que Robuchon había sido asesinado por la Casa Arana parece ser verdad. Cornelio Hispano, un colombiano quien escribió un libro sobre “las fieras del Putumayo” en la década de los 1910s, afirma que Robuchon se había dedicado a mostrar en Iquitos fotos y dibujos que mostraban los indígenas torturados en el Putumayo. Hispano (1914, pp. 272-273) escribe:

...Rabuchon [sic] se internó en el Putumayo, y algunos meses después regresó a Iquitos trayendo álbumes de fotografías y de dibujos que reproducían las escenas más horrosas de delitos de todo género perpetrados en la región que había recorrido. El incauto Rabuchon mostraba los álbumes a todos los que querían verlos, por lo cual algunas personas, más avisadas, le llamaron la atención al peligro que corría su vida si continuaba en aquella exhibición. Varias de esas fotografías existen aún en Iquitos, por compras y por regalos que el mismo Rabuchon hizo a algunos amigos; y yo alcancé a ver en esa ciudad tres, pertenecientes a un extranjero y a un peruano, quienes me las enseñaron en absoluta reserva.

Estas versiones que corrían en Iquitos fueron representadas en el periódico *La felpa*, editado por Benjamín Saldaña Rocca, el cual se especializaba en la caricatura como medio de crítica. Arana y sus empresas fueron uno de los principales objetivos de las sátiras de *La felpa*. Saldaña Rocca aludió al caso de la muerte de Robuchon en por lo menos dos caricaturas aparecidas en ese periódico (Goodman, en preparación). En una, publicada el 14 de diciembre de 1907, Arana aparece sentado en una silla; cerca de él hay una mesita con copias de *La sanción* (el otro periódico de Saldaña Rocca) y *La felpa*; Arana fuma un cigarro y tiene el rostro aterrorizado, porque emergiendo del humo hay una aparición de Robuchon rodeado de calaveras – y detrás de Robuchon, en la misma bocanada, hay otro ser de apariencia diabólica y mirada de loco halándose los cabellos. Al pie de la caricatura se lee “La conciencia de Arana”. Otra caricatura del 25 de enero de 1908 muestra a un indígena de La Chorrera tendido boca abajo y sostenido en esa posición por dos hombres, mientras otro hombre levanta un látigo preparándose para azotarlo. En la parte de arriba se lee “Las torturas del Putumayo: Azote de un indio en La Chorrera”, y en la parte de abajo “Instantánea tomada por Robuchon”.

En la novela *La vorágine* del escritor colombiano José Eustacio Rivera se menciona “un señor francés, a quien llamábamos el *mosiú*”, quien llegó a las caucherías como explorador y naturalista, el cual parece corresponder a nuestro Robuchon. El lente fotográfico del naturalista “se dio a funcionar entre las peonadas, reproduciendo fases de la tortura, sin tregua ni disimulo, abochornando a los capataces, aunque mis advertencias no cesaban de predicarle al naturalista el grave peligro de que mis amos lo supieran” – en palabras de Clemente Silva, personaje de la novela. Efectivamente, los patrones se enteraron y “¡El infeliz francés no salió jamás!” (Rivera, s.f., pp. 139-140).

Para otros, como el General Rafael Uribe Uribe, el explorador francés fue un cómplice de la Casa Arana en el envenenamiento de Benjamín Larrañaga, pastuso socio de Arana “quien favoreció la entrada a los peruanos en el Putumayo”. Escribe Uribe Uribe (en Olarte Camacho, 1911, p. 48):



“La conciencia de Arana” –*La felpa*, Iquitos, 14 diciembre 1907
(Colección privada: cortesía de Jordan Goodman)

A Benjamín Larrañaga lo acompañaban en La Chorrera su hijo Rafael, quien previamente fue apartado de su lado, so pretexto de ir a inspeccionar las tribus. Mas cuando ya vieron contadas las horas del padre, sus verdugos llamaron al hijo para que lo viera expirar y asistiera a su entierro. Le dijeron que moría de congestión cerebral alcohólica y como ahí estaba un farmacéutico francés de nombre Rabouchon [sic], fácil fue hacer creer la versión al inexperto joven.

Y concluye Uribe Uribe:

El lema de la Casa Arana es el de que quien no le sirve ciegamente le estorba y por consiguiente lo despide o lo suprime. Dígalo, si no, el citado farmacéutico francés, cómplice en el envenenamiento de Benjamín Larrañaga. Se dice que desapareció entre los indios del Putumayo. Lo cierto es que ya no hace parte de los vivos. Seguramente se suicidó.

Las notas antropológicas de Robuchon

En el libro de Robuchon no aparecen menciones explícitas de los hechos que revelaban las denuncias.³⁰ Al contrario, el libro es utilizado para exaltar la labor civilizadora del capital cauchero frente a la población salvaje.

La sensación que queda del libro es la de un Robuchon que teme a los indios, los desprecia y adivina intenciones malévolas si los ve reunidos hablando en su idioma, y anda con escoltas armados y acompañado de un perro gran danés. Describe y fotografía a los indígenas en el tono frío y neutral de la ciencia:

Los huitotos tienen la piel pardo-cobrizo, cuyos tonos corresponden a los números 29 y 30 de la escala cromática

30 Sin embargo, el *Select Committee on Putumayo Atrocities* utilizó el libro de Robuchon como evidencia: “Otra discusión [en el *Select Committee*] se centró alrededor del libro de Robuchon que, aunque fue publicado como propaganda de la PAC [Peruvian Amazon Company], incluyó varios pequeños pasajes referidos a la pérdida de la libertad de los indígenas”, escribe Andrew Gray (2005, p. 25). También Casement envió un resumen traducido del libro en su carta a Charles Roberts, presidente del *Select Comité*, e hizo referencia al libro en su informe al Foreign Office. La copia de Casement del libro de Robuchon, con sus notas al margen, se conserva en el National Library of Ireland. (Mitchell, 1997, p. 138). Rey de Castro, en su carta abierta al cónsul Michell (Rey de Castro et al., 2005, p. 95), comenta que “...Mr. Casement ha citado en nuestro daño, tergiversándolos y dislocándolos, varios párrafos escritos por este geógrafo francés”.

de la Sociedad de Antropología de París. Los cabellos largos y abundantes, son negros, oscuros y lisos. Ambos sexos los usan naturales, sin cortarlos. Se cortan o arrancan las pestañas, las cejas, así como los pelos de las demás partes del cuerpo. Los hombres se mutilan las narices y los labios según la tribu. Los del Alto Igaraparaná tienen perforada la división de la nariz, donde se introducen un tubito de junco, del espesor de una pluma de ganso. Los del centro del Igaraparaná se perforan las paredes de la nariz y se clavan plumas de colores. Se atraviesan también el labio inferior de arriba a abajo, con una especie de clavo metálico. Casi todos tienen el lóbulo de la oreja agujereado por un grueso pedazo de madera dura, adornado con una concha de nácar.

Luego describe las formas y proporciones del busto, brazos y piernas, las peculiaridades de la forma de andar de hombres y mujeres, los órganos genitales – “El miembro es pequeño y con una tendencia a estar siempre cubierto por el prepucio, el cual es muy largo y cubre todo el glande” – los armamentos, las creencias religiosas, las costumbres matrimoniales y el idioma: “Todas las tribus huitotas emplean el mismo dialecto, bastante sencillo en su forma, desprovisto de artículos y de conjugación”.³¹

Describe con algún detalle el atuendo y adornos de los nativos y sus fotografías son valiosas porque son tal vez de las pocas de autoría conocida que tenemos de los grupos humanos de esta región para esa época.³²

Sin embargo, el tono de prevención domina sobre el tono descriptivo en la obra – de todas maneras se trata de notas inacabadas.³³ Aparte de lo que puede observar con los ojos y lo que

31 La lengua uitoto *tiene* conjugaciones para las diferentes personas y puede además sufijar la raíz verbal para señalar cambios de modo y aspecto del verbo.

32 Otros fotógrafos de esta época que trabajaron para la Casa Arana fueron: Manuel Lira, fotógrafo de Iquitos, quien fue contratado por Arana en 1902; Thomas Whiffen, quien estuvo en la región en 1908-9 (varias de las fotografías que aparecen el libro de Whiffen son efectivamente fotos tomadas por Lira – Jean Pierre Chaumeil, comunicación personal, 2004 – otras fotos de Whiffen son de Robuchon); y Silvino Santos, quien fue contratado por Arana en 1911 para hacer una película sobre los indios del Putumayo (ver Souza, 1999).

33 El Barón Hulot (1908, p. 15) anota sobre el libro: “Desgraciadamente, las informaciones geográficas son escasas en este folleto de una centena de páginas [...]. Esta penuria de documentos se explica, sin duda, por la pérdida de itinerarios y de libretas; pero queda la

puede adquirir como material etnográfico – “antes de salir, exigí al amo de la choza los cráneos colgados del techo. Un buen puñado de cuentas de colores lo decidió a complacerme sin titubear” – la comunicación de Robuchon con los indígenas está mediada por sus guías e intérpretes, quienes constantemente alimentan sus oídos con historias de asechanzas y hostilidades.

El canibalismo

El canibalismo es uno de los temas que obsesiona a Robuchon. El, sin embargo, jamás llegó a presenciar el ritual que se complace en describir con profusión de detalles:

La tendencia al canibalismo de estos seres es tal, que se comen entre si tribu a tribu. . . .

Llegado el día de la ceremonia, matan a la víctima con una flecha envenenada: la cabeza y los brazos, únicas presas que sirven para el festín, se separan del tronco y comienza entonces la horrible operación culinaria.

La gran olla de tierra, especialmente reservada para el caso y ordinariamente suspendida del techo, se baja hasta el suelo. Arrojándose en ella los despojos humanos sin mutilarlos, sazonados con una buena cantidad de ajíes rojos, y aquel puchero repugnante se pone a hervir a fuego lento.

Simultáneamente el *manguaré* comienza a dejar oír su sonido sordo, anunciando en las lejanías del bosque los preparativos de la ceremonia. De todas las colinas vecinas responden los *manguarés*, y los indios comienzan a llegar al centro del festín. Todos se han revestido de sus más bellos ornamentos, de plumas multicolores, de cascabeles que, atados a las rodillas, producen un sonido alegre a casa paso. Quinientos o seiscientos indios, hombres y mujeres, pueblan el sitio, armando una algaraza atronadora, mezclando sus discordantes gritos a los chillidos de las criaturas o a los aullidos de los perros... De pronto cesa el ruido del *manguaré*... Un gran silencio sucede a la gritería anterior: la olla ha sido retirada del fuego.

Los hombres, únicos que toman parte activa en la ceremonia, se sientan al rededor. El capitán o cacique agarra un pedazo de carne humana y después de deshacerlo en largos filamentos, se lo lleva a la boca y comienza a chuparlo lentamente, pronunciando de vez en cuando una

correspondencia y no dudamos que M. Jules Robuchon [el padre] no encuentre en ésta los elementos de una obra que, mejor que un monumento [...] perpetuará su recuerdo.”

serie de palabras apoyadas por un *heu* afirmativo por parte del resto de la muchedumbre. En seguida tira a un lado la carne desangrada. Cada uno continúa por turno, la misma operación hasta rayar el día. Los cráneos y los brazos, del todo despojados de carne, se suspenden inmediatamente del techo sobre el humo, y luego los caníbales se hartan de *cahuana*, e introduciéndose los dedos en la garganta, provocan el vómito.

Los Uitoto y tribus vecinas practicaron la antropofagia ritual. Los Uitoto tenían un baile denominado *bai*, en el cual se festejaba el triunfo sobre los que fueron devorados. Ningún etnólogo, sin embargo, llegó a presenciar tal ceremonia. Konrad T. Preuss en 1915 recogió la siguiente descripción del ritual de informantes uitoto residentes en el río Orteguaza:

Era costumbre atar al prisionero con los brazos extendidos a una viga que reposaba sobre dos maderos. Le separaban las piernas y le clavaban los pies a la tierra con unas varas puntiagudas. Su espalda daba contra los maderos mientras que sus piernas estaban ligeramente dobladas. Esta tarima lleva el nombre de *komiyorei* o *dieka amena* (árbol de sangre), expresión que designa tanto a la tarima como al prisionero mismo. . . . Allí se le daba muerte al prisionero con una lanza o un puñal de caña.

Los hombres eran los únicos que consumían la carne del prisionero; comían el corazón, los riñones, el hígado y la médula ósea, después de haberla cocinado o tostado muy poco, de tal manera que al comerla sangraba todavía. Antes de comer se llenaban la boca del ambil, de lo contrario no lo soportarían. Una vez terminaban, iban al río para vomitar lo que habían consumido. Aquél que habían consumido carne humana se convertía en un guerrero audaz y diestro, sabía preparar la substancia mágica para guerreros (*yaroka*) y era capaz de saltar, por ejemplo, de un lado del río al otro o del techo de la casa al patio. Colgaban los cráneos en las vigas del techo después de haberles sacado los sesos a la orilla del río y llevaban los dientes ensartados en un collar. A juzgar por la tradición oral, el cabellos también lo guardaban o lo utilizaban. El resto del cuerpo era enterrado (Preuss, 1994, primera parte, pp. 203-204).

Thomas Whiffen (1915, p. 120) afirmaba que “la mayoría, si no todos, los indígenas de los ríos superiores son indisputablemente caníbales, especialmente los grupos Boro [Bora], Andoke, y Resigero”, y describe la fiesta antropofágica de la siguiente manera:

Cuando una fiesta va a tener lugar los prisioneros son golpeados y despachados, sus cabezas se las quitan para bailar con ellas y eventualmente son secadas como trofeos. El cuerpo entonces es dividido y compartido entre los festejantes. Sólo las piernas y brazos y las partes carnudas de la cabeza son comidos ceremonialmente, el resto como los intestinos, cerebro, etc. es tenido como inmundo y nunca es tocado, ni el tronco es comido. Los órganos genitales masculinos, sin embargo, se dan a la esposa del jefe, la única mujer que tiene alguna participación en la fiesta. Las manos y los pies son tenidos como delicias.

Pero Whiffen agrega en una nota: “Nunca estuve presente en una fiesta caníbal. Esta información está basada en el relato de Robuchon, confirmado por interrogatorios a indígenas con quienes entré en contacto” (*ibid.*, p. 123). Whiffen toma el relato de Robuchon y Robuchon toma su relato de los relatos que circulaban en esa época entre los peones y capataces de las secciones caucheras. Si bien en el libro de Robuchon están ausentes las noticias sobre las atrocidades contra indígenas imputadas a esos mismos peones y capataces, éstas son sustituidas por la imputación de salvajismo y antropofagia a los indígenas.

El chupe del tabaco

Esto se ve patentemente claro en la narración de la noche pasada por Robuchon en una maloca de nonuyas: “A las cuatro de la tarde llegamos por fin a una choza de indios huitotos nonuyas, tribu antropófaga, de las más peligrosas.” Y agrega: “Los indios, astutos y por extremo pacientes, se hallan siempre listos para asesinar a los blancos cuando a éstos se les olvida conservarse en guardia.” En la puerta de la casa donde se ven obligados a pasar la noche se hallan suspendidos cuatro cráneos humanos, “trofeos de una lucha reciente entre los nonuya y sus vecinos los ekireas, y cada cráneo correspondía a una víctima de los caníbales.” En ese ambiente, Robuchon pasa la noche en guardia, con su fusil presto y su perro al lado. En la maloca³⁴ los indígenas se hallaban alrededor de las hogueras “que lanzaban sobre sus cuerpos

34 Las malocas indígenas de esta región son de planta octogonal, de unos 15 a 20 metros de diámetro, techos altos de palma tejida y un gran cuadrado de unos 10 metros de lado libre en el centro, para los bailes y reuniones. Los indígenas duermen y tienen sus fogones alrededor de ese cuadrado. Era costumbre de los caucheros en ese tiempo acampar en el cuadrado central.

reflejos rojizos, haciendo que sus sombras se proyectaran sobre las negruzcas paredes de la casa, a manera de danza macábrica, produciendo un efecto diabólico.” De repente,

una treintena de individuos se arremolinó al rededor de un envase puesto en el suelo y que contenía un liquido negruzco. Uno de los indios, al parecer el cacique, hundió el dedo en aquella especie de mezclote y comenzó a perorar rápidamente y en voz alta, en tono breve y entrecortado. El final de cada frase la repetía el resto del grupo, apoyando su sentido de cuando en cuando con un *heu* afirmativo y violento.

La escena que describe Robuchon es la reunión de los hombres por las noches para mambear coca, lamer ambil de tabaco y, por medio del diálogo ritual, mirar por la salud de la gente, planear los trabajos, preparar los bailes, discutir problemas, llegar a acuerdos. Esta es una costumbre que conservan los Uitoto y tribus vecinas (ocaina, nonuya, bora, miraña, muinane y andoque) hasta el día de hoy. Es la práctica por medio de la cual se renueva y transmite lo que puede llamarse el pensamiento religioso nativo, preocupado con los procesos y ciclos naturales, los cultivos y el crecimiento y desarrollo de los niños. El “líquido negruzco” que menciona Robuchon es el ambil de tabaco, una pasta obtenida de la cocción del zumo puro de tabaco y mezclada con sal vegetal o cenizas. Los asuntos y compromisos discutidos por medio del ambil tienen el valor de un juramento solemne. Esta forma de consumo del tabaco es característica de los grupos indígenas de la región del Putumayo. Más al norte, entre los grupos hablantes de lenguas de las familias Tukano y Arawak, el tabaco es consumido en forma de rapé inhalado por la nariz.

Robuchon interpreta la escena con alarma: “Aquello no era otra cosa que el *chupe del tabaco*, en cuya ceremonia los indígenas rememoran su libertad perdida, sus sufrimientos actuales y formulan contra los blancos terribles votos de venganza.” La comunicación con los indígenas es impracticable en estas circunstancias. La frase anterior revela que los indígenas están sometidos a “sufrimientos” de los que se puede esperar la más terrible venganza en cualquier momento. Uno de los indígenas se acerca a Robuchon para preguntarle por el perro, pero Robuchon lo aleja temiendo un ardid: “– ‘Vete’, le dije resuelto a matarlo allí mismo si hacía el menor movimiento de avance.” Finalmente, Robuchon hace suspender la charla del mambeadero:

. . . curioso por saber de qué se trataba, sacudí la hamaca de uno de mis compañeros que dormía a pierna suelta. Enterándose de lo acontecido, se incorporó a medias y prestó atención a la endiablada palabrería de los indios, los cuales no habían cesado de hablar en voz alta y chupar tabaco.

Finalmente, el compañero se puso de pie, y agarrando un machete, les intimó en cortas palabras de su dialecto huitoto que se retirasen a dormir.

Más o menos por la misma época y no lejos de la maloca que Robuchon visitó, el colombiano Julio Quiñones pasó cuatro años entre los indígenas Huitoto Nonuya – de 1907 a 1911. Quiñones prestó servicio en un contingente colombiano que fue enviado al río Putumayo en 1905 y, luego de un ataque militar peruano a un puesto cauchero colombiano del río Caraparaná, vagó perdido por el monte siendo acogido por los Nonuyas con quienes vivió varios años y aprendió la lengua. Años después, en un relato novelado escrito en francés, narra sus experiencias en un modo polarmente opuesto al de Robuchon. Es así como Quiñones describe una escena del famoso “chupe del tabaco”:

Fusicayna [nombre del jefe de ese grupo nonuya]³⁵ tenía en la mano una antorcha de popay;³⁶ en una pequeña totuma de arcilla cocida colocada delante de él, con sus cinco dedos, él revolvía lentamente un pedazo de masa de tabaco comprimido, mezclándolo ya sea con agua, ya sea con cenizas de ciricogge (especie de viña salvaje),³⁷ después girándolo tranquilamente hasta que esta masa estuvo completamente disuelta. El lamió con voluptuosidad sus dedos untados del brebaje negro, después invitó a su gente a degustar la extraña confitura, símbolo del juramento, según sus tradiciones, porque esta mezcla de cosas amargas y desagradables no es otra cosa para ellos que el símbolo de la vida y sus desilusiones...

“Este brebaje es amargo como la suerte de los hombres, áspero como el juramento; . . . mientras el hombre no ame

35 Nótese que Robuchon ni siquiera sabía quién era el dueño de la maloca donde estuvo.

36 Popay: corteza de un árbol de la familia Lecythidaceae que era utilizada como antorcha.

37 Probablemente *jiríkoji*, uva caimanora (*Pourouma cecropiifolia*). Quemando sus hojas secas se obtiene ceniza para mezclar con polvo de coca y también para mezclar con el ambil de tabaco.

la amargura, el hombre y el juramento no pueden vivir juntos.

.....

Fusicayna, una vez que el brebaje negro estuvo listo, paseó miradas entristecidas sobre la gente de su tribu que comían en una actitud tranquila; el lamió de nuevo sus dedos untados del brebaje y, con una sonrisa forzada, exclamó:

“Os he llamado de inmediato a la Yera [ambil de tabaco], pero vosotros no habeis escuchado mi llamado, porque yo no os había llamado en el orden jerárquico conforme a vuestra dignidad. Bueno, esta noche, sin distinción alguna, os voy a llamar, mi gente, venid todos en grupo, yo no creo más en las tradiciones, ¡yo sólo creo en mi desdicha!

“Ancianos, orgullo de nuestra raza, nyméyramas,³⁸ soportes de nuestras creencias, eymas³⁹ poderosos, intérpretes fieles del destino de los hombres, niños, tiernos retoños de nuestra especie, mujeres, dulces intermediarias de la generación, yo os llamo esta noche sin pronunciar vuestros nombres. Venid todos en grupo hacia vuestro desdichado jefe; el mismo peligro, sin distinción, pesa sobre vosotros.

“Venid todos esta noche a degustar la Yera, la Yera ha sido siempre nuestro juramento. Esta noche ella está más amarga que de costumbre porque es vuestro jefe lleno de vergüenza que la ha preparado él mismo para anunciaros, no su debilidad, ¡sino su impotencia!” (Quiñones, 1924, pp. 24-25).

Las dramáticas palabras de Fusicayna se deben a un tigre que ha venido diezmado su gente y contra el cual han sido inútiles todos los esfuerzos. Fusicayna continúa hablando hasta reunir toda la gente alrededor del tabaco que preparó. Quiñones continúa el relato:

La confesión de Fusicayna fue como un explosivo que iluminó de un solo golpe el entusiasmo en todos los pechos. Todos por igual, ancianos, niños, jóvenes, hombres y viejos, guiados por una fuerza invisible, extendieron sus brazos con sus dedos rígidos para hundirlos en la pequeña totuma que refrendaba el juramento, y se disputaban para prestarlo.

38 *Nimáirama*: persona de sabiduría adquirida a través del consumo de la yerba *nimaira*.

39 *Aima*: brujo.

Fusicayna se incorporó con dignidad en mitad de la asamblea: “La Yera [tabaco] es la buena fe, dijo, y el sentimiento de los corazones plenos de ideal. Dejen hablar a los ancianos, a los nymeyramas, a los eymas, escuchémosles, pero todo el mundo es libre de dar su opinión” (ibid., p. 26).

Bien vale la pena citar en extenso este fragmento que nos revela con mucho más acierto que Robuchon la nobleza, el sentimiento y el espíritu que animan “el chupe del tabaco” entre estos indígenas. Robuchon, aconsejado por sus compañeros – escoltas asignados por la Casa Arana – intuye intenciones maliciosas en los gestos y las palabras de los nativos reunidos alrededor del tabaco. En un gesto de arrogancia los intimida en su propia casa. No lejos de allí, unos pocos años más tarde, el jefe Fusicayna, del mismo clan que la gente de la maloca que Robuchon visitó, reúne a su gente alrededor del tabaco para pedirles apoyo para enfrentar la desdicha que los agobia: un tigre que los viene devorando y ante el cual se sienten impotentes. Ese tigre, en el relato novelado de Quiñones, parece una perfecta metáfora de la terrible agresión del capital cauchero de Arana que barrió por parejo toda la región. No es para pronunciar “terribles votos de venganza” que se reúnen alrededor del tabaco, es para buscar el mantenimiento de la vida, mirando por los niños, por las mujeres, por los ancianos. Con ese mismo espíritu es que hasta el día de hoy se mamea coca y se lame ambil.⁴⁰

Descendientes del clan nonuya (gente de achiote) de los uitoto viven hoy en día en el río Caquetá y aún recuerdan el nombre de Fusicayna (*Júzikaina*) y recuerdan también los horrores vividos en el tiempo de la explotación de caucho con los peruanos.

40 Para una exposición más extensa sobre “la palabra de coca y tabaco” de los Uitoto, véase Echeverri y Candre, 1993.

TEXTO DE LA EDICION DE 1907

**Diario de Robuchon
de septiembre 1903 a enero 1904**

Al lector

Aun cuando circunstancias penosas e imprevistas hayan impedido la terminación del trabajo que contiene este folleto, la parte inserta en seguida basta para atestiguar el tino y la oportunidad con que nuestro gobierno encomendó al señor Eugenio Robuchon, por intermedio de la casa J. C. Arana y hermanos, el estudio de las zonas bañadas por el Putumayo y sus afluentes.

El señor Robuchon ha recorrido una considerable extensión del territorio que ocupan los señores Arana y hermanos; y las páginas consagradas a sus viajes nos permiten apreciar, con relativa exactitud, la acción diligente y eficaz de los industriales peruanos en aquellas apartadas regiones, bien como el porvenir que les está reservado.

Las posesiones de J. C. Arana y hermanos comprenden el perímetro formado por los puntos extremos Junín, Delicias y todo el río Caraparaná y sus afluentes, por el norte; Arica, la embocadura del Pupuñas y el río Cahuinari y sus afluentes, por el sur; el río Yapurá, por el este; y los ríos Campuya, Algodón y Tambor-Yacco, por el oeste.

Desde el año 1896 los señores Arana y hermanos establecieron el comercio y la navegación a vapor del río Putumayo y sus afluentes, después de largas y difíciles exploraciones con tal objeto.

Dentro del perímetro ocupado por Arana y hermanos se encuentran hoy más de cuarenta casas comerciales, muchísimos establecimientos de colonización y todas las dependencias accesorias, como ser habitaciones, almacenes, chacaras, tambos, vapores, lanchas, batelones, etc., adquiridos, unos y otras, mediante la misma explotación o por compras hechas a diversos colonizadores, a costa de fuertes sumas en dinero. Pasan de tres millones de soles los invertidos por Arana y hermanos para establecer la explotación racional y provechosa de las gomas que existen en aquella sección de nuestro territorio.

El éxito de los trabajos de los señores Arana y hermanos lo comprueba el siguiente cuadro de exportación de gomas procedentes de las zonas a que nos referimos, y que se ha servido proporcionarnos la Aduana de Iquitos:

Años	Kilos
1900	15,863
1901	54,180
1902	123,210
1903	201,656
1904	343,499
1905	470,592
1906	644,897
Total	1.853,897

Los señores Arana y hermanos, consultando sus intereses, y movidos a la vez por un explicable sentimiento patriótico, han puesto el mayor empeño en reducir a cierto grado de cultura o civilización a los indios salvajes, y en gran parte antropófagos, que habitan esas latitudes.

Los cálculos sobre el número de indios existentes en el Putumayo varían algo, pero la cifra de cincuenta mil no es aventurada. Y esos indios, que significaban un serio peligro para las industrias nacionales de nuestro oriente, van convirtiéndose ahora, merced a la acción civilizadora de la casa de Arana, en elementos de trabajo y factores de riqueza pública.

Las páginas escritas por Robuchon y las ilustraciones gráficas que las acompañan, nos revelan muchos de los secretos que envuelven la vida de los bosques peruanos, en nuestras fronteras con Colombia y el Brasil.

Las noticias e impresiones recogidas por Robuchon servirán, sin duda, de nuevo y poderoso estímulo para la apertura de rápidas y fáciles vías de comunicación entre el departamento de Loreto y nuestros puertos en el Pacífico.

Los datos estadísticos sobre la extracción de goma en el Putumayo, las hermosas vistas panorámicas de esas regiones y el tipo casi siempre robusto y esbelto de sus habitantes, constituyen también valiosos elementos de juicio para medir la importancia de las gestiones, discretas y patrióticas, de nuestro gobierno, en el sentido de afianzar la soberanía del Perú en los territorios cruzados por el Putumayo y sus afluentes.

Los estudios del señor Robuchon han de tener, indudablemente, fuerza probatoria en cualquiera circunstancia en que sea preciso atestiguar cómo las energías peruanas se han ejercitado en las zonas que nos disputan algunos países vecinos.

C. R DE C [CARLOS REY DE CASTRO]

Lima, 1907.

En el Putumayo y sus afluentes

PRIMERA PARTE

DE IQUITOS AL PUTUMAYO

Capítulo I

A bordo del vapor "Putumayo". - La frontera amazónica entre el Perú y el Brasil - Leticia. - Tabatinga- Capacete. - La confluencia del Putumayo- San Antonio de Iça.

Encargado de una misión científica a los afluentes del Alto Amazonas, salimos del Havre, la señora Robuchon y yo, el 8 de mayo de 1903, a bordo del vapor «Patagonia» de la compañía Sudamerikanische, entre Hamburgo y Manaos.

Hubimos de hacer escala durante un mes en esta última ciudad, donde mi mujer adquirió la fiebre amarilla, y poco faltó para que nuestra expedición, desde aquel momento, llevara el pronóstico de un triste desenlace. Salimos a bordo del vapor «Preciada», perteneciente al rico industrial de Iquitos señor don Julio César Arana, quien hacía el viaje en el mismo buque.

El plan de campaña, tal cual lo había elaborado yo al recibir la misión, era el de continuar por Iquitos y el río Urubamba hasta el Madre de Dios, a fin de terminar los trabajos de exploración emprendidos durante los ocho años de viaje que hice en esa región, y regresar luego a Iquitos y penetrar después en los ríos Putumayo, Napo y Marañón.

Entre los informes que, durante el viaje, pude obtener de uno y otro de los pasajeros a bordo del «Preciada» los que me interesaron más fueron los que me dio el señor don Julio C. Arana sobre sus propiedades y sus trabajos de explotación del caucho en el río Putumayo.

Por razón del carácter de mi misión, sentíme atraído a penetrar, antes que todo, hasta los indios huitotos, y cambié mi itinerario, resolviéndome a aprovechar la presencia del

señor Arana en Iquitos y las facilidades tan amistosas como especiales que me ofrecía, para realizar el viaje al Putumayo y al Igaraparaná.

Llegamos a Iquitos algunos días antes del aniversario peruano del 28 de Julio, y encontramos el material de la expedición enviado de Manaos por el vapor inglés «Ucayali».

Los instrumentos de estudio y accesorios para la marcha se ajustaron y clasificaron, operación que nos demandó algunos días, y al terminar nos embarcamos el viernes 18 de Septiembre, cerca de medio día, en el vaporcito «Putumayo»



Vapor "Putumayo"

perteneciente a la Empresa Cauchera del Igaraparaná, a la cual nos dirigíamos.

Comenzaba entonces la época de las sequías y del descenso de las aguas. El Amazonas, casi seco, había perdido algo de su aspecto grandioso de los meses precedentes. Ya no era ese río impetuoso, que arrastraba en sus aguas, espumosas y turbias, enormes troncos de árboles arrancados de las riberas por la violencia de su corriente; ya no era aquella arteria comercial que permite que los navíos de ultramar, casi de extremo a extremo,

atravesen el continente americano, y que, por el volumen de sus aguas, ha recibido el título del río más grande del mundo.

En todas partes extendíanse inmensas playas de arena blanca que dividían el río en numerosos canales estrechos y poco profundos, de corrientes tranquilas y aguas casi transparentes.

El «Napo», uno de los vapores ingleses de la «Red Cross Iquitos Navigation C^o», única compañía europea que liga el Alto Amazonas con el antiguo continente⁴¹, remontaba lentamente el río hacia Iquitos. Precedíalo una lancha a vapor sondeando e indicándole el canal en medio de los bancos de arena.

Nuestro vapor, de poco calado, nos permitía marchar adelante con entera confianza, durante el día, al menos. Los pilotos del Amazonas, en su mayor parte indígenas, conocen perfectamente el cauce del río y conducen muy bien las embarcaciones

A pesar de la ausencia de boyas indicadoras y demás señales, en uso en otras partes para facilitar la navegación, se salvan fácilmente de los pasos, gracias a su excelente memoria, pues la vista de una simple choza abandonada o de un árbol cualquiera, les basta para reconocer el lugar donde se encuentran. Cerca de las dos de la tarde pasamos en frente de la boca del Nanay, afluente izquierdo del Amazonas, y luego al caer la noche echamos anclas en frente de la desembocadura del río Napo, importante tributario, también izquierdo, del Amazonas.

La confluencia amazónica del Putumayo se halla en el Brasil; y la línea fronteriza corta al Amazonas de SSO. a NNE. Allí se encuentran las estaciones aduaneras de Leticia y Tabatinga. La primera, perteneciente al Perú, no presenta ningún detalle interesante. Un amplio edificio de troncos de palmas y paja es el único establecimiento administrativo.

Tabatinga, donde ondea el pabellón brasilero, situada a algunos centenares de metros más allá de la frontera es una antigua fortaleza construida de ladrillos, con trincheras guarnecidas de cañones viejos de fierro fundido.

Toda embarcación, ya sea de remo o de vapor, debe detenerse en cada uno de esos dos puertos y proceder a llenar las formalidades impuestas, por ambos gobiernos. Casi siempre hay poca cosa que hacer; y no obstante, las ceremonias duran 24 horas, para mayor contentamiento de los zancudos que allí abundan, los

41 Hoy fusionada con la línea de Booth Iquitos Nav. C.^o

cuales destrozan con sus picotazos a los infelices pasajeros, cuya paciencia se somete de ese modo a durísima prueba.

Y no es eso todo. Es menester atracar de nuevo más abajo, en Capacete, y de ese modo se pierde nuevamente un día más. En este lugar fronterizo, el Amazonas forma un gran codo y su corriente se dirige entonces de norte a sur, con una ligera inclinación hacia el sureste. En el centro de esa enorme vuelta desemboca el Yavary, bifurcándose en el Amazonas por una gran delta y formando cinco islas de tierras bajas y anegadizas.

Dos días después nos detuvimos en la Colonia Riojana, donde se embarcaron algunos miles de trozos de leña para el uso de la caldera, y al anochecer llegamos al puerto de San Antonio de Iça, situado en la ribera izquierda del Amazonas, en la misma desembocadura del río Putumayo, a $70^{\circ}2'10''$, log. O. Paris, $3^{\circ}2'8''$ lat. Sur. Es una aldehuela levantada en una costa alta de arcilla roja; tiene 400 habitantes más o menos, y es el lugar donde residen las autoridades que ejercen jurisdicción sobre la parte brasilera del Putumayo.

A pesar de que la hora era un tanto avanzada, penetramos en el Putumayo y nuestro barco fue a anclar a algunas brazas más acá de San Antonio, circunstancia desgraciada que sentí después, porque estando a obscuras me fue imposible tomar una fotografía de la entrada del río.



Río Putumayo, cerca de la confluencia con el Amazonas

Capítulo II

Aspecto del río Putumayo. - El Cotuhé. -La isla 28 de Julio. -La pesca en el río. - El Yaguas. - Alegría. - Gaudencio, - El Pupuña. - Navegación nocturna. - El río Igaraparaná. - Situación geográfica de su confluencia. - Sus establecimientos caucheros. - Una choza de indios borax. - Llegada a la Chorrera.

Cerca de su confluencia con el Amazonas, el río Putumayo mide 600 metros de anchura, con una profundidad de 8 más o menos. La velocidad media de su corriente es de 2 y $\frac{1}{2}$ a 3 millas por hora. Sus aguas son casi siempre claras y amarillentas. En las grandes crecientes sus riberas, por lo común, son bajas y anegadizas, formando generalmente depósitos de arcilla y arena.

Los mosquitos de la especie *culex* desaparecen desde que se penetra al río Putumayo, pero es salir de Sila para entrar en Carybdis: una cantidad increíble de moscas pequeñas, especie de *tábano* en miniatura, aparecen desde que nace el Sol. Son las *maringinius*. De sus mordeduras no se escapa ninguna parte descubierta del cuerpo y dejan sobre la epidermis una equimosis negruzca que dura muchos días. Residen, y son más o menos abundantes, particularmente, en los lugares donde la composición de las aguas es más o menos cenagosa. Los ríos originarios de los lagos cuyas aguas son claras o negruzcas se hallan completamente desprovistos de ellas. Los trajes de colores oscuros, el azul marino, el negro, las atraen mucho; el blanco, por el contrario, las aleja. El único modo de preservarse de sus mordeduras es cubriéndose la cara con un velo. Cuando un extranjero penetra por la primera vez en las regiones infestadas por estos, insectos sufre horriblemente con sus picadas, las cuales frecuentemente producen graves inflamaciones; luego se habitúa, y pasados seis meses, no producen ningún inconveniente desagradable.

Llegamos el 29 de septiembre a Cotuhé, estación peruana establecida en la confluencia del río del mismo nombre, afluente directo del Putumayo. Según Black y Hoonholtz, la confluencia del Cotuhé se encuentra a $2^{\circ}53'12''$ latitud sur y $69^{\circ}41'10''/19$ longitud oeste de Greenwich.

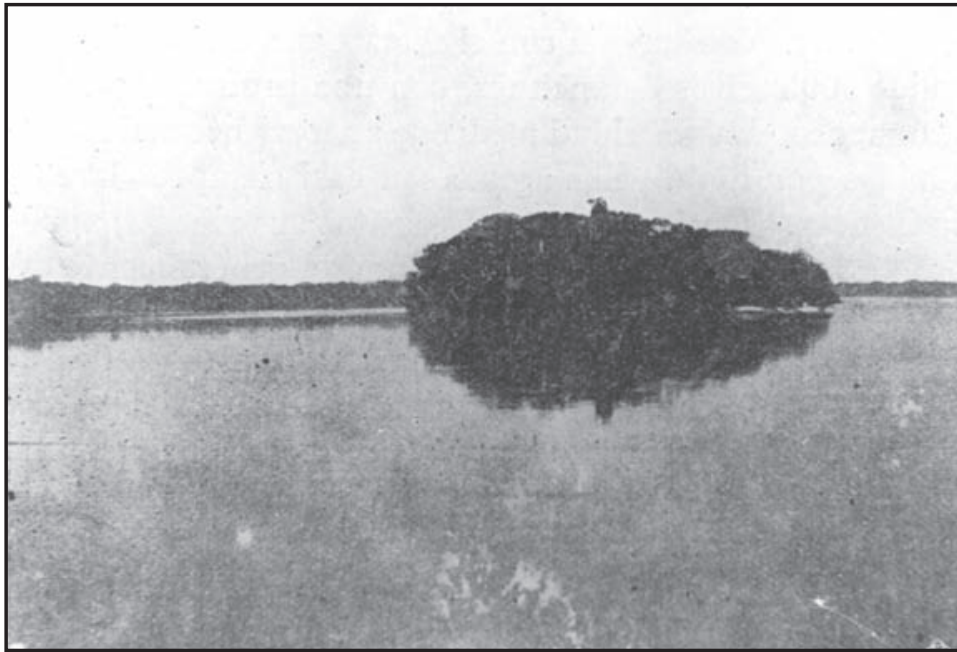


Río Putumayo, en la confluencia del Cotuhé

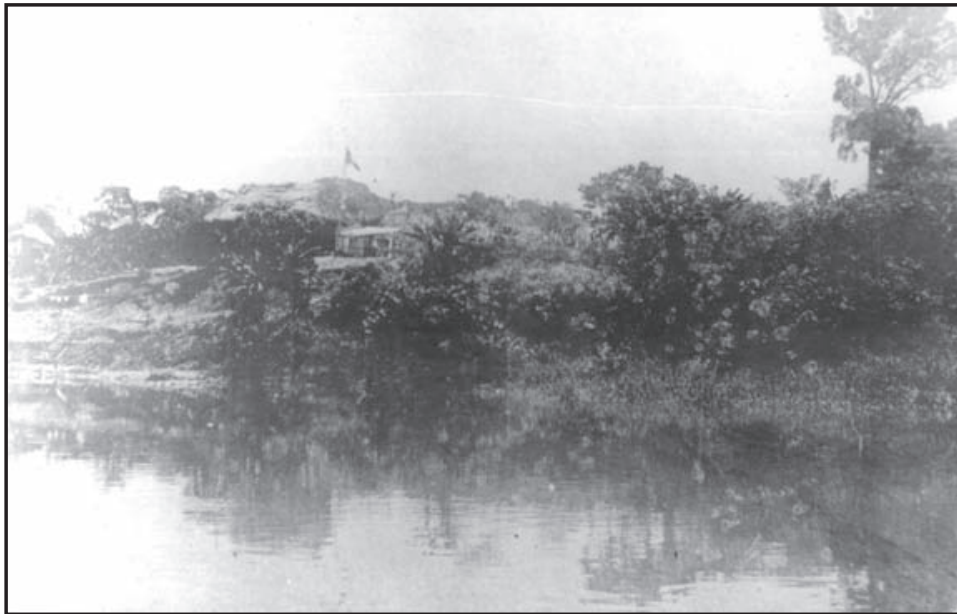
Nos encontramos de nuevo en la frontera del Perú y el Brasil, a poca distancia de la isla 28 de Julio, por donde pasa exactamente la línea que separa ambas repúblicas. La estación de Cotuhé la forma la reunión de 3 ó 4 casas rústicas, donde habitan los empleados del resguardo y de la comisaría fluvial y que son suficientes para alojar al personal administrativo de ese río, cuyo movimiento comercial está aún por desarrollarse.

A pesar de la importancia de esta vía natural de comunicación directa entre Europa y el oriente de Colombia, aún no existe una línea de vapores hacia aquella rica región. La casa de Arana, de Iquitos, es la única que tiene esa facilidad y sus buques únicamente van hasta el Caraparaná e Igaraparaná, donde tiene la casa sus establecimientos caucheros.

Fue en Cotuhé donde pude observar la temperatura más elevada de todo el viaje: tuvimos el día 23 de septiembre 43° centígrado a la sombra, en el puente de nuestra embarcación. Afortunadamente aquello no duró mucho tiempo. La repentina



Isla 28 de julio



Río Putumayo. Estación peruana del Cotuhé

caída de un chubasco hizo bajar rápidamente el termómetro a la normal de 31° centígrado.

Ya lejos de Iquitos nuestras provisiones frescas se habían agotado y, a fin de no empezar tan pronto el ataque sobre nuestras latas, hubimos de sacar partido de la pesca.

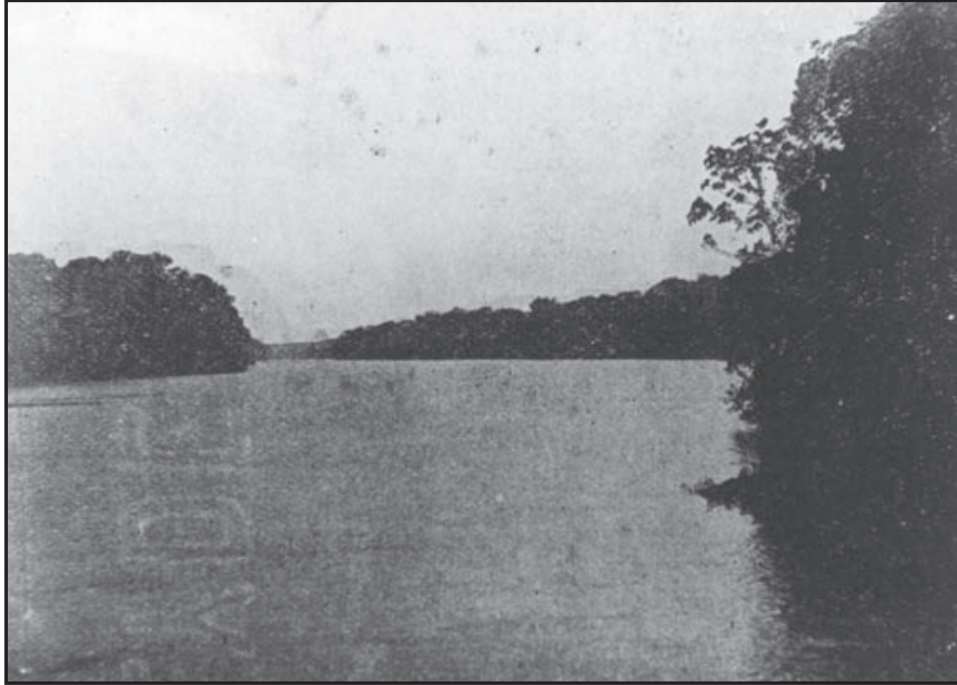
Todas las noches, a la luz de la luna, una partida de cinco o seis indios provistos de una gran red, salían en *cavuco* ó *curiaras*⁴² y regresaban dos horas después con una gran cantidad de pescados. ¡Qué presas miraba yo en el fondo de la piragua...!

Silurios de todas especies, de hocico chato, piel mosqueada o abigarrada, de colores metálicos. Reconocí entre ellos los *platystomas planiceps*, *platyrhynchos leopardus*, los pequeños *candirus (serasalmus)* de mala fama aquí, palometas (*Pygo centrus piraga*) y los dorados en abundancia, (*D. Costatus et carinatus*); los peces-agujas, en forma de lanzadera (*navette*) con sus mandíbulas erizadas de dientes acerados, etc. Desgraciadamente todo aquello estaba en mal estado: arrancadas las agallas, (branquias), despojados de escamas, y éstas pisoteadas por los pescadores. Me fue imposible en aquel estado hacerlos figurar en mis colecciones.

El río Yaguas, que dejamos a la derecha el 30 de septiembre, es una vía de comunicación fácil hacia Pebas, sobre el Amazonas; y esto sin salir del territorio peruano. Es un camino estratégico, de estudio interesante, que permitiría la rápida movilización de tropas hacia el Putumayo sin tener que pasar por el Brasil. Los chubascos casi continuos de los días anteriores habían producido crecientes perceptibles. Las planicies se hallaban inundadas. Por la invasión de las aguas, grandes trechos de terrenos se precipitaban en el río, arrastrando en su caída árboles a veces enormes. De este modo se modifica continuamente la topografía de los ríos del Amazonas. Islas enteras desaparecen, y sus despojos arrancados van más adelante a formar nuevos archipiélagos.

Hicimos escala en Alegría, para renovar el combustible, y en Gaudencio, donde también nos detuvimos, y que con sus sencillas chozas de palma y techumbre de paja no es estación digna de interés. Sin embargo, de allí puede percibirse un lindo panorama del río y sus archipiélagos.

42 Canoas (nota del editor).



Ríos Yaguas, afluente del Putumayo



Barraca Alegría



Archipiélago del Putumayo en Gaudencio

Al día siguiente pasamos por delante de la desembocadura del río Pupuña, afluente izquierdo del Putumayo y cuyo estuario está rodeado de palmeras espinosas (*Bactriz ciliata*), vulgo Pupuña.⁴³

A algunas millas más acá, y en la misma orilla, se encuentra otro afluente del Putumayo, absolutamente inexplorado y donde me han dicho abunda el caucho. Es un río cuyas aguas son negras: el Paraná-mirí. Su confluencia la oculta un grupo de islas a 40 millas más o menos del Pupuña.

Gracias a la claridad de la luna pudimos continuar el viaje hasta hora avanzada de la noche, y cuando la neblina se levantó, arrollamos un cabo al rededor de un árbol grueso de la ribera y el buque esperó la aurora.

Las distancias recorridas hasta entonces son las siguientes:

De Iquitos a la confluencia del Putumayo	471 millas marinas
De la confluencia del Putumayo al Cotuhé	150 « «
Del Cotuhé al Igaraparaná	252 « «

Total	873 « «

43 *Bactris ciliata*, sinónimo de *Bactris gasipaes*: pupuña, chontaduro, pijuayo (nota del editor).



Confluencia de los ríos Putumayo e Igaraparaná

El 3 de octubre, cerca de las 5 de la tarde, percibimos a la salida de una vuelta del río, la confluencia del Igaraparaná.

Una espléndida puesta del Sol, de una riqueza de tonos incomparables, doraba el horizonte y arrojaba sobre el río reflejos maravillosos. Este espectáculo feérico y grandioso me había llenado de entusiasmo. Contemplaba aún aquel cambio constante de colores, viendo morir unos y confundirse otros, tan vivos hacía poco, cuando la llegada al puerto de Arica me sacó de mis ensueños!

La desembocadura del Igaraparaná está situada en el 1°43'9" lat. S. y el 71°53'36" long. O. Greenwich (Espinar). Su anchura es de 120 metros más o menos. Las aguas son más claras que las del Putumayo y la velocidad de la corriente es más lenta, apenas tres millas por hora.

Hubimos de quedarnos una hora en Arica o Unión, donde existe una barraca, sucursal de la Colonia Indiana,⁴⁴ para que se descargaran en la costa un cierto número de bultos, víveres y ropas, para los soldados que forman la guarnición de la subcomisaría, sucursal de Cotuhé.

Fue entonces que tuve conocimiento de los detalles de los hechos muy graves sobrevenidos en los centros caucheros del Cahuinari, es decir, alrededor de 60 kilómetros al norte de Arica, hacia el Caquetá.

Los indios borax navajes⁴⁵ se habían sublevado: cuatro blancos habían sido asesinados y comidos. Dos o tres

44 "Colonia Indiana" era otro nombre dado al sitio de La Chorrera (nota del editor).

45 Puede tratarse del clan bora *neevaje*, "Gente de achiote (*Bixa orellana*)" (nota del editor).

supervivientes pudieron escaparse y se habían refugiado cerca del Caquetá, pero privados de comunicación y sin víveres encontrábase expuestos a morir, ya de hambre, ya atacados de nuevo por los indígenas.



Región del Cauca. Indios huitotos nonuyas
delante de su choza⁴⁶

Los trabajos de extracción de caucho se hallaban de hecho interrumpidos. Todos los empleados de los centros vecinos habían regresado a la barraca central, no osando poner de nuevo los pies en el bosque. Semejantes detalles no me agradaron absolutamente, pues me hacían prever la serie de dificultades que iba a tener que vencer para realizar mis trabajos antropológicos. Confiando sin embargo en mi buena estrella, que jamás me abandonó en mis demás expediciones, no quise seguir pensando en aquellos desagradables incidentes, y para tratar de olvidarlos me eché a dormir en mi hamaca. Ya había llegado la hora de salir y la navegación debía continuar toda la noche.

46 “Nonuya” (*nonuiái*) es el nombre de un clan huitoto que quiere decir “Gente de achiote (*Bixa orellana*)” y también es el nombre de un grupo étnico, hablante de una lengua relacionada con el huitoto. Existe también un clan bora de “Gente de achiote” *neevaje* (nota del editor).

El lecho profundo del río, sus inclinadas riberas y la tranquilidad de su curso nos permitían seguir con entera seguridad. Nuestra llegada a la barraca “Medio Día” se efectuó sin incidente alguno, al rayar el alba. Allí se hallaba reunido el resto del personal llegado de Cahuinari, que nos confirmó las malas noticias de la víspera.



Barraca Medio Día

A la una del día nos paramos de nuevo en la Barraca Indostán. Esta se hallaba completamente abandonada, y la razón era muy sencilla: de aquel punto sale el camino para el Cahuinari, y los empleados, temerosos de ver llegar en cualquier momento a los indios sublevados, se habían replegado a «Medio Día».

Nuestro vapor «Putumayo», buen caminador, nos condujo a las 6 p. m. a Santa Julia, gran barraca sucursal de la Chorrera, de donde parte un camino al río Cahuinari, afluente del Caquetá. Allí estaba también la lancha «Huitota», llegada ese mismo día de la Colonia Indiana. De dimensiones más pequeñas que el «Putumayo», hace el servicio exclusivo, del puerto de la Chorrera al río Igaraparaná, de barraca en barraca, transportando los víveres y las mercaderías y conduciendo a la Colonia el caucho producido por cada sección. La comandaba



Barraca Indostán

un mecánico francés, llamado Lucien Bernard. Este se ofreció a conducirme, después de algunos instantes de conversación, a una choza de indios situada a algunos centenares de metros de aquel sitio.

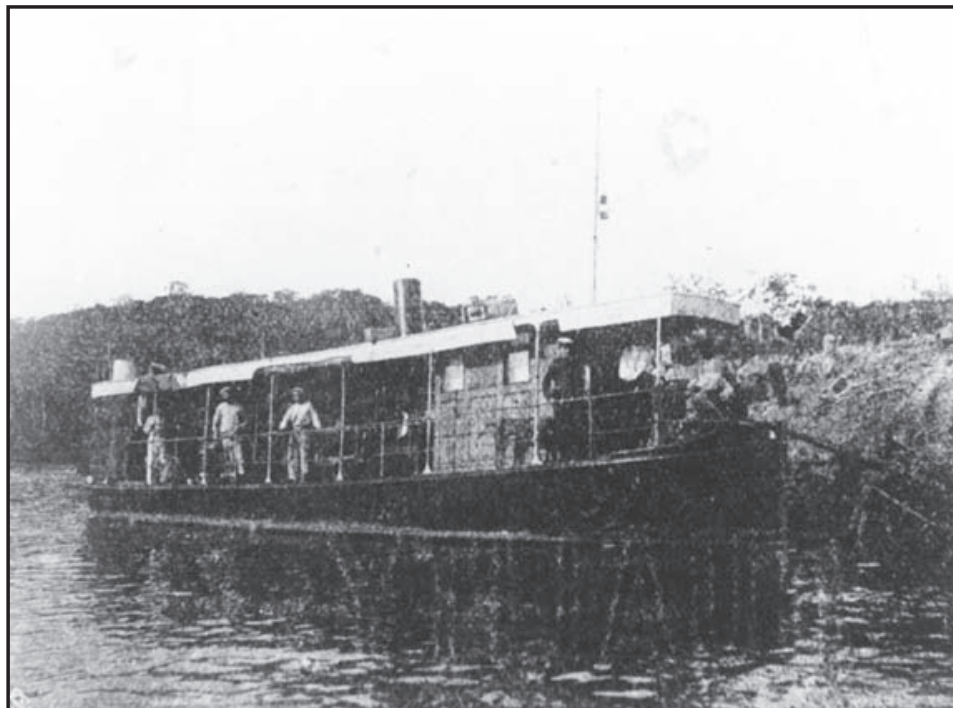
De forma circular, cubierta de un techo puntiagudo de paja, inclinado hasta el suelo, entrábase a dicha choza por una abertura estrecha. Penetramos casi quebrándonos en dos, y a pesar de mi falta de *embonpoint*⁴⁷, hube todavía de inclinarme hacia un lado para poder pasar al interior.

Una treintena de personas, hombres y mujeres, se hallaban agrupadas al rededor de pequeñas hogueras que les servían, al par que de alumbrado, de fogón para atender a las necesidades de la cocina. Las mujeres, completamente desnudas, no hacían el menor caso de nuestra presencia; algunas en cuclillas, asaban en grandes *budares* las tortas de yuca, que se distribuían en seguida.

Los hombres, no más vestidos que ellas, acostados con dejadez en sus hamacas, meciéndose sobre el humo de las hogueras, nos miraban de soslayo. Esta escena privada poco banal por cierto, me interesó mucho, e iba a sentarme en un tronco de palo para contemplarla más cómodamente, cuando Bernard me anunció

47 “*Embonpoint*”: expresión del francés (derivada de *en bon point*) que quiere decir “gordito” (nota del editor).

que el vapor acababa de pitar. Con efecto, apenas llegué a bordo, se puso el barco en marcha, seguido de cerca por la «Huitota».



Lancha “Huitota”, propiedad de J. C. Arana y hermanos

Diez horas después, es decir a las siete de la mañana, tuvimos algunos minutos de parada en la Providencia, barraca construida sobre una ribera arcillosa muy elevada.

A pesar de la espesa bruma, que un sol muy matutino no había podido disipar aún, tomé una vista de varios indios agrupados en la orilla y que nos miraban pasar.

Después, el viaje continuó nuevamente, y a medida que avanzábamos, el canal se estrechaba, acentuándose más las vueltas del río y haciéndonos describir curvas por extremo caprichosas, viendo delinearse en lontananza las azulejas siluetas de las colinas de la Concepción, bajo los rayos perpendiculares del sol de medio día. Grandes y numerosos copos de espuma, arrastrados suavemente por la corriente, nos anunciaban con evidencia la proximidad de la Chorrera.

El río, como he dicho, hacíase más estrecho, y al fin, por un pasaje de treinta metros de anchura nada más, entramos

Eugène Robuchon

alumbrados por la claridad de la luna, en la magnífica bahía de la Chorrera, inmensa dársena de forma circular, en cuyo extremo rugía la cascada del Igaraparaná, punto terminal de la navegación a vapor.



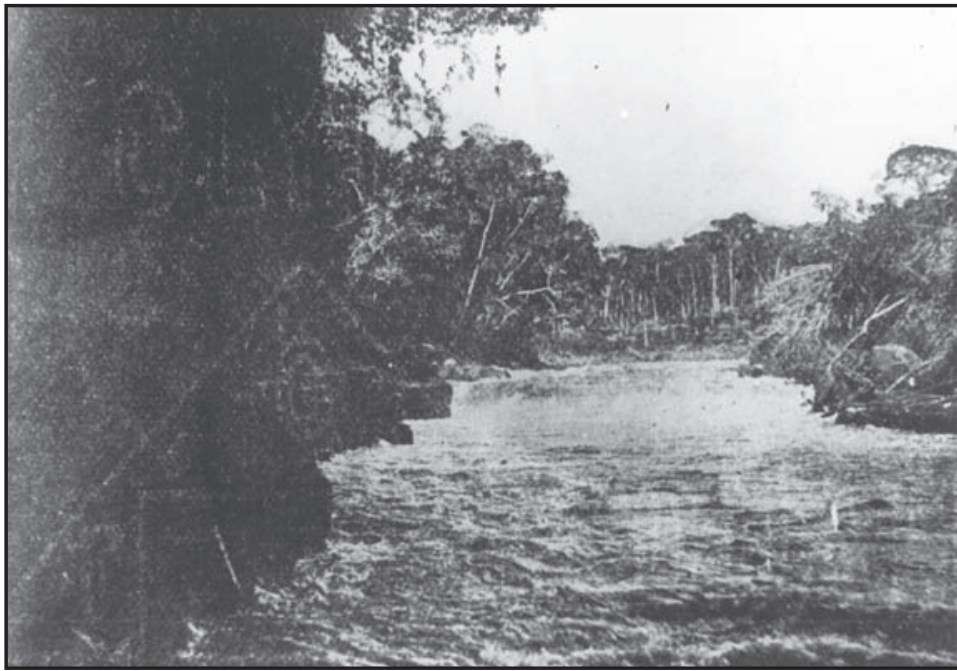
Colonia indiana. La antigua casa



Colonia Indiana. Desde la margen izquierda de la bahía



La Chorrera – caída de agua



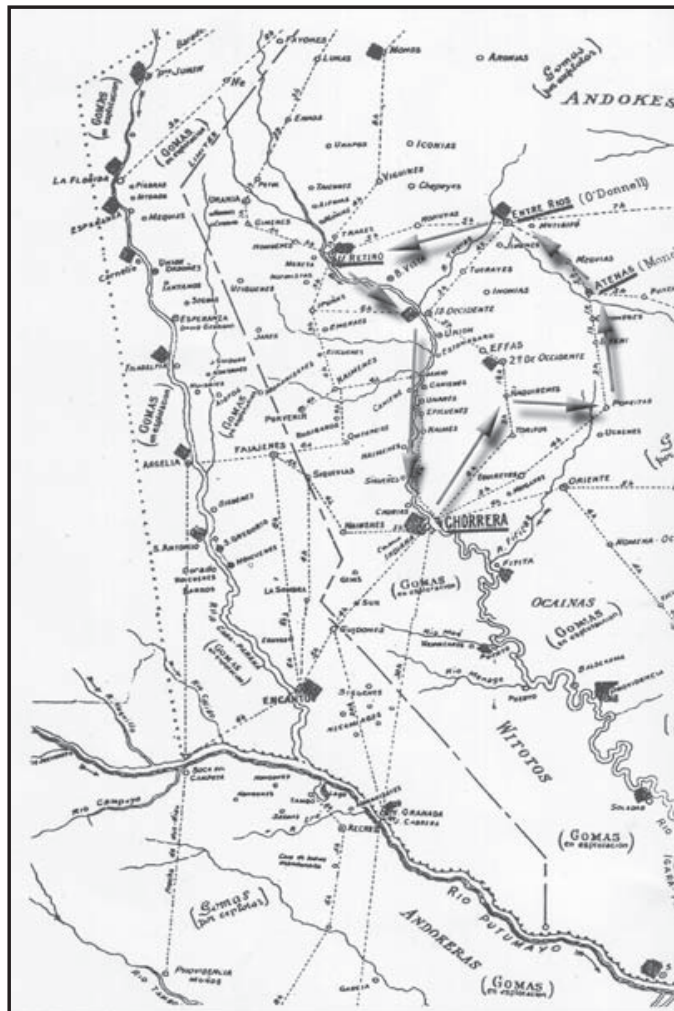
La Chorrera – caída de agua



Cacique huitoto

SEGUNDA PARTE

ENTRE INDIOS CANÍBALES



Recorrido de Robuchon en el río Igaraparaná entre septiembre de 1903 y enero de 1904. Mapa base: Croquis de la zona territorial del río Putumayo, ocupada por las empresas J. C. Arana y Hermanos, ca. 1904 (ver mapa completo en Apéndice 7)

Capítulo I

La explotación del caucho en el Igaraparaná-Conquista de los huitotos- La Chorrera - Colonia Indiana- Fundación de los primeros centros caucheros- Las secciones.

La extracción de la goma elástica se hace hoy, en vasta escala, en toda la margen izquierda del Igaraparaná, hacia el norte, hasta las orillas del río Caquetá.

Las diversas sucursales son: Unión, Mediodía, Indostán, Santa Julia, Providencia, en la margen del río, más abajo de la Colonia; y Último Retiro, más arriba. Los centros de explotación dependientes son: Palmera y Morelia, en los bordes del Cahuinari, afluente del Caquetá; Nevajes y Abisinia, sucursales de Santa Julia; Reconquista, sucursal de Providencia⁴⁸.

Todos estos establecimientos tienen un personal de trabajo reclutado entre los indios borax.

Las secciones del centro Igaraparaná, que dependen directamente de la Chorrera, son las Fititas y Oriente, servidas por los nonuyas y los recígaros,⁴⁹ y Atenas, por los indios huitotos ekireas.⁵⁰

Las demás secciones emplean indios huitotos, que están confiados al cuidado de un empleado racional, asistido de cinco o seis compañeros. El empleado principal, o jefe de sección, recibe ordinariamente como salario un porcentaje sobre el valor del producto recogido en su sección; y casi siempre sucede que llegan a hacer importantes ganancias. Conozco varios que en dos años consiguieron acumular una pequeña fortuna.

48 En el cuadro anexo del personal y operarios de la casa J. C. Arana y hermanos consta el número de las secciones que actualmente se explotan. (Ver Apéndice 6).

49 “Recigaros” o resigaros, un grupo de habla Arawak, actualmente prácticamente extinto; quedan algunos hablantes en la región del río Ampiyacu (Perú) (nota del editor).

50 “Huitotos ekireas”: probablemente del clan *ekireni*, “Gente de almendro silvestre *Caryocar glabrum*” (nota del editor).

Mas para dirigir una sección es menester ser valeroso, muy activo y conocer el lenguaje y mañas de los indios, a quienes hay que vigilar día y noche con el arma al brazo.

La producción de goma del Putumayo y sus afluentes es de 500,000 kilogramos⁵¹. Esta cifra corresponde a la remesa en la fecha en que escribo estas líneas, es decir, un año después de mi regreso a la Colonia. Cuando estuve allí fue de 300,000, poco más o menos. Se ve, pues, que la cantidad ha sido casi el doble en un lapso de tiempo relativamente corto. La producción aumenta, además, a medida que las tribus salvajes se someten al trabajo de explotación.

Los vapores «Maizán», «Huitota», «Putumayo» y «Liberal» transportan los productos en viajes mensuales entre la Colonia e Iquitos, de donde son reembarcados inmediatamente a Liverpool, Hamburgo, el Havre o New York.

51 En el año 1906 fue de 644,000 kilos, según el respectivo certificado de la aduana de Iquitos.

Capítulo II

Los huitotos aimenés - Mis primeras observaciones
antropológicas-Excursión a la Chorrera.

Desde el día de mi llegada a la Colonia me encontré listo para salir a penetrar por el bosque hasta los huitotos, pero la marcha no podía efectuarse antes de ocho días, pues necesitaba reunir un cierto número de individuos que me acompañaran en medio de los indios.



Indios uitoto aimene

Impaciente por conocer en su propia casa a estos salvajes, me dirigí una mañana a una choza de huitotos aimenes,⁵² situada en lo alto de una colina, a dos kilometros poco más o menos de la Chorrera.

52 “Huitotos aimenes” se refiere al clan *aimeni* “Gente de garza blanca” (nota del editor).

En medio de plantaciones de yuca, perfectamente bien cultivadas, se levantaba la choza, gran edificio de ramas ligeras, unidas entre sí por bejucos y cubierta de un techo de paja que descendía hasta el suelo.

Esta casa, con su forma circular y su techumbre en punta, tenía un parecido notable con un circo de feria.

Por carecer de ventanas, la luz y el aire no podían penetrar, y las puertecitas bajas y estrechas que le daban acceso estaban tan herméticamente cerradas con esteras que tuve que apartarlas para entrar. Cuando la vista se me acostumbró a la completa obscuridad que allí reinaba, percibí dos viejas y un muchacho pilando yuca por medio de una maza, en un gran pedazo de madera hueco. Los demás habitantes habían salido a trabajar a las plantaciones, mientras que aquellos preparaban las tortas de *casave*, pan indígena que se repartía entre todos por la noche. Al rededor de la barraca se veían colgados varios grupos de hamacas, formando cada uno el alojamiento de sendas familias. Cada una tiene su lumbré especial, donde hierve constantemente una marmita de *casaramaní*,⁵³ curioso guiso de sesos e hígados de animales silvestres, sazonado con una fuerte cantidad de ají, guiso que jamás se agota, porque se agrega siempre que disminuye, nueva dosis de sesos y de hígados. Sobre el fuego, y entre el humo, estaban suspendidos del techo cestos de mimbre tejido conteniendo pescados secos y pedazos de carne ahumada (*boucaneé*). El suelo desnudo y muy accidentado, se hallaba cubierto de cáscaras de plátanos y de frutas y toda especie de basura. Deduje de ahí que las reglas de la limpieza no estaban muy en boga entre los huitotos. En fin, dejé a un lado mis observaciones y me acerqué, dando traspiés, a los tres guardas de la casa. Mi presencia no les inspiraba gran confianza, pero pronto se calmaron, sobre todo después de una amplia distribución de cuentas de colores. Llámelos fuera, donde pude examinarlos a mi antojo a la luz del día, y se dejaron colocar con cierta buena voluntad delante del objetivo.

Una de las viejas era un modelo curioso. Cargaba al hijo suspendido sobre las espaldas en una trenza de fibra delgada de *llanchama*,⁵⁴ que luego venía a cruzársele sobre la frente. Las piernas se las había atado en los tobillos y más arriba de las rodillas

53 El *casaramaní*, también conocido como “tucupí” es una salsa elaborada a partir de la cocción del jugo venenoso de la yuca brava (*Manihot esculenta*), condimentada con ají (nota del editor).

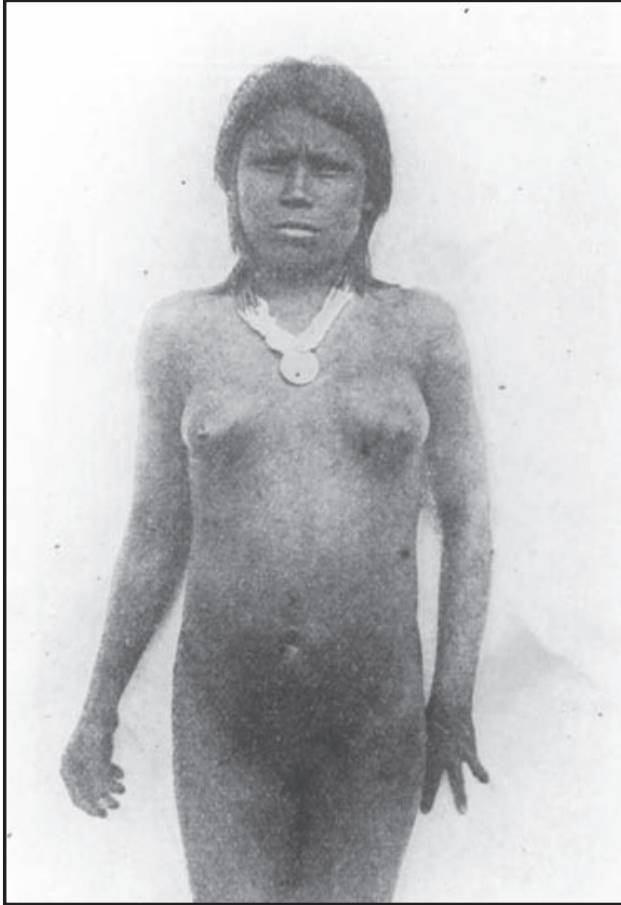
54 Faja elaborada a partir de la corteza de algunas especies arbóreas de la familia Moraceae, principalmente el género *Ficus* (nota del editor).



Familia de huitotos aimenes



Indio huitoto aimené

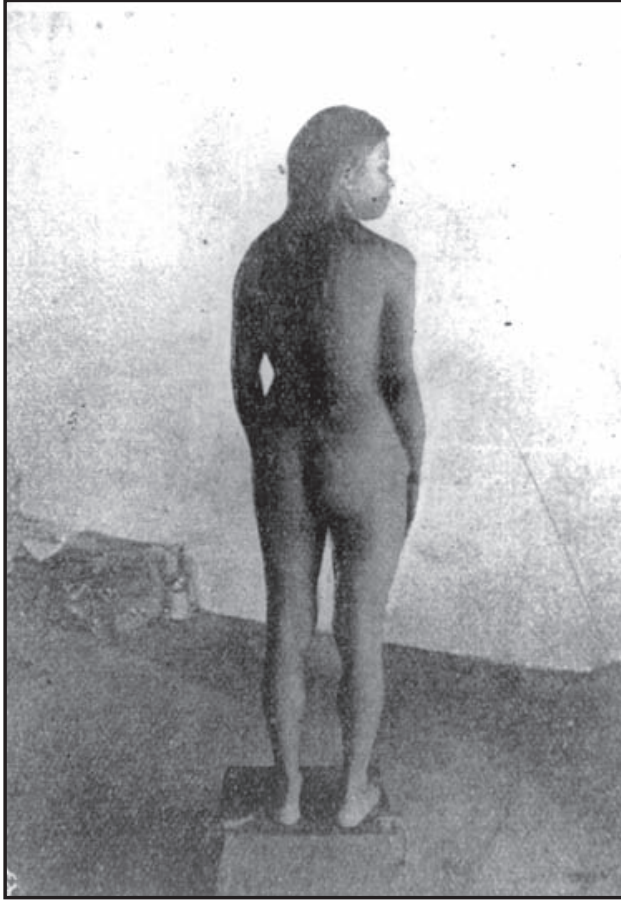


India huitota aimené habitante
de la región izquierda cerca de
la Chorrera



India huitota aimené
con su hijo

India huitoto aimené



Huitotos aimené con ligaduras
de las piernas

con largas tiras de fibras tejidas, que le producían una deformidad chocante en la pantorrillas,⁵⁵ pintadas bajo la corva, con espesa capa color rojo, asemejándoselas a pilaretes de balcón. A excepción del jovencito que llevaba un cinturón, las mujeres estaban completamente desnudas. Las fotografías fueron fáciles de tomar, pero cuando pretendí proceder a medirlos, las pobres mujeres se escaparon, asustadas a la vista del compás. Sólo el muchacho quedó de pie sin moverse. Su papel de guardián del hogar lo obligaba sin duda a cumplir con su deber hasta el fin, pero en cambio temblaba de miedo.



Indio huitoto aimené

Otro puñado de cuentas y un cuchillito lo tranquilizaron un poco, y, después, cuando comprendió lo inofensivo de los instrumentos que yo usaba, se dejó medir sin dificultad alguna. Mientras tanto, las dos viejas, de regreso del bosque, se habían deslizado en la choza por el lado opuesto y, levantando algunas de las palmas

55 Se trata de ligaduras elaboradas con fibras de *Astrocaryum chambira* que las mujeres ataban a las piernas; en huitoto se llaman *amegini*.

del techo, nos miraban cuchicheando, muy admiradas de aquellas maniobras, que ciertamente debieron parecerles cosas de magia. Me hice el que no las había visto, no queriendo asustarlas otra vez, satisfecho por el momento con aquellas primeras observaciones, y me retiré de nuevo a la Chorrera, seguido del joven aimené, convertido en amigo mío.

Dos días después de mi visita a los huitotos, salí a reconocer la Chorrera. Me embarqué en una piragua pequeña, acercándome con cuidado a las caídas, y remontando la ribera derecha, buscaba con la vista un sitio favorable al desembarco. A medida que avanzaba mostrábase las aguas más y más agitadas, y apenas a algunos metros de la orilla, mi piragua comenzó a sacudirse violentamente, cabeceando entre las olas de una manera muy inquietante. La contra corriente me llevaba hacia los raudales y me fue bastante difícil costear las rocas talladas a pico, arriesgando destrozarse mi canoa contra las piedras del fondo, que formaban peligrosos arrecifes.

La piragua fue sólidamente amarrada a un canaleta encajado entre una grieta de una roca de la orilla, y armado de mi aparato fotográfico, comencé a escalar los peñones y los troncos de árboles caídos y amontonados a los lados de la cascada. De esa manera llegué al borde de la gran garganta por donde se precipitan, produciendo un ruido formidable, las aguas del río en una velocidad de corriente extraordinaria. Como el Igaraparaná se hallaba entonces en el grado más ínfimo de su vaciante, la Chorrera se presentaba bajo condiciones excepcionales para poderse estudiar.

Precisamente a la entrada del raudal, un bloque enorme, de más de mil metros cúbicos, se había despegado de su asiento por la erosión de su base, formada de marna y mollejón, y había sido transportado a dos metros más o menos de su sitio primitivo.

El cauce de la Chorrera forma un gran banco de mollejón, compuesto de diversas capas superpuestas, de un metro de espesor, cubierto de *poudingues silicen* y de *marna schiteuses* del sistema triásico, pero donde los fósiles son bastante raros.

El río salva esta barrera en dos saltos principales, situados en cada extremidad del paso, en una extensión total de ciento veinte metros y en una anchura de dieciocho, con diferencia media de nivel de quince metros. Las partes de las rocas que quedan descubiertas se extienden en series como de pisos, absolutamente chatos y pulidos por el roce constante de las aguas. En distintos sitios se encuentran profundas excavaciones (*marmites de geants*),

entre las cuales hay algunas que llegan hasta tres metros de profundidad por más de uno de diámetro, rellenas en parte por menudos cascajos. Ni algas ni moluscos se ven pegados a estas rocas completamente desnudas, sin contar, sin embargo, alguna que otra vegetación *diatomea*, que nace en los pequeños pozos que se forman en la depresión de la piedra, durante los intervalos entre creciente y vaciante.

Me fue muy fácil recorrer en toda su extensión el canal de la Chorrera, siguiendo por encima de grandes veredas de piedras naturales que flanquean la ribera derecha y pudiendo tomar así muchas fotografías que dan una idea exacta de los detalles de la cascada.

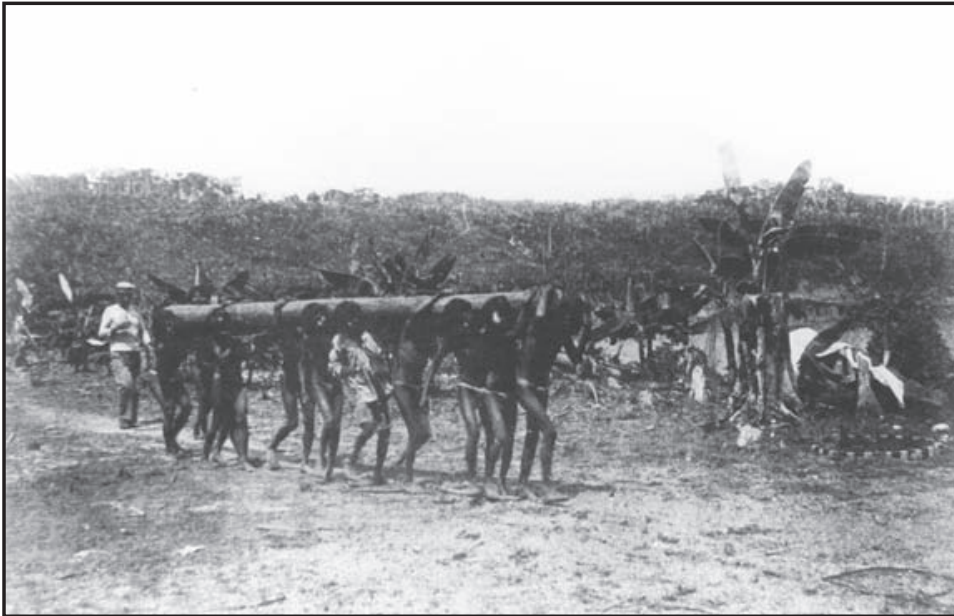
El punto es sumamente pintoresco; pero ¿cuál no sería su belleza salvaje antes de ser profanado?

A partir del año pasado todos los árboles de la orilla izquierda han sido echados por tierra; enormes troncos han rodado dentro del canal, y la madera podrida ha cubierto parte de las rocas, privándolo en mucho de la espléndida belleza que adornó este sitio precioso, único en su género en toda la región de Loreto.

En el centro de la bahía, desde que el nivel baja, aparece un islote de pequeños cascajos y de arena amarilla: es el cono de eyección de la cascada, situado a un centenar de metros del pie de la Chorrera, mientras que el cono de caída, su importancia por cierto, se halla sólo a diez metros de distancia.

Se comprende fácilmente que la navegación, aun cuando sea en canoas, se detenga en la Chorrera: el tráfico para el Alto Igaraparaná se efectúa transportando en hombros las cargas más allá de la cascada, de donde a su vez se conducen en canoas, empujadas a fuerza de canaleta por los indígenas, y se distribuyen entre todas las secciones ribereñas hasta Último Retiro.

En la época de la creciente el salto superior desaparece, el estrecho canal se llena con un volumen, de agua considerable, lanzándose con una rapidez vertiginosa, pero sin cubrir completamente el salto inferior, el cual, en las más altas crecientes, sobresale todavía algunos metros sobre el nivel de la bahía. La Chorrera es considerada por los caucheros hasta cierto punto como un obstáculo incómodo del Igaraparaná; pero dentro de un lapso de tiempo no muy lejano, se le reconocerá su utilidad y su valor; los tantos miles de caballos de fuerza que posee se aplicarán a una industria local o se utilizarán a la distancia como fuerza motriz, unidos a la electricidad, y se emplearán en el transporte o en la iluminación.



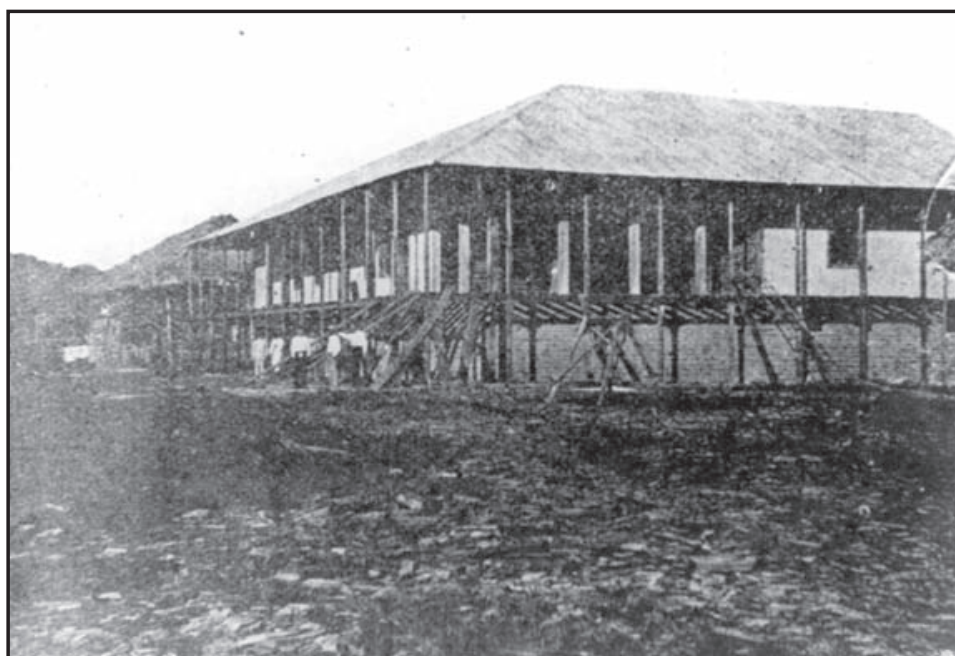
Colonia Indiana. Indios huitotos cargadores



Indios huitotos nonuyas



Indias huitotas del río Igaraparaná



Casa de propiedad de J. C. Arana y hermanos



Chorrera – Trabajos de edificación

Capítulo III

En marcha hacia los huitotos - Mi primera noche en una casa de indios pofeitas- Separados del resto de la columna - El “manguaré” y su utilidad - Plato extraño de nuestra cena.

Nuestro itinerario de campaña a través del bosque había sido preparado de la manera siguiente: salida de la orilla izquierda del Igaraparaná; marcha hacia el norte, pasando por las secciones Atenas y Entre Ríos, hasta acercarnos lo más posible al río Caquetá; de ahí nuestra dirección se inclinaría hacia el noroeste, para llegar a la barraca Último Retiro y regresar a la Colonia, bajando el Igaraparaná.

El viaje, aunque simple en la forma y de poca duración, ofrecía sin embargo serias dificultades, porque los huitotos son antropófagos y, por tanto, sumamente peligrosos. Esta fue la razón por la cual dejé a mi mujer en el establecimiento de la Colonia, resuelto a salir solo.



En marcha hacia los huitotos

En la mañana de la salida toda la columna expedicionaria se hallaba reunida delante de la casa. Tenía como compañeros a cuatro empleados. Diez indios nos servían de cargadores y debían conducir nuestros equipajes a través del bosque. Mi perro danés, *Otelo*, que nos seguía, llevaba por su propia cuenta el cargo de guardián de la expedición.



Otelo

Dióse la señal de marcha, nos colocamos en una embarcación para llegar a la orilla opuesta, y de lo alto de la colina, frente a la Colonia, disparamos algunos tiros de fusil, para despedirnos de los que quedaban en la casa, y penetramos en el bosque.

A través de una serie de colinas entrecortadas por pequeños riachuelos, llegamos después de veinte kilómetros de marcha a Naikerena, vieja choza de indios, donde resolvimos hacer alto y pasar la noche. Al efecto se armaron nuestras camas de campaña y se colgaron nuestras hamacas en el centro de la casa. Esta es la costumbre de los caucheros; y aunque parezca extraordinaria,

es más fácil de ese modo vigilar los movimientos de los indios y prevenir sus ataques. Yo me hallaba demasiado interesado por todo lo que pasaba a mi alrededor para poder dormir: observaba a nuestros indios cargadores, durmiendo repartidos por todos lados; unos en hamacas, los otros sobre andamios de ramas, pero siempre sobre el fuego y entre el humo, y cada vez que se



Salvas de despedida



Indios huitotos cargadores

apagaba la hoguera, se levantaba uno de ellos, ya por el frío, ya por el picotazo de algún zancudo, reunía los tizones y los soplaba hasta encenderlos de nuevo volviéndose a echar a dormir. Pasé parte de la noche haciendo anotaciones, mientras que mis compañeros dormían y roncaban con ese descuido que ya les ha costado caro a otros.



Un cauchero y sus intérpretes

Rayó el alba se hicieron los equipajes y se entregaron a los indios de la casa, después de despedir a los que trajimos la víspera.

El camino trazado en el espeso bosque terminaba en Naikerena, y el que debíamos seguir ahora no era sino una simple vereda formada por el pasaje continuo de los indígenas, quienes jamás se toman el trabajo de abrir un sendero. La tupida vegetación que no dejaba penetrar el más leve rayo de sol, cubría aquel terreno de poca consistencia, formado de barro arcilloso y donde nos metíamos a veces hasta las rodillas. No recuerdo nada más desagradable que aquella

marcha fatigosa, entre caídas y tropezones contra los troncos de los árboles. De modo que, cerca de medio día, cuando pensamos detenernos para almorzar, yo me hallaba completamente exhausto, con los pies, que llevaba calzados con sandalias de cuerda, cubiertos de ampollas.

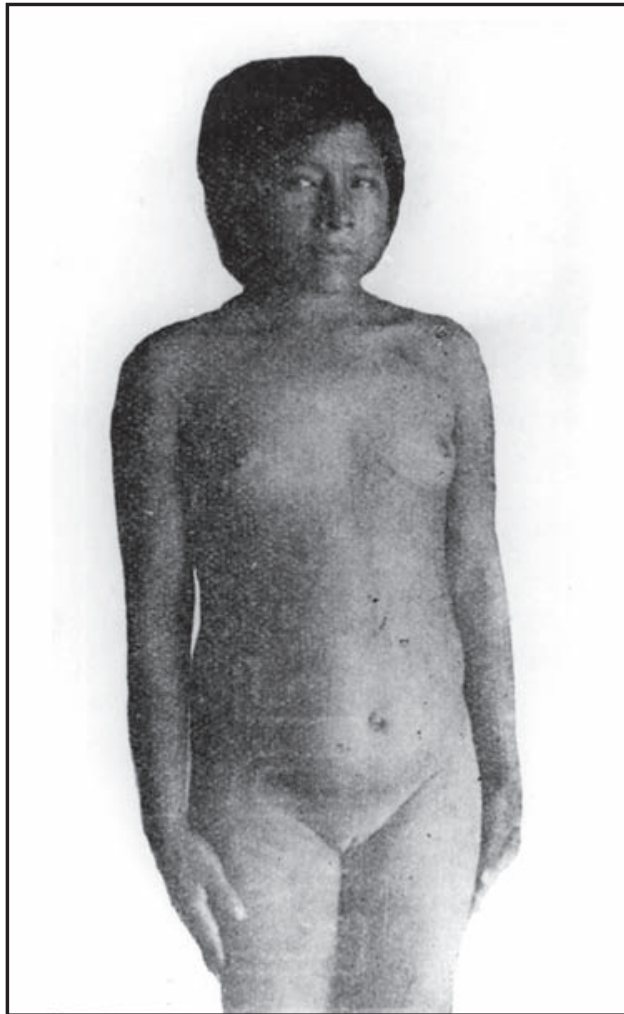


Naikarena. Indios pofeitas

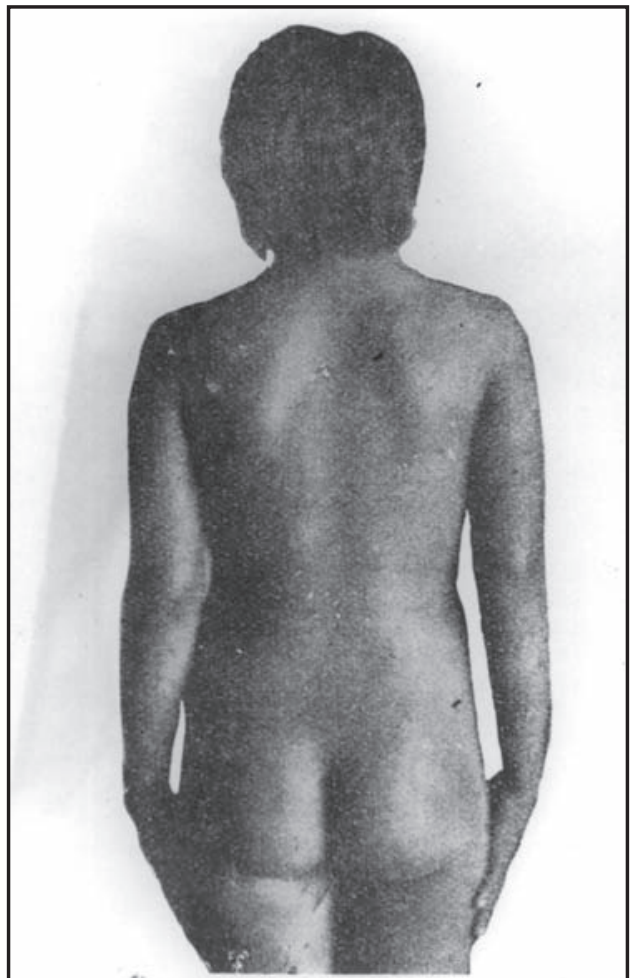
Nos encontrábamos en una gran casa indígena, habitada por un solo hombre y su familia, de la tribu pofeitas.⁵⁶ La india, su mujer, se nos presentó bajo un aspecto extravagante: tenía las piernas y los brazos embadurnados de rojo y negro, mientras que la cara, el pecho y las nalgas se las había cubierto con dibujos extraños y caprichosos arabescos, bajo todo lo cual desaparecía su completa desnudez como cubierta por malla multicolor.

Estos indios nos recibieron con mucha deferencia y nos invitaron a beber en una calabaza una infusión de *cahuana*, hecha del

⁵⁶ “Pofeitas”: probablemente el clan *bofaizai* “Gente de gusano” (nota del editor).



Naikarena. India pofaita vista de frente



India pofeita vista de espaldas

almidón de la yuca y la pulpa del *aguaje*,⁵⁷ de aspecto amarillento y repugnante. Guárdeme muy bien de aceptar aquella ofrenda y dejé que mis compañeros se hartaran, mientras que yo, por mi parte, almorzaba con algunas latas de conservas.

El terreno que debíamos atravesar más tarde era una antigua posesión indígena, entonces cultivada, pero donde en la actualidad brotaba tupida y enredada la vegetación salvaje. El calor era insoportable, y ya cercana la tarde y pensando en que no debía de estar muy lejos el sitio donde iríamos a pasar la noche, dejamos que la columna expedicionaria siguiera la marcha hacia adelante. Después de algunos instantes de reposo, continuamos nuestro camino y llegamos a una choza, felices de pensar que allí encontraríamos a los nuestros y que daríamos término a la jornada. Nos sorprendió, sin embargo, no oír el más leve ruido de voces y no ver a nadie cerca del rancho. Nuestra sorpresa aumentó todavía más al encontrar la casa completamente vacía. A corta distancia de ahí, sobre una colina se veía otra choza, de cuyo techo se alzaba una débil columna de humo. Sin duda que nuestros compañeros estaban allí reunidos y nos esperaban...

Pues bien, nada, no hallamos ni uno solo de los nuestros... Dos indias viejas que encontramos no supieron darnos informes acerca de la casa donde pudieran haberse dirigido nuestros compañeros. No sabíamos qué hacer. Era del todo inútil pensar en querer pasar la noche en aquella casa alejada, dos hombres solos y sin armas.

Ocupado como estuve durante la marcha en recoger insectos, le había confiado mi *Winchester* a uno de nuestros cargadores, para tener así más libertad de acción, y éste había seguido a los otros. En cuanto a mi compañero, armado de su Mauser, carecía de cápsulas. Mientras descubríamos el modo de salir de aquella situación tan crítica, me puse a recorrer el interior de la casa en busca de algún objeto curioso que agregar a mis colecciones etnográficas, y fue entonces que llamó mi atención la presencia de un estupendo *manguaré*, suspendido cerca de la puerta. Observando aquel instrumento se me ocurrió una idea para reunirme con nuestros compañeros.

Es menester, ante todo, que haga una descripción de aquel curioso aparato, especie de telégrafo acústico, imaginado por los indígenas del Igaraparaná y el cual es ciertamente el instrumento

57 “Aguaje” es la palma *Mauritia flexuosa*, también conocida como canangucho o moriche (nota del editor).

más curioso e interesante que les conozco. Dos grandes troncos de madera dura, de dos metros de largo poco más o menos, por cincuenta o sesenta centímetros de diámetro, ahuecados por una hendidura angosta, practicada a lo largo: cada tronco posee así dos planchas sonoras distintas, separadas por esta abertura longitudinal, dando cada una un sonido diferente. El más grande produce dos tonos graves, el más pequeño dos agudos, en todo cuatro notas.

El indio, para servirse de él, se pone de pie entre los dos *manguarés*, teniendo en cada mano una gran masa de madera cubierta de caucho, y golpea, alternativamente, sobre las planchas sonoras del grande y del pequeño aparato. Debido a la combinación de golpes largos o cortos y a la diferencia de tonos, pueden servirse de un código establecido al efecto y pueden comunicarse a la choza vecina una frase cualquiera o formular una pregunta.

Como las casas se encuentran generalmente construidas sobre una colina elevada, en ciertas noches serenas los indígenas perciben distintamente el sonido del *maguaré* a diez y doce kilómetros de distancia.

Apenas terminé de hacer un croquis de este instrumento recogí del suelo las dos masas y comencé, lo mejor que pude, a dar de golpes, tratando de imitar la llamada, como la había oído algunos días antes. Dos o tres veces renové la señal, repetida por el eco del bosque, cuando oímos un grito lejano que nos respondía. El hijo de uno de mis compañeros, educado desde su infancia en medio de los indios, había adquirido un conocimiento perfecto del lenguaje y de las costumbres de los huitotos. Interesado por aquellas llamadas, cuya imperfección le había dado a comprender su procedencia e inquieto al propio tiempo por no vernos llegar, comenzó a desandar lo andado para llegar hasta nosotros y conducirnos por el verdadero camino. El resto de la columna había hecho alto al borde del sendero; los indios al lado de la carga echada por tierra, trituraban pedazos de *casave*, mientras que nosotros por nuestro lado nos repartíamos piñas recogidas cerca de la última choza. Un apetito formidable, estimulado por la larga marcha a través del bosque, me hacía desear algo más positivo con que satisfacer el estómago.

«Les aseguro a ustedes, decía yo a mis compañeros, que si llegáramos a casa de los indios en el momento mismo en que se desarrollara una escena de canibalismo, no tendría menor escrúpulo en tomar parte en el festín». Por supuesto que no fue

así, pero no por eso nuestra cena dejó de tener un plato bastante original.

Eran las cinco de la tarde cuando entramos en la choza donde debíamos pasar la noche. Después de colocar sobre la maleta mi aparato fotográfico y mis demás instrumentos de topografía que llenaban mis bolsillos, me dediqué a pasar revista a la casa. Descubrí muy pronto, suspendido de un gancho, un pedazo de carne, asado con cuero y todo; me apoderé de él al punto, e invitando a mis demás compañeros, hicimosle honor a aquella pieza, que sazonada con ají y acompañada con galletas secas, nos pareció excelente.

Satisfecho de mi comida me iba a tender en mi hamaca, cuando pasó por mi lado uno de los habitantes de la casa, deseando conocer el nombre del animal que había hecho los gastos del banquete, le pregunté qué era: el indio respondió una palabra en su dialecto que no comprendí, pero que hizo sonreír a mis compañeros. Como yo insistí para conocer la traducción, se echaron a reír y me respondieron:

- «Es zorro».
- «Caracoles, dije yo, estos indios nos han hecho comer perro»...

La contestación me hizo gracia, pero no disminuyó en nada mi anterior satisfacción, al contrario, desde entonces tuve una excelente opinión de aquel animal, que siempre consideré muy repugnante.

Durante todo este tiempo los indígenas habían asado grandes tortas de yuca, y vinieron después a pedir permiso para bailar toda la noche en una choza vecina, permiso que les fue concedido con la condición de regresar temprano para proseguir la marcha.

Capítulo IV

Las comunicaciones por el manguaré - La lluvia en el bosque -
Atenas - División etnográfica de las tribus del Cahuinari - Salida
de Atenas-Entre Ríos - Los huitotos kinenes.

Al rayar el día liamos cargas para continuar nuestra marcha por entre el bosque. Todo se hallaba listo, pero los indios que salieron la víspera, no habían regresado todavía. Tuve entonces oportunidad de oír una comunicación a distancia por medio del *manguaré*. Llamamos al cacique y le dijimos:

- «Llama a tu gente y ordénale que venga inmediatamente».

El indio se dirigió entonces al *manguaré* y cogiendo las dos mazas comenzó a golpear. Pasaron algunos instantes, luego comenzó de nuevo, alargando el cuello y prestando oído atento. Poco después dejóse oír un grito lejano y en la cara del indio se dibujó una sonrisa de satisfacción.

- «Ya vienen, dijo, partirán al terminar de asar unas tortas de *casave*».

Continuó comunicándose con la casa vecina, que no dejaba de responderle. Por fin tiró las mazas al suelo y agregó:

- «Vienen corriendo».

Con efecto, un cuarto de hora después, los indios habían regresado, cargaron los equipajes, y continuamos la marcha, siguiendo el estrecho sendero del bosque. Una llovizna había comenzado a caer desde nuestra salida, y se convirtió bien pronto en aguacero, enlodando el camino y haciéndolo resbaloso. El frío se apoderó de nosotros, quitándonos nuestro entusiasmo y buen humor.

A las diez llegamos a Atenas, centro de explotación o sección sucursal de la Colonia. A causa del mal tiempo resolví quedarme todo el día en la barraca.

La casa era de construcción reciente, edificada sobre una colina elevada, completamente desmontada y organizada de manera de poder resistir a los ataques de los indios. Construida sobre altos pilares de madera, se subía por una escalera colocada en el

interior; llegada la noche, se cerraban las puertas y cada empleado montaba la guardia de hora en hora.

A algunos centenares de metros de ahí corre el río Cahuinari, afluente del Caquetá, río de poca importancia en aquel sitio, vecino a su nacimiento y que mide apenas 20 metros de ancho. Alrededor de la casita se extendían plantaciones de yuca, plátanos y maíz para la alimentación del personal de la barraca.



Hacia el Cahuinari

La producción de caucho de los ocho meses precedentes se había elevado a cuatrocientas arrobas, es decir, poco más o menos cinco mil kilos de *sernamby*.⁵⁸ Los indios dependientes de la barraca se dividen en las 17 tribus siguientes: ekireas, pofeitas, emuidifos, eguas, cullogares, ichobías, eguétafos, ucagues, monaines, puneixas, iconas, meinas, hurais, tiguenes, idomángaros, moisas, edógaros.⁵⁹ Estas tres últimas son de menos importancia que las precedentes.

58 “Sernamby”: látex coagulado por medio del uso de humo.

59 Ver comentario al apéndice 2 “Tribus indígenas de Putumayo” (nota del editor).

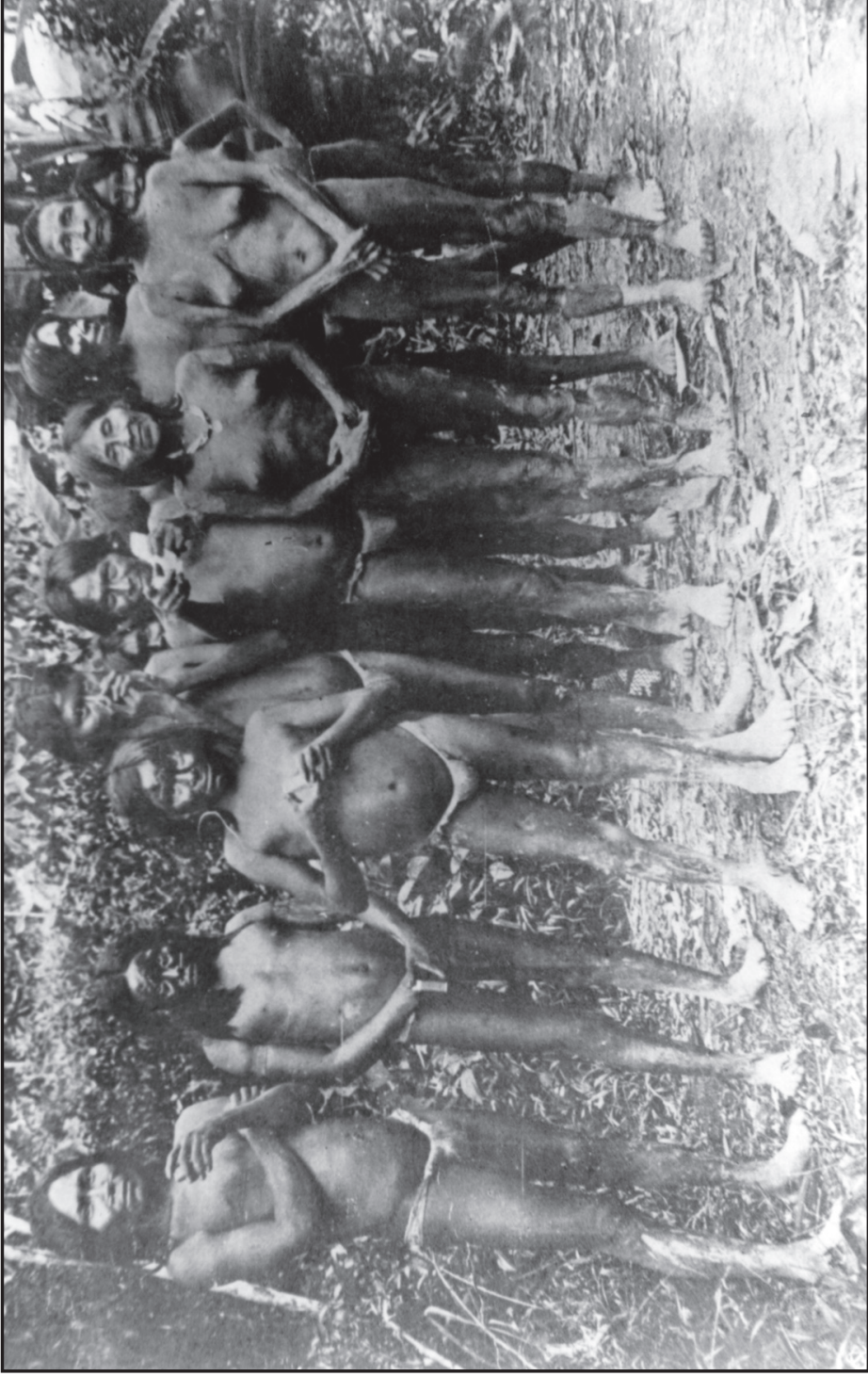
Durante la noche un cambio súbito en la dirección del viento hacia el sur, produjo una temperatura mínima de 17 grados centígrado, diferencia considerable entre la normal de 28 y 29 de los días anteriores.

Salimos de Atenas en una mañana brumosa, pero como el camino estaba en excelente estado, pudimos llegar temprano a Entre Ríos. Algunas viejas de la tribu huitoto-kinene⁶⁰ salieron de una choza situada a poca distancia de la casa principal y nos trajeron *casave* y frutas. Se hallaban horriblemente pintarrajeadas de pies a cabeza. Las mujeres kinenes tienen la costumbre de embadurnarse el cuerpo con una especie de resina, sobre la cual esparcen ceniza negra. ¿Con qué objeto? Me fue imposible descubrirlo fijamente. Secretos del tocador de la mujer kinene, que le dan un aspecto repulsivo y horripilante.



India kinene pintada

60 “Huitoto-kinene”, probablemente el clan *kineni* “Gente de canangucho o aguaje (*Mauritia flexuosa*)” (nota del editor).



Indias huitoto – kinenes

Capítulo V

Cerca del Caquetá-Puentes suspendidos - Los antropófagos nonuyas - Trofeos de los devoradores de carne humana - El chupe del tabaco- Precioso ejemplar antropológico en cambio de algunas cuentas- Riocuriño - Último Retiro - Las tribus indígenas del Alto Igaraparaná.

Especialmente brillante fue el día 18 de octubre: el sol se alzó sobre el horizonte en un cielo absolutamente puro y de un azul intenso que hacía resaltar el color de los árboles y de las plantas, rejuvenecidas por la lluvia del día anterior. Nuestra marcha se hacía más interesante a través de algunas pequeñas colinas, donde se hallaban, como encajadas en medio del follaje, algunas chozas de indios.

A corta distancia del Caquetá, la dirección de nuestro itinerario se modificó un tanto, inclinándose ligeramente hacia el sur-oeste. Atravesamos de nuevo el Cahuinari, bastante más allá de Atenas, tratando de acercarnos a Último Retiro. Abandonamos el camino relativamente bueno de la víspera, y hubimos de pasar a través de la selva virgen. Muy accidentado estaba el piso y el ramaje muy tupido. A veces se alzaba delante de nosotros alta colina escarpada, que debíamos salvar escalándola a fuerza de muñeca y jarrete; y pocas cosas he visto tan interesantes como nuestros indios desnudos, cargados con los equipajes, caminando en fila de uno en fondo, lentamente y con método, semejando una bandada de grandes monos. Sobre un barranco profundo una rama sencilla, del grueso del puño, servía de improvisado puente, por el cual los salvajes pasaban con extraña facilidad y sin excitación de ninguna especie, absolutamente del mismo modo que si lo hicieran en tierra firme, mientras que por mi parte tenía que hacer maravillas, prodigios de equilibrio, para poder llegar sano y salvo al otro lado. Con este motivo, me permito llamar la atención sobre la utilidad de las sandalias llamadas alpargatas. Bien ajustadas al pie desnudo, es el mejor calzado que conozco para una marcha en el bosque, pues poseen ventaja enorme sobre todo lo que tenga suelas de cuero. Se evita el riesgo de resbalar

sobre la madera húmeda; los pies se conservan siempre frescos y uno se fatiga menos. Al fin de cada jornada, las alpargatas se lavan, quitándoles el barro, y luego se cuelgan a escurrir durante la noche, hallándose siempre listas para servir al día siguiente.

A las cuatro de la tarde llegamos por fin a una choza de indios huitotos nonuyas,⁶¹ tribu antropófaga, de las más peligrosas. Había llegado el momento de valerse de grandes precauciones. Los indios, astutos y por extremo pacientes, se habían siempre listos para asesinar a los blancos cuando a éstos se les olvida conservarse en guardia. De golpe, a la vuelta del sendero, y al desembocar en la meseta de una colina, apareció la casa de los nonuyas. Los ladridos de mi perro habían anunciado nuestra proximidad, y un cierto número de gente, hombres y mujeres, se había reunido delante de la choza, a vernos llegar. Mi perro, como siempre, se lanzó primero que todos dentro de la casa. El gran tamaño de *Otelo*, su mirar fijo y sus ojos inyectados de sangre, inspiraban temor y respeto a los indios, de ordinario desconfiados con los perros. Seguí detrás de él y me hallé en medio de los nonuyas.

Tres inmensos indios pintarrajeados de rojo, con la boca llena de polvo de coca, que les inflaba los carrillos, avanzaron a saludarnos, dándonos golpecitos en las espaldas a guisa de bienvenida. Encima de nosotros se hallaban suspendidos del techo cuatro cráneos humanos. Eran trofeos de una lucha reciente entre los nonuyas y sus vecinos los ekireas,⁶² y cada cráneo correspondía a una víctima de los caníbales. No pude menos que experimentar una ligera emoción, al vernos en número tan reducido en medio de aquellos indios, fuertes y musculosos, que hubieran podido destrozarnos en un abrir y cerrar de ojos, desde el primer momento en que llegamos.

En vista de que teníamos que pasar la noche con ellos, se organizó nuestro cuerpo de guardia, a fin de vigilar desde las ocho de la noche hasta rayar el alba, relevándonos de dos en dos horas. El primer cuarto me tocó a mí, y para mayor seguridad, reuní todos los *Winchester* y los coloqué a mi lado, recostados en una caja de provisiones, sobre la cual puse una vela encendida. *Otelo* se echó a mis pies para prestarme su ayuda en caso necesario. Para evitar el sueño me dediqué a organizar mi diario.

61 “Huitotos nonuyas”: clan *nonuiyai* “Gente de achiote (*Bixa orellana*)” (nota del editor).

62 “Ekireas”: clan *ekireni* “Gente de almendro silvestre (*Caryocar glabrum*)” (nota del editor).

Los indios se habían reunido todos alrededor de la casa, cerca de las hogueras, que lanzaban sobre sus cuerpos reflejos rojizos, haciendo que sus sombras se proyectaran sobre las negruzcas paredes de la casa, a manera de danza macábrica, produciendo un efecto diabólico. Todos los salvajes guardaban silencio hasta entonces; uno que otro gruñido de *Otelo*, al ver a cualquiera de ellos que se levantaba y se acercaba demasiado a nosotros, interrumpía aquella quietud abrumadora.



Indios huitotos nonuyas

De repente se formó un grupo de más consideración: una treintena de individuos se arremolinó alrededor de un envase puesto en el suelo y que contenía un líquido negruzco. Uno de los indios, al parecer el cacique, hundió el dedo en aquella especie de *mezclot*⁶³ e y comenzó a perorar rápidamente y en voz alta, en tono breve y entrecortado. El final de cada frase la repetía el resto del grupo, apoyando su sentido de cuando en cuando con un *heu* afirmativo y violento.

Desde su principio la escena me interesó vivamente, y para contemplarla mejor, aparté mis papeles. Aquello no era otra cosa que el *chupe del tabaco*, en cuya ceremonia los indígenas rememoran su libertad perdida, sus sufrimientos actuales y formulan contra los blancos terribles votos de venganza. La conversación

63 Zumo de tabaco cocinado (*yera* en lengua uitoto) (nota del editor).

animábase cada vez más, bajo la influencia del tabaco y de la coca, y los indios se excitaban fuera de todo límite, presentándose casi amenazadores.

De golpe cesó la algarabía, reinó un profundo silencio y todas las miradas se dirigieron hacia nosotros. Un ladrido feroz de mi perro me hizo volver la cabeza instintivamente y sorprendí a mi lado un indio peludo, que me miraba de frente, sonriendo de una manera siniestra...

- «Qué quieres?» - le pregunté, aparentando calma.
- «De quién es ese perro?»- me preguntó a su vez el indio, con aire indiferente, mostrándome un cachorro perteneciente a uno de nuestros compañeros.
- «Y a tí qué te importa...? »
- «Y este otro?» - agregó enseñándome a *Otelo*, quien no cesaba de gruñir. Mientras decía esto, su mirada se había clavado, de una manera extraña, sobre las carabinas y trataba de acercarse insensiblemente.

Entonces me levanté de repente y apuntándole con mi revólver:

- «Vete, le dije, resuelto a matarlo allí mismo si hacía el menor movimiento de avance. Hubo de comprenderlo así, pues retiróse con la misma calma que siempre mostró, lentamente, a uno de los rincones de la casa.

La escena duró minutos. La interrumpida charla de los indios comenzó nuevamente, y curioso por saber de qué se trataba, sacudí la hamaca de uno de mis compañeros que dormía a pierna suelta. Enterándose de lo acontecido, se incorporó a medias y prestó atención a la endiablada palabrería de los indios, los cuales no habían cesado de hablar en alta voz y de chupar tabaco.

Finalmente, el compañero se puso de pie, y agarrando un machete, les intimó en cortas palabras de su dialecto huitoto que se retirasen a dormir. Así terminaron los votos de venganza. Uno que otro indio se echó a dormirar donde mismo estaba, mientras los demás continuaron velando en silencio.

Entregué más tarde la guardia a otro compañero, y como medida de precaución, continué vigilando de cerca a los indios. Pasamos el resto de la noche, sin incidente desagradable; pudiendo quizás haberse producido un desenlace trágico.

Antes de salir exigí al amo de la choza los cráneos colgados del techo. Un buen puñado de cuentas de colores lo decidió a complacerme sin titubear. Subiéndose a lo largo de una viga

apoyada contra la pared de la casa, descolgó las cabezas unidas entre sí por medio de cuerdas. Sonaban como calabazas vacías entre las manos del salvaje. Por una miseria, pues, tuve ocasión de obtener cuatro preciosos ejemplares antropológicos.

En las fotografías de los cráneos pueden verse las cuerdas adheridas a los arcos zigomáticos, que al par que sirven para sujetar las mandíbulas inferiores, los sostienen colgados del *manguaré* o del techo de la casa. Los dientes los sacan para utilizarlos como collares.

A veces se encuentran brazos disecados, despojados de carne, pero conservando los tendones, y los dedos de las manos se hallan ligeramente doblados. Atados a un mango de madera sirven para revolver el cocido de *cahuana*.

A pesar de todos mis esfuerzos en el sentido de obtener un ejemplar de aquel *utensilio de cocina*, no he tenido la suerte de procurármelo. Los huitotos guardan con cuidado celoso todos sus ornamentos, collares de dientes o de plumas, etc., y los esconden a fin de substraerlos a los deseos de los blancos, quienes frecuentemente se apoderan de ellos contra la voluntad de Sus dueños, sin darles en cambio retribución alguna.

A dos kilómetros de ahí llegamos a otra casa de nonuyas. Los indios cargadores continuaron la marcha mientras que nosotros nos deteníamos algunos instantes en aquel fundo, ya que nada nos urgía, a una distancia de diez kilómetros, no más, de Último Retiro. Tomé asiento en un tronco y me regalé con una piña deliciosa, mientras que mis compañeros se hartaban de *cahuana* en el interior de la choza. En aquel momento, saliendo del bosque, se me acercó sonriente una belleza huitota.

- Cómo te llamas? - le pregunté al pasar.

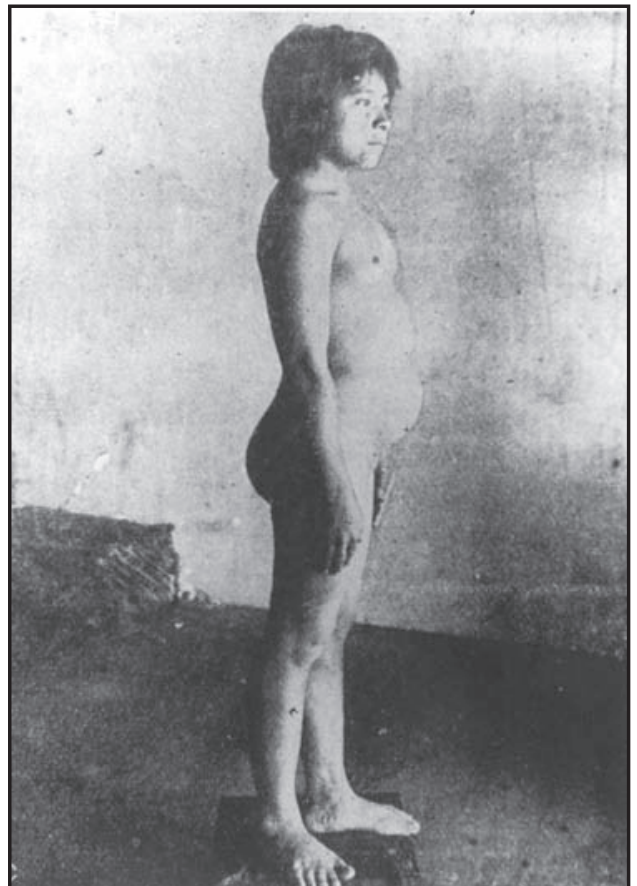
- Riacuriño- me respondió, y se detuvo. Era un tipo bello de india, de cuerpo bien proporcionado y formas vigorosas, llevando derecha la cabeza con un cierto aire de nobleza. Se dejó fotografiar con muy buena voluntad, y recibió en pago un collar de cuentas de collares.

Cerca de las tres de la tarde llegamos a Último Retiro.

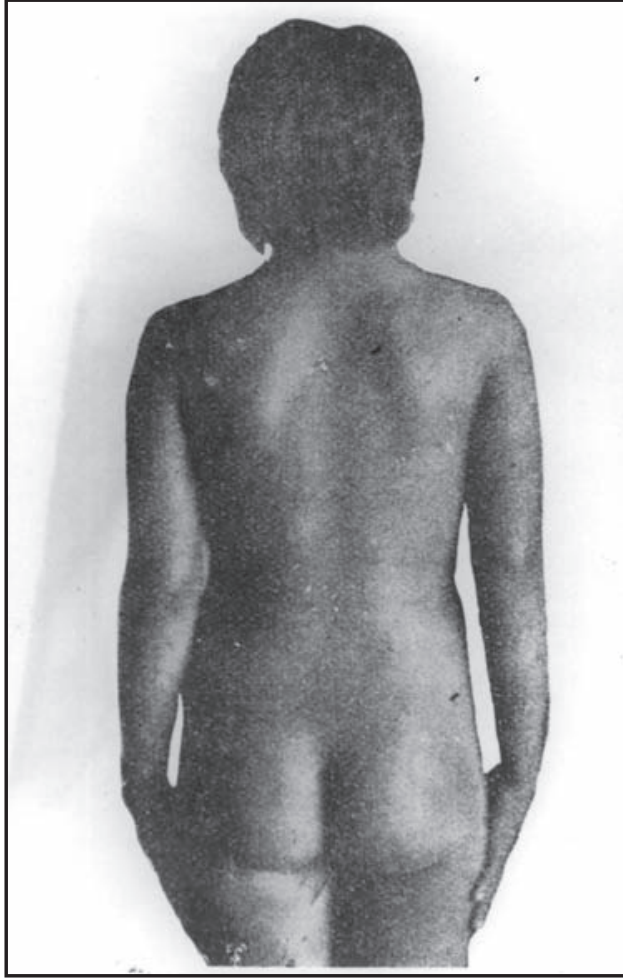
La barraca está construida en una colina de 40 metros de altura más o menos, sobre el nivel del río, y en la costa izquierda del Igaraparaná, de donde se extiende hacia el oeste un admirable panorama, a las faldas de otras colinas cubiertas de bosques.



Riacuriño. India huitoto nonuya



India huitota nonuya (de perfil)



India huitota nonuya
(de espaldas)



India huitota nonuya con su hijo



Alto Igaraparaná. Barraca Último Retiro

Capítulo VI

Observaciones generales sobre los huitotos - Modo de extraer el caucho por los indígenas - Su amor a la libertad y el desprecio por la civilización - Costumbres y ornamentos de los huitotos - Danzas salvajes - Una escena de canibalismo.

En general los huitotos poseen miembros delgados y nerviosos. Cosa rara es encontrar en ellos un abdomen pronunciado.

La caza ha desaparecido casi del todo de sus contornos, y lo poco que queda no los provee de carne suficiente para alimentarse. El *casave* y la yuca les proporcionan la única comida que tienen. Mas a pesar de esto, son muy fuertes y resisten a la fatiga, soportando con resignación muchas privaciones.

Extraen la goma, bajo la forma del *sernamby*, de una especie de *Syphonia* muy abundante en la región del Igaraparaná. Armados de machetes, los indios recorren el bosque dándole a cada árbol de goma que encuentran una serie de tajos en el tronco, hasta donde les alcanza el brazo estirado. La leche destila y corre por el árbol hasta el suelo y se coagula al aire libre. Cuando han pasado algunos días los indígenas regresan y recogen la cosecha en cestos que cargan sobre las espaldas. Esta especie de *sernamby* contiene mil impurezas: pedazos de madera, basuras, hojas secas y una cierta cantidad de arena. Para despojarla de tantos ingredientes extraños la golpean en el agua corriente con unas mazas de madera. Pierde de ese modo el agua de fermentación que posee y se hace más compacta; luego la enrollan en enormes chorizos -rabos, convirtiéndose en negro su primitivo color gris, al contacto del aire y de la luz.

El indio es poco amigo de extraer el caucho por el método de *tichelas*,⁶⁴ a la manera del *siringuero*⁶⁵ en estradas regulares.

64 “Tichelas”: *tigela* (portugués) “taza”, utilizada por los caucheros para recolectar el látex (nota del editor).

65 “Siringuero”: *seringueiro* (portugués), recolector de caucho (nota del editor).

El traje de los huitotos, como puede verse en las fotografías que aparecen en el curso de esta obra, se compone de un cinturón, como he dicho, de fibra de *llanchama*, el cual, una vez pisado, lavado en agua y seco, se asemeja a un tejido. Cortado en largas tiras, se enrolla al rededor de la cintura, anudado al frente, dejando una extremidad más larga que la otra. Esta cae sobre los órganos genitales cubriéndolos, y pasando luego por entre los dos muslos, se ata detrás. Esta especie de *tapa-rabo* se llama *moggen*⁶⁶ por los indígenas. Las tribus del Alto Igaraparaná han simplificado mucho este cinturón, adoptando por delante un sencillito cuadrado de fibra, que les cubre únicamente el sexo. Los hombres tienen también la costumbre de apretarse el antebrazo, más arriba del bíceps, con unas tiras tejidas de *chambira*, mientras que las mujeres, como hemos visto ya, se ligan las piernas y andan totalmente desnudas.

Para los bailes y para otra clase de ceremonias, que se efectúan cada año, los indios se cubren el cuerpo de pinturas cuyos dibujos son a veces muy complicados.

Nada hay tan pintoresco como ver a los hombres y las mujeres adornados con coronas de plumas de colores deslumbrantes, los cuellos guarnecidos de collares de dientes humanos, o de colmillos de animales salvajes, la cintura y las rodillas rodeadas de cascabeles vegetales, bailar con cadenciosa uniformidad, marcando el compás con el pie derecho, cantando en coro un himno festivo, cuya entonación extraña es acompañada por los golpes acompasados del *manguaré*. Generalmente el baile es el complemento de una orgía caníbal, y parece que está revestido de todos los caracteres de un acto de ritual religioso.

La tendencia al canibalismo de estos seres es tal, que se comen entre sí de tribu a tribu. Sin contar las batallas, donde los cadáveres de los enemigos proveen la carne para el festín que se efectúa al día siguiente de la acción, siempre tienen oportunidad de satisfacer aquella tendencia, pues conservan como prisioneros de guerra a los que caen en sus manos, guardándolos para fechas ulteriores. Y estos infelices no huyen jamás, aún sabiendo la suerte que los espera, pues consideran como distinción honorífica el género de muerte a que se les destina.

Llegado el día de la ceremonia, matan a la víctima con una flecha envenenada: la cabeza y los brazos, únicas presas que

66 “*Moggen*”: taparrabo; la palabra uitoto es *moigai* (“envoltorio de la nalga”) (nota del editor).

sirven para el festín, se separan del tronco y comienza entonces la horrible operación culinaria.

La gran olla de tierra, especialmente reservada para el caso y ordinariamente suspendida del techo, se baja hasta el suelo. Arrójanse en ella los despojos humanos sin mutilarlos, sazonados con una buena cantidad de ajíes rojos, y aquel puchero repugnante se pone a hervir a fuego lento. Simultáneamente el *manguaré* comienza a dejar oír su sonido sordo, anunciando en las lejanías del bosque los preparativos de la ceremonia. De todas las colinas vecinas responden los *manguarés*, y los indios comienzan a llegar al centro del festín. Todos se han revestido de sus más bellos ornamentos, de plumas multicolores, de cascabeles que, atados a las rodillas, producen un sonido alegre a cada paso. Quinientos o seiscientos indios, hombres y mujeres, pueblan el sitio, armando una algazara atronadora, mezclando sus discordantes gritos a los chillidos de las criaturas o a los aullidos de los perros... De pronto, cesa el ruido del *manguaré*... Un gran silencio sucede a la gritería anterior: la olla ha sido retirada del fuego.

Los hombres, únicos que toman parte activa en la ceremonia, se sientan alrededor. El capitán o cacique agarra un pedazo de carne humana y después de deshacerlo en largos filamentos, se lo lleva a la boca y comienza a chuparlo lentamente, pronunciando de vez en cuando una serie de palabras apoyadas por un *heu* afirmativo por parte del resto de la muchedumbre., En seguida tira a un lado la carne desangrada. Cada uno continúa, por turno, la misma operación hasta rayar el día. Los cráneos y los brazos, del todo despojados de carne, se suspenden inmediatamente del techo sobre el humo, y luego los caníbales se hartan de *cahuana*, e introduciéndose los dedos en la garganta, provocan el vómito.

Vuelve otra vez a retumbar el *manguaré*, lentamente primero, después con gran rapidez, hasta que los golpes adquieren un ritmo arrebatador. Ha comenzado el baile, baile infernal, donde tiembla la tierra bajo las patadas de los indios. Resuenan los cascabeles de un modo ensordecedor, los cánticos se convierten en aullidos atroces y se apodera de los indios una excitación nerviosa, producida por la influencia de la coca, muy parecida a la locura feroz, que los domina los ocho días que dura la festividad.

Capítulo VII

Notas antropológicas - Las armas de caza y de guerra - Creencias religiosas de los huitotos - Notas etnográficas - Regreso a la Colonia.

Los huitotos tienen la piel pardo - cobriza, cuyos tonos corresponden a los números 29 y 30 de la escala cromática de la *Sociedad de Antropología de París*. Los cabellos, largos y abundantes, son negros, oscuros y lisos. Ambos sexos los usan naturales, sin cortarlos. Se cortan o arrancan las pestañas, las cejas, así como los pelos de las demás partes del cuerpo. Los hombres se mutilan las narices y los labios según la tribu. Los del Alto Igaraparaná tienen perforada la división de la nariz, donde se introducen un tubito de junco, del espesor de una pluma de ganso. Los del centro del Igaraparaná se perforan las paredes de la nariz y se clavan plumas de colores. Se atraviesan también el labio inferior, de arriba abajo, con una especie de clavo metálico. Casi todos tienen el lóbulo de la oreja agujereado por un grueso pedazo de madera dura, adornado con una concha de nácar.

El pecho es ancho; y el busto, elevado y tirado hacia atrás, les imprime un si es no es de nobleza; mas los miembros superiores e inferiores, éstos últimos sobre todo, están poco desarrollados.

Es interesante anotar las particularidades de su manera de andar, especialmente en las mujeres. El hábito de cargar su cría en las espaldas las hace adoptar una posición inclinada, que conservan toda la vida. Los pies, vueltos hacia adentro, hacen que se les cierren los muslos el uno contra el otro, pudiéndose tomar este hecho como manifestación de pudor.

Los hombres, por el contrario, caminan con los pies hacia afuera y balanceando las caderas; pero cuando se trata de cruzar una rama que sirve de puente sobre un río o un precipicio, entonces los vuelven hacia adentro, adquiriendo de ese modo más estabilidad y evitando resbalar. Los dedos mayores de ambos pies están dotados de un gran poder de aducción y se sirven de ellos para agarrar o recoger cualquier objeto del suelo. Los órganos genitales en el hombre, encerrados en el cinturón de fibra que los comprime,

no llegan nunca a su desarrollo normal. El miembro es pequeño y con una tendencia a estar siempre cubierto por el prepucio, el cual es muy largo y cubre todo el glande. En las mujeres no presentan ninguna anomalía. Los senos de éstas son periformes y se sostienen derechos, aun en las mujeres de edad avanzada, en cuyo caso disminuyen de volumen, sin colgar jamás.

Entre las armas de los huitotos figura la cerbatana, llamada *obidiake* [*obiyakai*], de dos metros de largo, hecha de una caña hueca, cubierta de fibray provista de embocadura; sirve para lanzar pequeñas flechas de veinticinco centímetros de largo y de apariencia poco peligrosa, pero de efectos terribles, pues la punta de cada una de ellas está untada de *curare* y produce la muerte en menos de un minuto. Usan también flechas envenenadas, *morucos*, débiles baquetas de un metro ochenta centímetros de largo, reunidas en grupos de ocho a diez, que guardan en un estuche de bambú. Tienen las puntas untadas con veneno y las lanzan con las manos a una distancia de veinte metros. Los indios las manejan con gran destreza y se sirven de ellas en la caza o en la guerra. Las *macanas*, largas mazas chatas de madera dura y pesada, semejando un gran sable, son el arma de guerra del huitoto. No usan el arco para sus flechas, y para la cacería emplean trampas de todas clases, combinaciones de cañas y de ramas flexibles, de una concepción muy ingeniosa.

Una de estas trampas consiste en huecos abiertos en la tierra, sobre la huella del animal, cuidadosamente cubiertos de hojas y de ramas, y en cuyos fondos clavan puntas envenenadas.

Los huitotos no tienen religión propiamente denominada y no celebran ningún culto. Creen, sin embargo en la existencia de un ente superior, que llaman *Usiñamu* [Juziñamui], y de un ser inferior, *Taiño*, que es el espíritu del mal. Admiten la inmortalidad del alma y la vida futura. Rinden homenaje al sol, *Itoma* [Jitoma], y a la luna, *Fuey* [F□vui]. Entierran sus muertos en el mismo sitio que ocupa la casa del difunto, envueltos en una hamaca nueva, rodeados de todos los utensilios de su pertenencia. No tienen ceremonia de matrimonio. El pretendiente se dirige a la casa donde reside la mujer que desea, desmonta una cierta cantidad de terreno, corta leña para su futuro suegro y da en ofrenda una bolsa de tabaco o de coca al cacique. Quince días después le entregan la mujer pedida. La poligamia no existe en sus costumbres. En casos muy raros los caciques han tenido dos mujeres. Todas las tribus huitotas emplean el mismo dialecto, bastante sencillo en su

forma, desprovisto de artículos y de conjugación. Se habla con una entonación prolongada muy armoniosa. El cuadro inserto en el *apéndice [3]* dará una idea del vocabulario indígena huitoto.

No me detuve más de una semana en Último Retiro, y bajé en canoa aprovechando la creciente del río. Cuatro remeros indios impulsaban la pequeña embarcación, o por mejor decir, se ocupaban en mantenerla en línea recta, pues nos dejábamos llevar de la corriente.



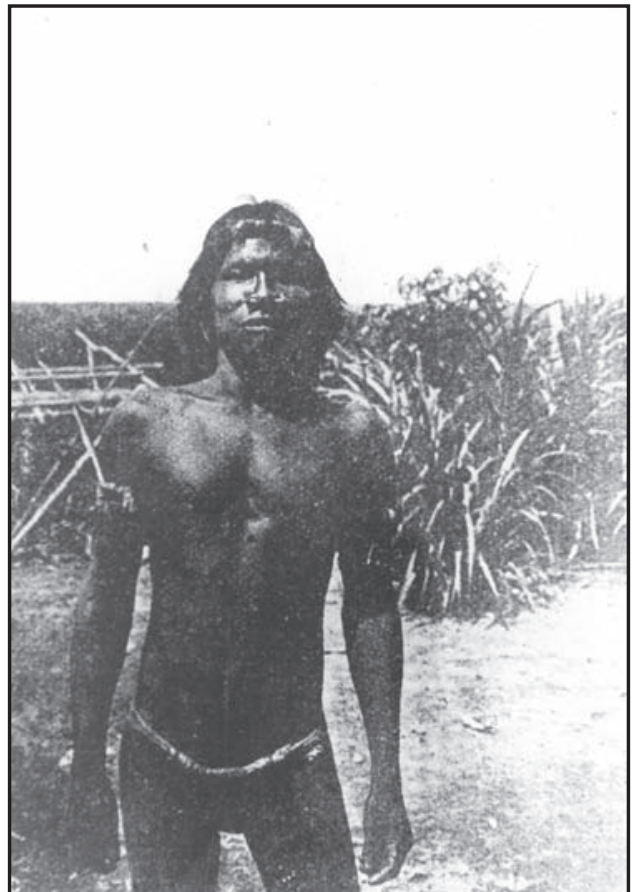
Barraca Buena vista, en el Alto Igaraparaná

Delante de Último Retiro el canal es muy estrecho; apenas 25 metros de anchura. Las vueltas muy acentuadas y muy cortas, se hicieron menos rápidas, al principio, y la velocidad de la corriente se moderó un tanto.

Algunas piraguas, tripuladas por indios, se dejaban ver de vez en cuando. Al divisarnos se escondían entre la espesa vegetación de las orillas del río. Era imposible descubrirlas al pasar, pero apenas nos habíamos alejado una treintena de metros, oíamos una voz que preguntaba a nuestros remeros quiénes éramos, de dónde éramos, de dónde veníamos y para dónde íbamos. La conversación proseguía hasta que la distancia la hacía imposible.



Indio huitoto caniane



Indio huitoto caniane alto igaraparana



Indio huitoto caniane armado

A cada instante aparecían nuevas piraguas y se repetían las mismas maniobras. Sin embargo, en una vuelta del río desembocó muy cerca de nosotros una canoa. Nuestra embarcación marchaba sin ruido y fueron por eso cogidos de improviso. Les fijé mi lente fotográfico y pude tomar una instantánea excelente de una buena piragua indígena. Y fue la única ocasión que se me presentó.

Al medio día nos cayó encima un gran chubasco, invadiendo la canoa, que estaba completamente descubierta. Hube de recibir la lluvia con estoicismo, del mismo modo que los indios, con la diferencia de que éstos, enteramente desnudos, no tenían como yo que pasar por la incomodidad de conservar mojada la ropa sobre la piel. El mal tiempo duró hasta las cinco de la tarde.

Nuestro piloto me mostró unas canoas amarradas a la orilla y pude comprender por sus gestos que allí se encontraba una choza. Era demasiado tarde y la noche avanzaba rápidamente. Más valía quedarse de una vez en lugar seguro a continuar la aventura, sin conocer el río, en busca de algún lugar habitado para pasar la noche. Decidí pues, atracar.



Piragua indígena

Al amarrar la piragua, salté a tierra sin tomarme la pena de abrir mis maletas y sacar ropa seca. Tenía entrar en una casa y calentarme al rescoldo.

La choza estaba bastante lejos de la orilla, y para llegar tuve que atravesar un sendero estrecho, entre el ramaje mojado. Penetré por fin a la choza habitada por algunos indios, cuya sorpresa me hizo comprender que recibían pocas visitas. Los envié a buscarme leña, y minutos más tarde me senté delante de un buen fuego, donde me calenté a mis anchas, olvidando los sinsabores de aquella pésima jornada.

Al concluir de armar mi cama de campaña, una treintena de indios hizo irrupción dentro de la choza, trayendo, a manera de antorchas, ramas resinosas encendidas, y depositaron a mis pies plátanos, piñas y otras frutas.

Advertidos por el *manguaré*, el cual no había dejado de retumbar todo el día en las chozas vecinas al río, a medida que descendíamos, los indios habían venido empujados por la curiosidad y me habían traído sus ofrendas, con la esperanza de obtener algo en cambio. Cada uno recibió una caja de fósforos suecos, y parecieron muy satisfechos de mi insignificante regalo. Después de estarse quietos alrededor del fuego por algún tiempo, se retiraron conforme habían venido. Al irme de aquella hospitalaria casa, olvidé recompensar a sus amos, pero estos vinieron hasta

la piragua, y por signos, pasándose la mano por el cuello, me hicieron recordar mi inadvertencia. Los recompensé ampliamente, distribuyéndoles todas las cuentas que me quedaban.

Hasta las 10 a. m. la temperatura era bastante agradable, pero el sol disipó la bruma, lanzando sobre nosotros sus rayos de fuego, que nos asaban las espaldas. Digo que nos asaban, olvidándome que sólo a mí me incomodaban, pues los indios, a pesar de estar desnudos y con la cabeza descubierta, no parecían sufrir ninguna molestia.

A la hora en que el sol se hallaba en el zenit, la corriente se había hecho más lápida, y aparecían en el horizonte las altas colinas, que mi piloto me mostraba con un extremo del canaleta, diciéndome:

- *Chorrera!*...

Una vuelta brusca del río, y entramos en una serie de remolinos, que hacían oscilar la canoa violentamente. Era la primera línea de rocas cubiertas por las aguas, que formaba aquel oleaje llamado *chorros*. Estas piedras se asoman en las vaciantes y cierran en gran parte el río. Después de avanzar un kilómetro, entramos en la corriente misma de la *Chorrera*. La rapidez de las aguas nos hacía marchar con gran celeridad. Los indios mantenían nuestra embarcación a corta distancia de la orilla, y me hicieron atracar a cincuenta metros más o menos de la primera cascada. Así terminó mi feliz excursión hasta el *reino de los caníbales*.



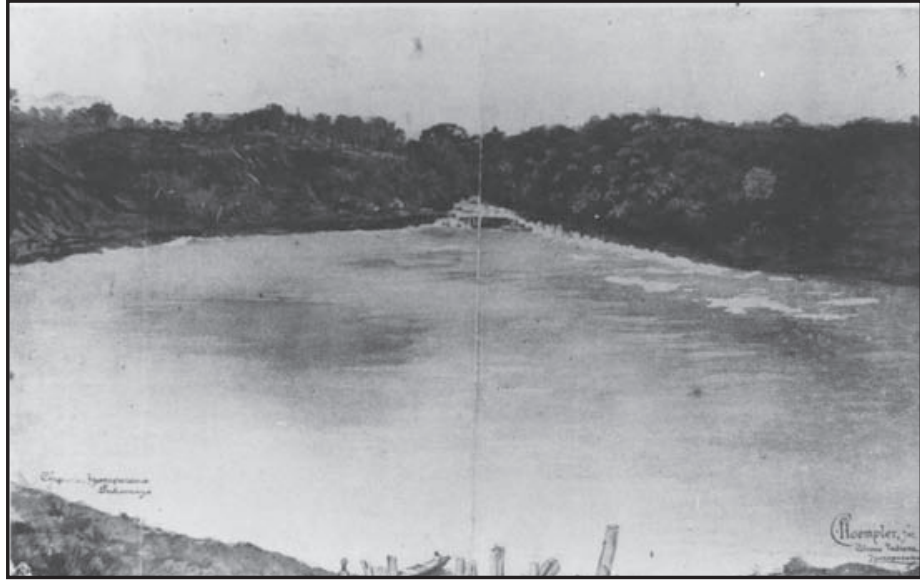
Río Igaraparaná – El cañón de La chorrera



Rio Igaraparaná – Entrada a las caídas de la Chorrera



Rio Igaraparaná – Caídas de la Chorrera a media corriente



Bahía de la Chorrera

MANUSCRITO

**Diario de Robuchon
de octubre a noviembre de 1905**

Viaje al río Putumayo y sus afluentes – Río Igaraparaná a Caraparaná – e itinerario de reconocimiento al río Caquetá

Manuscrito de Robuchon

Diario de viaje de octubre 24 a noviembre 4 de 1905

Eugène Robuchon, «Voyage au Rio Putumayo et ses affluents, rivière Igara Paraná à Caraparana et itineraire de reconnaissance au Rio Caquetá». Archivo diplomático y consular, Ministerio de relaciones exteriores, Colombia. Archivo general de la nación, Sección República, año 1911. Caja 743, carpeta 331, fol. 91-103 (v. y r.).

Nota introductoria

El texto de la edición de 1907, editado y publicado por Carlos Rey de Castro y la Casa Arana, contiene el relato de la primera comisión de Robuchon al río Igaraparaná, entre septiembre de 1903 y enero de 1904. El texto que sigue es la traducción de un manuscrito encontrado por Roberto Franco en el Archivo diplomático y consular del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia que contiene el diario de Robuchon entre el 24 de octubre y el 4 de noviembre de 1905. El manuscrito de 26 páginas está encabezado, en español y con una caligrafía distinta a la del manuscrito, “Eugenio Robuchon, explorador de la Sociedad de Geografía de París”; con la misma caligrafía están escritas al lado la dirección de una papelería en París (Papeterie Capron) y la dirección de la librería del padre de Robuchon en Poitiers. (Ver facsímil del primer folio)

Gran parte del manuscrito consiste en lo que Robuchon titula “Rumbos del Alto Igará Paraná” (folios 91-99, verso y reverso); se trata de unas tablas con indicación de hora, distancia, azimut y observaciones de cada tramo del río Igaraparaná entre la Chorrera y la estación cauchera Ultimo Retiro. En total, Robuchon anota 371 registros de distancia y azimut; con ellos, elaboramos un mapa que se encuentra al final de la transcripción del texto. El resto del manuscrito (folios 100-103, v. y r.) contiene su diario, el cual está incompleto; hacia el final tiene unas páginas en borrador, luego transcritas en limpio. El diario contiene los primeros cuatro días del total de 14 días registrados en su tabla de rumbos.

Robuchon llegó a la estación de Ultimo Retiro, en el alto río Igaraparaná, el 4 de noviembre de 1905 (último día registrado en el manuscrito), y el 14 de noviembre escribió la última carta que habría de enviar a su padre, desde el puesto cauchero de Urania, aguas arriba de Ultimo Retiro en un pequeño afluente del Igaraparaná (Goodman, en preparación). Robuchon y sus acompañantes cruzaron por tierra del alto Igaraparaná al río Caquetá, y descendieron este río hasta su confluencia con el río Cahuinari. En este último sitio fue donde sus acompañantes dejaron a Robuchon, el 3 de febrero de 1906 (según Whiffen). Aparentemente Robuchon dejó sus papeles en alguna de las estaciones caucheras del alto Igaraparaná y, por razones que desconocemos, terminaron en el consulado de Colombia en Manaus – y finalmente en el Archivo diplomático y consular de Colombia – escapando la atención de la Casa Arana.

Al cotejar caligrafía del manuscrito con la de correspondencia escrita por Robuchon, que se encuentra en el archivo de la Société de géographie, los trazos no coinciden. Sin embargo no dudamos que la información es auténtica. El mapa que elaboramos a partir de los datos de distancias y azimuth contenidas en el manuscrito coincide notablemente con el trazo del río que encontramos en mapas del alto río Igaraparaná elaborados a partir de imágenes de radar.

1911-1912 (1911) 33, 1911

Archivo diplomático y consular, Ministerio de relaciones exteriores, Colombia. Archivo general de la nación, Sección República, año 1911. Caja 743, carpeta 331, folio 91 (verso)

Papeterie Capron Eugenio Robuchon
Coquelin Suc Explorador
34 Rue de Seine S^t Jt. de la Societad. de Geograp
de Paris
Specialité P^r S^t Architecture 3 Rue du Moulin-a-Ve
la peinture et le dessin Poitiers (Vienne.)

Voyage au Rio Putumayo et ses affluents
Rivière Igara Yarapa à Caraparana
et itineraire de reconnaissance au Rio Caqueta
Départ d'Iquitos ... Septembre 1905.
Suite au premier livre de note.

Heures	Alt'	Thomb'	A B	Observations
8 15	400	N 295	N 110	Départ 26 octobre. Maison de Opale
8 27	60	N 320	N 11	
8 30	600	N 35	N E	Largueur 100 m à 8.46 incontesté loc
8 48	400	N 20	N E	" " 60
	50	N 5	N E	" " 35 détour
	50	N 350	N 11	Heure étroit et courant
	25	N 325	N 11	" " "
	15	N 300	N 11	larg. 35 et courant détour
	500	N 285	N 11	" 40 sortie du détour, courant
	200	N 315	N 11	traverse de la rivière
	200	N 285	N 11	larg. 100
	250	N 315	N 11	la moitié route largeur 150
	250	N 265	N 11	larg. 70
	80	N 275	N 11	détour largeur 70
	25	N 314	N 11	
	300	N 325	N 11	Entree larg 80 traverse la rivière

Facsimil de la primera página de manuscrito de Robuchon. Archivo diplomático y consular, Ministerio de relaciones exteriores, Colombia. Archivo general de la nación, Sección República, año 1911. Caja 743, carpeta 331, folio 91 (verso).

Viaje al río Putumayo y sus afluentes – Río Igaraparaná a Caraparaná – e itinerario de reconocimiento al río Caquetá

Partida de Iquitos: Septiembre 1905
(continuación de la primera libreta de notas)

Partida de la Colonia Indiana (La Chorrera)
el 24 de octubre 1905

Capítulo Primero [único]

Nuestros preparativos de partida de la Colonia Indiana – Mi empleado se queda en la Colonia – El puerto aguas arriba de la caída de agua – Llegada a la casa de los indígenas huitotos.

De regreso del bajo Igaraparaná, no permanecí en La Chorrera sino justo el tiempo para poner en orden mis observaciones tomadas a lo largo de la ruta durante el viaje precedente⁶⁷ y hacer mis preparativos de partida hacia la región del Alto Igaraparaná y a la del Caquetá según el itinerario siguiente: Remontar el curso del río hasta la “Sección Urania”, situada sobre el límite de las propiedades gomíferas de la Sociedad Arana, Vega y Cía., para alcanzar por vía terrestre, en dirección norte, el río Caquetá, afluente izquierdo del Amazonas que corre casi paralelamente al Igaraparaná; siguiendo luego el curso el Caquetá hasta la confluencia del río Cahuinarí, situado sobre la ribera izquierda aproximadamente a la misma longitud que la confluencia del Igaraparaná con el Putumayo, y retornando en dirección sur a Santa Julia (Igaraparaná). Yo obtendré así el cuadro completo de la región situada entre los dos ríos.

⁶⁷ Presumimos que con “expedición precedente” Robuchon se está refiriendo a la misión que realizó dos años antes, entre septiembre 1903 y enero 1904.

El viaje a las diferentes “secciones” y el estudio de las tribus indígenas situadas en toda esta extensión de terreno fueron reservadas para una segunda expedición que se realizará después de mi regreso del Caquetá.

La víspera de mi partida de la Colonia, mi empleado fue atacado por un violento acceso de paludismo y me vi obligado de dejarlo en La Chorrera hasta su completa curación, encargándolo de venir más tarde a reunirse conmigo de regreso del Cahuinari, yendo a mi encuentro en Santa Julia.⁶⁸

Un gran “batelón”, una suerte de gran canoa construida en la región de forma especial para navegar en estos ríos, llevando en la parte de atrás una suerte de techo de hojas de palma tejidas sobre varas delgadas, se encontraba amarrado en el puerto situado aguas arriba de La Chorrera. Allí fueron embarcados mis paquetes, maletas y cajas de provisiones, calculadas suficientemente para los cuarenta días que debía durar mi viaje circular.

Partí el 24 de octubre hacia las tres horas de la tarde, a pesar de la tormenta que amenazaba. El río sufría una fuerte creciente ocasionada por las lluvias continuas de los días precedentes.

En mi bote habían tomado lugar tres empleados de la Colonia que componían mi cuerpo de guardia: Felix Cyrille, originario de Martinica, Hentsee King, negro de Barbados, y Simón Alvarez, peruano de la ciudad de Chachapoyas. Dos jóvenes indígenas uitotos Aimenos civilizados venían como intérpretes y estaban encargados del servicio corriente.

Lola,⁶⁹ aunque enferma y sufriendo todavía de fiebre, había querido cuando sea acompañarme y reposaba en el fondo del “pamacary” sobre una litera improvisada.

Ocho indígenas salvajes maniobraban los remos y remaban con todas sus fuerzas para vencer la fuerza de la corriente.

Aproximadamente dos kilómetros arriba del lugar de nuestra partida, debimos franquear los dos rápidos nombrados Chorros, formados por una línea de rocas interrumpiendo el río y encontrándose entonces a flor de agua, ocasionando peligrosos remolinos. La rapidez de la corriente era tal que tuvimos todas las penas del mundo para franquear este mal paso. Se requirieron

68 No queda claro el sexo del “empleado” en la redacción del francés. « La veille de mon départ de la Colonia, mon employé [masculino] fut atteint d’un violent accès de paludisme e je me vis obligé de *la* [femenino] laisser à La Chorrera... » Ver más abajo la mención de Lola (o Flora).

69 Más abajo es nombrada como “Flora”.

no menos de tres cuartos de hora de trabajo halando de las raíces de los árboles de la orilla con un gancho, empujando así nuestro batelón sobre una distancia de apenas sesenta metros hasta que llegamos en un remanso.

Esta línea de rocas, formadas de conglomerados de poca consistencia, que hacen obstáculo a la navegación en época de aguas bajas, podría ser sin embargo fácilmente destruido con pólvora cuando el río se encuentre en su nivel mínimo y así desaparecerían estos escollos peligrosos situados allí mismo donde todas las precauciones son necesarias para maniobrar con seguridad una embarcación y atracar en el puerto situado a pocos metros de la chorrera sin correr el riesgo de ser arrastrado por la corriente de la cascada.

Cuando pasamos los chorros, los indígenas amarraron sus remos a unos palos largos y se sirvieron de ellos como canaletes, pero hacia las cinco de la tarde la lluvia vino a caer haciendo más lenta la marcha y llegamos a la proximidad de una casa indígena del cacique Opakiño, jefe de la tribu de los huitoto Naimedes.⁷⁰ Toda mi gente se fue a dormir a la choza y yo me instalé en el pamacary del bote.

Un incidente vino sin embargo a retardar la continuación del viaje al día siguiente. En el momento de partir del puerto de La Chorrera yo no me había dado cuenta que mi perro Otelo había regresado a la Colonia. Su presencia me era absolutamente necesaria y gracias a su concurso yo podía penetrar con más seguridad y con menos riesgo en medio de las tribus indígenas situadas en la ruta; en el viaje precedente Otelo había dado pruebas de su utilidad como guardián de la expedición y por esta razón yo no podía separarme de él. Encargué a uno de mis hombres de regresar a la Colonia para traerlo donde nosotros.

Como máximo deberíamos esperar una jornada y aprovechamos esta circunstancia para disponer más regularmente nuestras cajas en nuestro bote demasiado cargado adelante y organizar más cómodamente la disposición del interior del techo. La joven Flora,⁷¹ cuya fiebre había aumentado de intensidad, fue transportada a la casa del cacique Opakiño mientras yo me ocupaba del bote.

Hacia la tarde, cuando yo reposaba en medio de los indios, supe que mi enviado a La Chorrera estaba de regreso pero en un

70 Debe tratarse del clan *naimeni* (“Gente dulce”).

71 Ver nota 69.

estado de completa embriaguez, incapaz de sostenerse, insultando a todo el mundo, haciendo desorden entre mi escolta y sin poder dar cuenta de su diligencia. Ya Otelo había llegado a la casa donde me encontraba y muy contento de haberme vuelto a encontrar me colmaba con sus caricias. El borracho apareció pronto y me vi obligado de hacerlo amarrar y acostar a la fuerza. Al día siguiente lo envié de regreso a La Chorrera. Un tipo de esa clase era un ser peligroso para nuestro género de expedición, el caso podía repetirse en otras circunstancias y ser la causa de graves complicaciones, y para evitarlas era necesario desembarazarnos lo más pronto de este borracho. Mi escolta contaba con un hombre de menos pero el ánimo y la buena voluntad continuaron reinando entre los que quedaron conmigo.

Mis trabajos de reseña hidrográfica del curso del alto Igaraparaná comenzaron después de nuestra partida de la cabaña del cacique Opakiño. Cómodamente instalado en el vasto pamacary de mi bote, tomaba mis rumbos por medio de la brújula azimutal; el viejo Cyrille observaba los bordes del río y me señalaba los arroyos o los lagos que se encontraban sobre una u otra orilla.⁷²

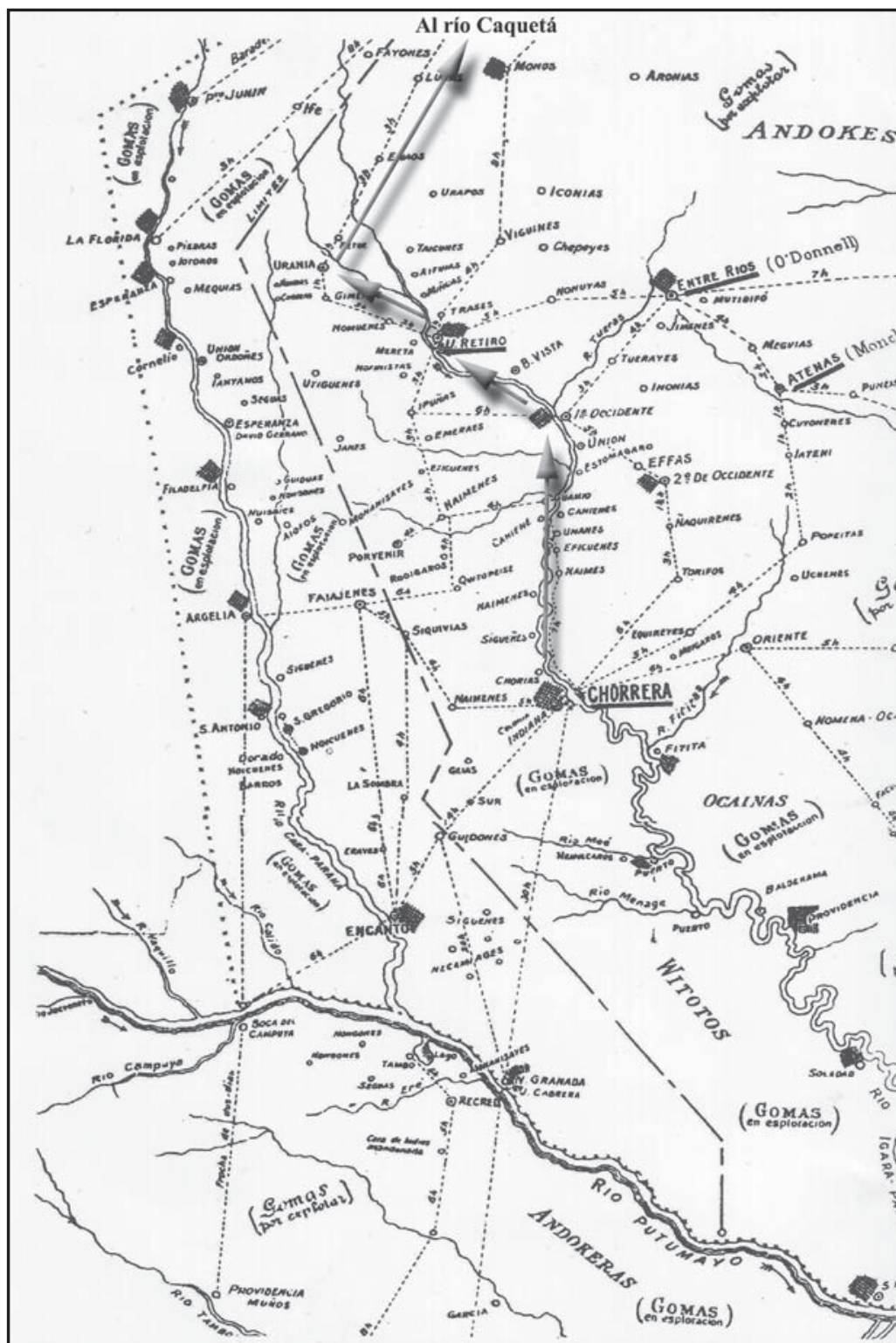
Mis indios, desnudos y en pleno sol, no parecían para nada sufrir de calor; habituados ya a la maniobra de los remos, le daban una marcha regular a nuestro bote y trabajaban así desde las seis de la mañana hasta la una masticando el polvo de coca que les inflaba los cachetes. Era entonces el momento de atracar a la orilla del río. Mientras que mi cocinero preparaba la comida yo tomaba algunos instantes de reposo o de distracción estudiando el vocabulario uitoto con la joven xxx.⁷³ Los indios recibían por su parte una ración de arroz que ellos cocinaban con agua y con sal, y algunas latas de sardinas en aceite rancio agregadas a este hervido componían para ellos un excelente almuerzo que les hacía chasquear la lengua de satisfacción y lamerse los dedos.

Estas paradas de cada día tomaban a lo máximo una hora,⁷⁴ recogíamos luego las marmitas y platos en el bote; los salvajes se llenaban de nuevo la boca de coca y continuábamos navegando

72 Ver tabla anexa (“Rumbos del Alto Igaraparaná”) y mapa elaborado a partir de los datos de distancias y azimut tomados por Robuchon entre la maloca de Opakiño y la estación Ultimo Retiro.

73 “xxx”: Así está en el manuscrito original.

74 A partir de este párrafo se encuentran dos versiones del texto: una en borrador (con enmiendas) y otra corregida. Los dos textos son bastante similares. En los casos donde hay alguna discrepancia notable lo indicamos en notas.



Recorrido de Robuchon en el río Igaraparaná entre octubre 24 y noviembre 14 de 1905. Mapa base: Croquis de la zona territorial del río Putumayo, ocupada por las empresas J. C. Arana y Hermanos, ca. 1904 (ver mapa completo en Apéndice 7)

hasta las cinco horas de la tarde aproximadamente. Buscábamos entonces una “pascana”, es decir un lugar propicio para instalar el campamento y pasar la noche. Cuando una casa indígena se encontraba en la proximidad del puerto de atraque del bote, todo el mundo se acomodaba lo mejor que podía entre los hombres salvajes; sin mucho peligro por el momento porque estas tribus vecinas de la Colonia Indiana eran de costumbres más dulces que las otras establecidas en el fondo de la selva.⁷⁵ En caso contrario, construíamos de prisa una choza de hojas a fin de protegernos de los aguaceros muy frecuentes en la época que nos encontrábamos.

Debimos hacer lo mismo en el puerto de Naimedes, situado sobre la ribera izquierda, a una jornada de viaje aguas arriba de la casa de Opakiño. Cada uno buscó un refugio bajo un techo improvisado y la precaución fue buena puesto que la lluvia apareció al levantarse el día.

El cacique de los Naimedes advertido por nuestros golpes de machete apareció por la mañana y nos llevó dos salvajes de más. Nuestros remeros fueron así a relevarse de tiempo en tiempo y ganamos en velocidad.

A poca distancia del punto de partida atracamos a la orilla izquierda para reconocer la casa de los uitotos Ificuray.⁷⁶ El viejo cacique enfermo estaba tendido en su hamaca y respondió a mis preguntas que toda su gente se encontraba en el monte en la recolección de caucho perteneciente a la sección de Occidente.

Saliendo de la cabaña por una puerta opuesta a la que yo había entrado, me encontré de repente con una indígena que tenía el cuerpo cubierto de dibujos originales. Ella se detuvo un poco sorprendida de encontrarme y tiró a mis pies un puñado de frutas que ella traía de La Chorrera.⁷⁷ De regreso a mi canoa, seguido por la indígena,⁷⁸ me disponía a hacer una fotografía de este tipo interesante y le di en cambio por las frutas algunas chaquiras.

75 El texto “...entre los hombres salvajes; sin mucho peligro por el momento porque estas tribus vecinas de la Colonia Indiana eran de costumbres más dulces que las otras establecidas en el fondo de la selva” no aparece en el borrador.

76 Nombre personal, probablemente Jifikurai, un nombre del clan *jifikueni* (“Gente de caimo”).

77 En el borrador dice: “...y arrojó a mis pies una brazada de frutos de inga [guama]”.

78 “...seguido por la indígena” sólo aparece en el borrador.

Al momento de partir, dos muchachos aparecieron, uno de ellos ofreció a ...⁷⁹ dos ardillas asadas, ensartadas en unas varas delgadas y algunas tortas de casave, reclamando por sus ofrendas unos anzuelos pequeños.

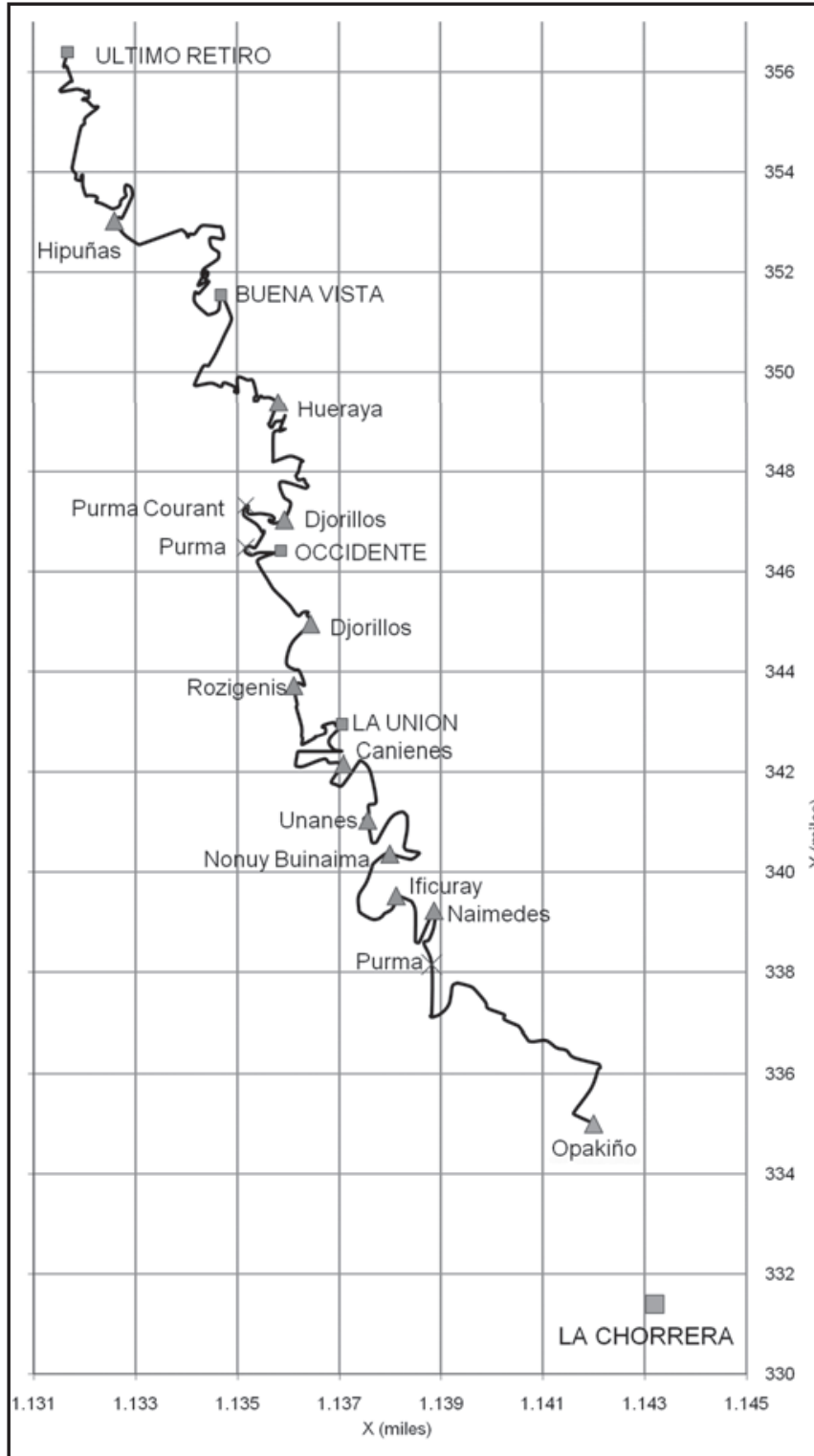
Arriba de los chorros el curso del Igaraparaná es bastante tranquilo, las vueltas del río tienen de doscientos a cuatrocientos metros de longitud en promedio sobre una anchura de cincuenta a sesenta metros. Sus riberas son bajas e inundables, de arcilla arenosa; algunas raras elevaciones aparecen de tiempo en tiempo formadas de depósitos de arcilla roja. La vegetación es magra y compuesta de arbustos, de sauces [*saules*] o plantas trepadoras. Pocas palmas.⁸⁰

Los ceticos⁸¹, bastante abundantes en el bajo Igaraparaná, son raros por aquí y son reemplazados por algunos sauces [*saules*] o plantas trepadoras espinosas. Los mosquitos que existen hasta Santa Julia... [Aquí termina el manuscrito]

79 “...”: así aparece en el texto corregido. En el borrador dice: “...ofreció a Fl.” (debe tratarse la misma Flora mencionada arriba).

80 El siguiente párrafo sólo aparece en el borrador.

81 *Cecropia* spp. (“yarumo”).



Mapa “Rumbos del alto Igaraparaná”, elaborado por J. A. Echeverri con base en datos de distancias y azimut tomados por Robuchon (371 registros) entre la maloca de Opakiño y la estación Ultimo Retiro. Coordenadas Origen Bogotá Este.

Rumbos del Alto Igaraparaná
(desde Colonia Indiana hasta Ultimo Retiro)
Versión sumaria del registro de horas, distancias y azimut
que Robuchon tomó de cada vuelta y estirón del río

Fecha (1905)	Horas	Observaciones
Octubre 26	8:15	Partida – Casa de Opakiño
	11.45	Parada (ribera derecha) a almorzar
	1.35	Partida
	5.55	Parada para dormir donde los Naimedes ¹
Octubre 27	6:43	27 de octubre, viernes – Partida de los Naimedes
	8.40	Parada donde Ificuray ²
	9.52	Partida de Ificuray
	13.33	Parada a almorzar
	2.40	Partida
	3.35	Parada a dormir en el puerto de Nonuy Buinaima ³ (ribera izquierda)
Octubre 28	7:08	Partida de donde Nonuy Buinaima
	11:42	Parada a almorzar (ribera izquierda) – Casa de Unanes ⁴
	1:02	Partida de casa de Unanes
	4:30	Parada a dormir donde los Canianes ⁵
Octubre 29	7:05	Partida de donde los Canianes
	9:20	Parada a canoa de indios Jitomagaró ⁶ (ribera izquierda: casa)
	10:50	Llegada a La Unión (ribera izquierda) – Tribu de Canianes
Octubre 30	8:50	Partida
	11:28	Parada a almorzar donde los Losiquenes ⁷
	12:50	Partida
	2:45	Parada a dormir (ribera izquierda) – Djorillos ⁸

¹ *Naimeni*: Gente de dulce.

² *Jifikurai*: nombre personal del clan *jifikueni* (Gente de caimo).

³ *Noinui Buinaima*: nombre de un dueño de baile de tablón o *yadiko*.

⁴ *Unani*: Gente de ayahuasca.

⁵ *Kanieni*: Gente de hormiga.

⁶ *Jitomagaró*: Gente de sol.

⁷ *Rozigeni*: Gente de piña (o de frío). La lengua uitoto no tiene el sonido *l*.

⁸ *Yoriai*: Gente de ortiga.

Fecha (1905)	Horas	Observaciones
Octubre 31	6:30	Partida
	8:55	Gran barranco (altura 30 metros) – Occidente (ribera izquierda)
	9:44	Purma Barranco
	11:03	Purma Courant (ribera derecha)
Noviembre 1	11:38	Parada a almorzar
	1:15	Partida
	2:03	Parada a la casa de Djorillos (la lluvia nos obliga a permanecer allí)
	7:30	Partida
	1:35	Parada a buscar una casa
	3:11	Partida
Noviembre 2	3:47	Parada a dormir en la casa Hueraya...
	6:47	Partida
	7:10	Parada a la orilla izquierda – los indios nos dan frutas
	10:52	Casa a la vista
Noviembre 3	11:20	Llegada a Buena Vista (ribera izquierda)
	7:53	Partida de Buena Vista
	11:30	Parada para cazar
	11:38	Partida
	12:33	Barranco purma
	1:05	Parada a almorzar
	2:45	Partida
Noviembre 4	2:47	Parada (ribera derecha) – Casa de los Hipunas
	6:50	Partida
	7:40	Gran quebrada – Cothué
	11:40	Purma a la vista
	12:00	Llegada al puerto de Ultimo Retiro

Apéndices

Apéndice 1

Informe de T. W. Whiffen sobre la desaparición de Robuchon⁸²

Eugène Robuchon, el aventurero explorador francés cuyas notas sobre los indígenas del Putumayo son conocidas por todos los investigadores, partió del chorro del Igaraparaná en noviembre de 1905.⁸³ Su intención era dirigirse a las cabeceras del Yapurá [Caquetá] y explorar por cuenta del gobierno del Perú ese río en toda su longitud en busca de rastros de caucho. Salió con un grupo compuesto por tres negros, un mestizo y cinco indígenas con una mujer indígena. Llevaba provisiones escasamente suficientes para dos meses. Interrogué cuidadosamente a todos los supervivientes de la expedición que encontré, y de ellos recogí el siguiente recuento del viaje:

Habiendo partido del chorro, Robuchon procedió en canoa subiendo el Igaraparaná hasta un punto unas diez millas arriba del caño Fue [Fuemaní]. Dejó el río allí, rompió hacia el norte a través del país de los Chepei, y alcanzó el Yapurá aproximadamente a los 74 grados oeste, unas treinta millas arriba del río Cuemaní. Los indígenas encontrados en este punto pertenecían a una tribu hablante de Uitoto, los Taikene. Ellos fueron amigables pero o bien no pudieron o no quisieron proveer a Robuchon con una canoa. Tres valiosas semanas fueron invertidas en busca de un árbol adecuado para la construcción de la canoa.

Cuando finalmente ésta se concluyó, el grupo comenzó a bajar por el río, y durante un tiempo progresaron sin ningún incidente. No se vieron nativos durante varios días. Finalmente, los indígenas de Robuchon llamaron su atención a un angosto sendero que salía de la banda derecha del río. Ansioso por sus provisiones de comida, él orilló y siguió el sendero hasta que llegó a un claro y a una casa indígena. Eventualmente Robuchon arregló con los habitantes que cuatro de ellos deberían bajar a la

82 Whiffen, 1915, pp. 5-12, traducción de Juan A. Echeverri.

83 Según el diario de Robuchon, partió el 24 de octubre de 1905.

canoa con la comida y recibir presentes a cambio. Pero cuando un número más grande que el que él esperaba aparecieron en la orilla, el explorador temiendo una traición se alejó sin esperar las muy necesitadas provisiones. Los indígenas embarcaron en sus canoas y comenzaron a seguirlos, gritándole que se detuviera. Pero con su pequeño grupo, Robuchon no se atrevió a arriesgarse. Siguió adelante hasta que los perseguidores habían quedado satisfactoriamente atrás.

El muchacho que me contó la historia estaba convencido de que esos indígenas eran perfectamente amigables en intención, y que el incidente parecía ser la prueba del estado de tensión nerviosa del grupo. Algún tiempo después de esto, mientras cortaban los rápidos en las caídas de Igarapé [probablemente el chorro de Angosturas], la canoa se volteó y la mayor parte de las provisiones que quedaban fueron arrastradas.

Nunca pude extraer de una manera coherente los detalles de esta desventura de los acompañantes que entrevisté, pero todos están de acuerdo en que quedó muy poca comida de ninguna clase, y que lo que se recuperó fue casi completamente destruido por el agua.

Con poca comida y sin una canoa los muchachos se empezaron a amotinar. Los tres negros y el mestizo desertaron y buscaron cortar camino a través del bosque en la dirección de donde habían venido. Esta empresa era más grande que ellos y, unos pocos días más tarde, cansados, desalentados y hambrientos, regresaron a pedir el perdón de Robuchon. El grupo reunido improvisó una balsa y, después de sufrir los acostumbrados sufrimientos de una expedición mal equipada en esta región hostil, llegaron a la desembocadura del Cahuinari. Todo el grupo estaba débil de hambre y fiebre, Robuchon mismo postrado e incapaz de seguir adelante. El determinó quedarse donde estaba con la mujer indígena y el perro gran danés Otelo. El ordenó a los negros y al mestizo que subieran por el Cahuinari hasta una casa de caucheros que él creía estaba situada en algún punto entre el Igaraparaná y el Avio Paraná [la quebrada Caimo]. Ellos deberían enviar auxilio lo más pronto posible. Los muchachos dejaron a Robuchon el 3 de febrero de 1906. El nunca fue vuelto a ver por nadie en contacto con la civilización.

Los muchachos habían viajado durante unas pocas horas cuando encontraron una manada de puercos de monte. Ellos mataron más de los que podrían posiblemente usar, pero no

hicieron ningún intento de llevar ninguna carne de regreso al hambriento y abandonado francés. Por el contrario ellos gastaron dos valiosos días hartándose ellos mismos y humeando la carne para su propio viaje.

Durante días ellos siguieron el curso del Cahuinarí pegados a su banda derecha, y de esta manera se encontraron con un mestizo colombiano de quien ellos buscaron ayuda. El colombiano los llevó a su casa cerca del Avio Paraná pero no les concedió ni siquiera comida hasta que ellos pagaran por ella con los rifles que ellos llevaban. La idea de socorrer a Robuchon estaba totalmente alejada de su filosofía. Los muchachos entonces, habiendo entregado sus rifles a cambio de las provisiones que tanto necesitaban, hicieron el cruce del Avio Paraná al río Pupuña y siguieron ese río sin desviarse hasta su unión con el río Issa [Putumayo]. Girando río arriba sobre la banda izquierda del Issa, alcanzaron la estación militar en la desembocadura del Igaraparaná y allí contaron su historia.

Cuando finalmente se conformó una expedición de auxilio, esta consistió de tres negros – John Brown y sus compañeros – y diez y siete mestizos. El grupo partió en su búsqueda de Robuchon treinta y siete días después de que él había sido abandonado en la desembocadura del Cahuinarí. Les tomó diez días para llegar a la unión del Avio Paraná con el Cahuinarí, y veintiún días más para llegar al campamento en el Yapurá. Se habían necesitado diez semanas para traer ayuda. El grupo de auxilio encontró algunas herramientas, algunas prendas de vestir, unos pocos pocillos de café, un poco de sal y una cámara. No había rastros de Robuchon, de la mujer indígena, o del perro. En un árbol estaba clavado un papel pero el mensaje escrito había sido lavado por la lluvia y blanqueado por el sol hasta el punto que era ilegible. El último mensaje de Robuchon nunca pudo ser conocido.

El grupo de auxilio se dividió en dos compañías para el viaje de regreso – una sección de doce, la otra de ocho hombres. El grupo más grande llegó al distrito cauchero seis semanas más tarde. El grupo más pequeño, con los tres negros, se perdió en el monte. Cinco y medio meses más tarde cinco sobrevivientes lograron salir. La historia de su miseria es un capítulo en la historia de los viajes amazónicos que tal vez nunca se escriba.

Dos años y medio más tarde yo estaba regresando de un desencantador viaje al país de los Carijona. Había persistentes rumores de que Robuchon había sido hecho prisionero por los

indígenas del norte del Yapurá. Determiné ver si se podía encontrar alguna evidencia para averiguar sobre su suerte. Yo tenía en mi grupo uno de los negros que había acompañado al explorador francés. Nosotros viajamos por tierra hacia el sur a través del territorio Muinane-Resigaró hasta que alcanzamos el Cahuinarí, y de allí en canoa hasta el río Yapurá. El Yapurá en este punto tiene una anchura de aproximadamente un tiro de rifle – 2.500 a 3.000 yardas. Unas tres millas abajo de este punto sobre la banda derecha, un poquito separado del río, estaba un pequeño claro. En éste había tres postes marcando el sitio de un refugio abandonado. John Brown, mi sirviente y anteriormente el de Robuchon, dijo que éste fue el último campamento de Eugène Robuchon.

Nosotros acampamos en el claro. A una poca distancia hacia adentro encontré una casa indígena abandonada, pero todas las indicaciones señalaban que había sido abandonada muchos años antes. Medio enterradas en el claro, descubrí ocho placas fotográficas rotas en un paquete y el objetivo de un sextante. No había ninguna otra evidencia de ocupación civilizada. A alguna poca distancia mis indígenas detectaron rastros de un sendero, y aunque a mí me parecía sólo un viejo camino de animales, ellos mantuvieron que era un camino hecho por hombres. Cortando a lo largo de la línea de este sendero, y al final de un largo día de trabajo, emergimos en un segundo claro y las ruinas de un refugio. Después de buscar cuidadosamente desenterramos un machete o navaja oxidado y muy golpeado. Allí terminaron nuestros descubrimientos. El sendero no seguía hacia adelante.

No encontramos indígenas en nuestra búsqueda. Después de más investigaciones parece que no había ninguno en la vecindad, y los más cercanos al campamento abandonado sobre la banda sur del río eran los Boras viviendo en el río Pamá, a cuarenta o cincuenta millas de distancia.

Creyendo que la ruta de escape más probable era bajando el Yapurá, viajé lentamente en dirección este casi hasta la desembocadura del Apaporis. Entonces dimos vuelta y regresamos buscando la banda derecha. En todo este tiempo no encontramos indígenas ni rastros de indígenas. Sobre la orilla, cerca de una milla y media abajo del último campamento de Robuchon, encontramos los restos de una balsa quebrada y dañada. Evidentemente había sido llevada por la creciente y había quedado varada cuando bajaron las aguas. Brown reconoció los restos como los de la balsa

que el grupo del francés había construido después de la pérdida de la canoa. Pero ésta no aportó ninguna pista.

Mucho como yo hubiera deseado en ese momento continuar mis investigaciones entre los indígenas de la banda norte, o izquierda, del río, tuve que renunciar por fuerza a avanzar más por el momento debido a la hostilidad rebelde de mis muchachos. Nada los podía persuadir de que no serían comidos si ellos cruzaban el río en este punto.

Frustrado, por consiguiente, en mis intentos por averiguar algo sobre la escena de la desaparición de Robuchon, determiné proseguir las investigaciones entre los Bora diseminados en la península limitada por el Pamá, el Cahuinarí y el Yapurá. Pero aquí tampoco ninguna cantidad de interrogatorios pudieron producir ninguna información sobre el explorador, la mujer o el perro. Yo estaba particularmente impresionado por el hecho de que la existencia del gran danés – un objeto de temor para los indígenas – no hubiera dejado leyenda entre los indígenas. Robuchon mismo escribió de su perro: “Mi perro, como siempre, se lanzó primero que todos dentro de la casa. El gran tamaño de *Otelo*, su mirar fijo y sus ojos inyectados de sangre, inspiraban temor y respeto a los indios.” Si tal animal hubiera caído en las manos de los Boras, yo tengo por seguro que su fama habría sobrevivido aquella de cualquier europeo que pudiera haberse vuelto su prisionero, por mucho que ellos desearan esconder su participación en su asesinato. Mis propios muchachos boras no pudieron encontrar nada entre sus compatriotas sobre la presencia de *Otelo* o su amo.

Después de esto procedimos en dirección norte y, cruzando el Yapurá, visitamos la tribu bora localizada en la banda norte del río, entre los afluentes Wama e Ira. El jefe de esta tribu se había casado con una mujer *menimehe*⁸⁴ quien, curiosamente, permanecía en términos amistosos con su tribu adoptiva. El jefe me informó que anteriormente – por referencia al tamaño de su hijo en ese tiempo, yo calculé que unos tres años antes – los *Menimehe* habían capturado un hombre blanco con la cara peluda como la de un mico. Como Robuchon usaba barba por el tiempo de su desaparición, esto parecía representar una pista, pero en tanto los *Menimehe* rehusaron confirmar la afirmación y no había mención de la mujer o del perro, esto agregaba poca evidencia sobre su suerte.

84 *Menimehe* : “Gente de puerco de monte” en lengua bora..

El testimonio fue debilitado aún más por el conocimiento de que por ese tiempo los Menimehe o los Yahuna destruyeron un asentamiento colombiano cerca de la desembocadura del Apaporis e hicieron prisioneros a hombres blancos. Cualquiera que sea la verdad sobre el hombre blanco con barba, no había quedado memoria ni de la mujer indígena ni de Otelo, el gran danés.

A mi regreso a la región cauchera supe que Robuchon había estado perdido en una expedición anterior por un período considerable, y había vivido durante ese tiempo con indígenas. Aunque esto había ocurrido en las regiones al sur del Amazonas en la frontera de Perú, Brasil y Bolivia, en alguna parte en las vecindades del río Acre, la vaguedad general de los nativos con respecto a tiempo y lugar pueden haber tenido que ver con los rumores sobre su cautiverio entre los indígenas semi-civilizados de la zona cauchera, los cuales me pusieron en una búsqueda infructuosa entre los indígenas del Cahuinarí-Yapurá.

Para resumir la evidencia con respecto a la suerte de Robuchon, me parece que él no murió de hambre en la desembocadura del Cahuinarí, porque la expedición de auxilio encontró una cierta cantidad de comida en el sitio del campamento, pero no signos de restos humanos. El mensaje ilegible clavado al árbol sugiere que él abandonó el sitio y trató de dejar información sobre su ruta para aquellos que pudiera venir en su auxilio.

Robuchon tenía cinco cursos abiertos una vez que decidiera abandonar el campamento:

1. Podía desandar sus pasos subiendo por el Yapurá. Con respecto a este medio de escape, considero extremadamente improbable que él intentara regresar contra la corriente por una ruta que ya había atravesado con tal dificultad cuando estaba ayudado por la corriente y por la fuerza de su grupo completo.
2. Podía proceder a cruzar el Yapurá hacia el territorio de los Menimehe. Era improbable, sin embargo, que él cruzara ese río, debido al mal nombre de que gozaban los Menimehe. No podía contar con que una expedición de rescate lo siguiera allí.
3. Podía viajar Cahuinarí arriba. Podría difícilmente negociar las dificultades de un viaje río arriba con la inadecuada ayuda de una sola mujer. El estaba conciente de la existencia de tribus no amigables en las orillas. Mis investigaciones entre los Bora del Pamá no rindieron pistas de que hubiera

sido visto en el río. Si él hubiera seguido su camino sobre la banda derecha de ese río probablemente el grupo de auxilio hubiera encontrado alguna evidencia de él.

4. Pudo haber viajado Yapurá abajo en una canoa o en una balsa. Habría sido muy azaroso haber intentado esto solo – prácticamente sin esperanzas. De cualquier manera, si él hizo el intento, no logró alcanzar el asentamiento cauchero más cercano.
5. Queda una vía de escape – caminando por tierra. Parecería que él adoptó este método, pero sólo sin ninguna idea de auxilio permanente, en una búsqueda desesperada de ayuda temporal. La línea del Cahuinarí era la ruta obvia para un grupo de rescate. Robuchon, sin embargo, estaba hambriento y el camino nativo prometía una senda a casa y comida nativa.

Yo presumo que fue localizado por una banda de indígenas visitantes, capturado, y asesinado o llevado en cautiverio a su guarida en la banda norte del Yapurá. Sugiero la probabilidad de los indígenas viniendo de la banda norte del Yapurá porque, hasta donde pude conocer, no era la costumbre de los Bora del Pamá viajar a la desembocadura del Cahuinarí, puesto que ellos podían obtener todo lo que necesitaban del río en puntos más fácil y rápidamente accesibles a ellos. No había indígenas residentes en la vecindad, pero indígenas del otro lado del Yapurá hacían excursiones cuando el río estaba bajo en busca de cacería o de tortugas y sus huevos.

Es a una de esas accidentales bandas de indígenas que yo, con renuencia, me veo forzado a atribuir la responsabilidad por la muerte de Eugène Robuchon en marzo o abril de 1906.

Apendice 2

Tribus indígenas del Putumayo

El libro original contiene un apéndice con una lista de tribus, que reproducimos abajo con comentarios. Esta lista no parece haber sido colectada por Robuchon sino provenir de información tomada de otra fuente. Llama la atención que cuatro de las cinco “tribus” uitoto que aparecen más frecuentemente mencionados en el texto y en los pies de fotos no aparecen incluidas en el apéndice. Estos son los cinco nombres de clanes que Robuchon más menciona:⁸⁵

aimenés	=	<i>aimeni</i>	gente de garza
kinenes	=	<i>kineni</i>	gente de canangucho (<i>Mauritia flexuosa</i>)
caniane	=	<i>kánieni</i>	gente de hormiga
nonuyas	=	<i>nónuiyai</i>	gente de achiote (<i>Bixa orellana</i>)
pofeitas	=	<i>bofaizai</i>	gente de gusano

De estas cinco, sólo “caniane” se encuentra incluido en el apéndice escrito “canianes”.

Adicionalmente, en el capítulo IV se listan 17 tribus ubicadas en la zona de la sección cauchera de Atenas:

ekireas	=	<i>ekireni</i>	gente de almendra silvestre (<i>Caryocar</i>)
pofeitas	=	<i>bofaizai</i>	gente de gusano
emuidifos	=	<i>imuidifo</i>	gente de ceniza
eguas			
cullogares	=	<i>kuiógaro</i>	gente de gusano
ichobias	=	<i>iyóbiai</i>	gente de hoja de platanillo
eguétafos			
ucagues			
monaines	=	<i>monani</i>	gente de amanecer
puneixas	=	<i>buinaizai</i>	gente de pescado
icoñas	=	<i>ikógaro</i>	gente de cangrejo
meinas	=	<i>méiniyai</i>	gente de azulejo

85 Agregamos al frente el nombre del clan en escritura uitoto normalizada junto con su significado.

hurais	=	<i>jurai</i>	gente de Jurama (personaje mitológico)
tiguenes	=	<i>z'iuenti</i>	gente de enredadera
idomangaros	=	<i>jitómagaro</i>	gente de sol
moisas			
edogaros	=	<i>etógaro</i>	gente de pájaro carpintero

Sólo tres tribus de esta lista aparecen en la lista del apéndice, y dos de ellas escritas con ortografía diferente: “monaines”, escrita como “monanes”, y “puneixas” escrita como “puineitas”; “icoñas” se lee igual en ambos listados.

La lista del apéndice probablemente no fue elaborada por Robuchon sino tomada de otra fuente y agregada al texto, bien por Robuchon o por el editor Rey de Castro. Muy probablemente se trata de información recogida por la Casa Arana. En el mapa levantado por el Sr. Victor Macedo, gerente de la Casa Arana en La Chorrera (ver apéndice 7), se encuentran los mismos nombres con la misma ortografía que los del apéndice. En el mapa citado aparecen además muchos más nombres de tribus. El anexo parece recoger sólo aquellos nombres que corresponden a la zona del alto Igaraparaná, y entre este río y el río Caquetá (o Yapurá).⁸⁶

En los nombres de tribus contenidos en el apéndice se pueden reconocer los nombres de clanes uitotos que aún existen o nombres de clanes que quedan en la memoria de los ancianos. Hipólito Candre, cacique de la comunidad de Cordillera en el río Igaraparaná, revisó la lista del apéndice y nos dio la interpretación contenida en la siguiente tabla. En la tabla se listan todos los nombres de clanes y de capitanes contenidos en el apéndice de la edición de 1907, acompañados de la ortografía corregida por Hipólito Candre y de los significados de los nombres uitotos, dados por Argemiro Candre.

86 Comparar con las listas de tribus uitotos publicadas por el P. Gaspar de Pinell (1928, pp. 227-229) y por Thomas Whiffen (1915, pp. 296-298).

Apéndice tribus indígenas del Putumayo de la Edición Oficial de 1907, con la interpretación de Hipólito Candre

Tribus (apéndice)	Tribus (H. Candre)	Significado (A. Candre)	Caciques (apéndice)	Caciques (H. Candre)
Uiguenes	<i>juzikueni</i>	gente de yuca	Firima, Ituire	Jirima, Jiduiyama
Nirafos	<i>nirafó</i>	gente de tejer	Julián	
Ohuapurei	<i>ofuéfore</i>		Choroitique	Zoroitiki
Meretas	<i>neerefo</i>	gente de asaí ¹	Nonoguema, Culloemui	Nonokuema, Kuiuema
Uchopejos	<i>uyobefo</i>	gente de platanillo ²	Imuisidoma	Imuizidoma
Chepeyes	<i>yefaie</i>		Meiniquema, Cutiña, Ruidiri, Tatigamena	Menikiema, Kutima, Ruyima, Zazigi, Amena
Nonuyas	<i>nonúiaí</i>	gente de achiote ³	Seguepuinema, Caimerangaro	Zege Buinaima, Kaimeragaro
Tiasas	<i>taize</i>		Anamema, Itico	Janamena, Itiki
Cocoyas	<i>kokuiyi</i>	gente de hervir	Cuyoguegue	Kuiogiga
Urafos	<i>jurafo</i>	gente de hueso de yuca [gente de Jurama, ser mitológico]	Masacamui	Mazakamui
Yanes	<i>zaino</i>		Diomac, Hueigera	Diona, Uiamá
Angarofos	<i>agárofo</i>	gente de lombriz acuática (especie de caloche)	Angarumo, Macharina	Agarima, Mayarima
Nomuenes	<i>nonueni</i>		Aropuinema	Aro Buinaima
Caimamas	<i>kánieni</i>		Oquera, Puinema, Tioquemui	Okue, Buinaima, Tókimui
Puineitas	<i>buinaizaí</i>	gente de pescado	Ripena	Ribena
Uguines	<i>uigini</i>	gente de caña silvestre <i>uigikaí</i>	Ocainama	Okainama
Miñuas	<i>miñiaíni</i>	gente de ratón	Afekidoma	Afekima
Machifuris	<i>machiéni</i>		Eñidarique, Toroco Puinema	Aiñdiroki, Toroki Buinaima
Ypuñas	<i>jibuiñi</i>	gente de caloche <i>jibui</i>	Pechadique	Beyadima

¹ Palma *Euterpe precatoria*

² *Phenakospermum guianensis*.

³ *Bixa orellana*.

Apéndice 3

Vocabulario huitoto

La edición de 1907 contiene un apéndice con 66 vocablos y expresiones que reproducimos abajo con nuestros comentarios y anotaciones. La mayoría de las expresiones y voces son similares a las empleadas en el dialecto *minika* que se habla en el río Igaraparaná; 61 de los 66 vocablos y expresiones se pueden reconocer en el habla hoy en día en la región de La Chorrera. Algunos rasgos fonéticos (*p* en lugar de *b*, *t* en lugar de *d*) indicarían una pronunciación afín a la del actual dialecto *nipode*, o pueden deberse a sesgos en la audición de Robuchon.

La siguiente tabla lista el vocabulario del apéndice de 1907 seguido de los términos equivalentes en el Uitoto actual y su traducción.

Apéndice “Vocabulario Huitoto”		Datos de la lengua Uitoto ¹	
Español	Uitoto	<i>Uitoto</i>	Español
Padre	Mon	<i>mooma</i>	padre
Madre	Eño	<i>eño</i>	madre
Hija	Riñoña	<i>riño</i> ²	mujer
Viejo	Uikeroma	<i>éikome, eiroma</i> ³	anciano
Vieja	Uikesero	<i>eiringo</i>	anciana
Extranjero	Oikomue		
Chiquillo	Muguro		
Hermano	Ama	<i>aama</i>	hermano
Mujer	Riñoña	<i>riño</i>	mujer
Hombre	Iima	<i>íima</i>	hombre
Amigo	Tcheinama	<i>yainama</i>	aliado ceremonial
Enemigo	Igagmake	<i>jiáimaki</i>	otra gente
Blanco	Viracucha ⁴	<i>rakuiya</i>	gente no-indígena
Brujo	Iatche		
Medicina y religión			
Dios	Usiñamu	<i>Juziñamui</i>	personaje mitológico ⁵
Sombra	Apuehana	<i>afe jana</i>	esa sombra
Sueño	Cuiñakate	<i>kue inákade</i>	yo quiero dormir
Tabaco	Tue	<i>dúue</i>	tabaco (genérico)

¹ Datos del dialecto *minika*, a menos que se señale de otra manera.

² “Hija” se dice *jiza* en dialecto *minika*.

³ *Eiroma*: dialecto *nipode* (Griffiths et al., Ms.).

⁴ Palabra quechua.

⁵ Jefe de los tigres caníbales, que vive en las alturas.

Apéndice “Vocabulario Huitoto”		Datos de la lengua Uitoto ¹	
Español	Uitoto	<i>Uitoto</i>	Español
Animales de caza			
Mono	Emueje	<i>jemi</i>	mico churuco ⁶
Tigre	Jekko	<i>jiko</i>	tigre, perro
Tapir	Suruma	<i>zuruma</i>	danta ⁷
Váquira	Eimo	<i>eimoɪ</i>	puerco de monte ⁸
Perro	Ekko	<i>jiko</i>	tigre, perro
Plantas			
Arbol	Amena iutidie	<i>amena</i>	árbol
Plátano	Okoto	<i>oogodo</i>	plátano
Maíz	Pechato	<i>beyado</i>	maíz (mazorca)
Yuca	Maika	<i>maika</i>	yuca de comer
Ají	Ivico	<i>jifirai</i>	ají (planta)
Caucho	Isire	<i>ikirai</i>	caucho
Caña de azúcar	Cononongue	<i>konónogi</i>	caña de azúcar
Números			
Uno	Taje	<i>daaje</i>	uno
Dos	mena	<i>mena</i>	dos
Tres	Taje amani	<i>daaje aamani</i>	tres
Cuatro	Menajere	<i>piɣomenarie</i> ⁹	cuatro
Cinco	Tapecuiri	<i>daabe kuiro</i>	“una mano”
Diez	Nagapecuiri	<i>naga jebekuiro</i>	“todas las manos”
Poco	Chichanito		
Mucho	Monome	<i>jamánomo</i>	demasiado
Lleno	Monite	<i>monide</i>	abundante
Pronombres			
Yo	Cue	<i>kue</i>	yo, mi
Tú	O	<i>o</i>	usted/tu
Nosotros	Naga	<i>naga</i>	todos ¹⁰
Vosotros	Nagaobe	<i>naga omoɪ</i>	todos ustedes
Ellos	Atchue	<i>áiyue</i>	grande, mucho
Este	Piee	<i>bie</i>	éste, esto(s), ésta(s)
Mí	Cue	<i>kue</i>	yo, mi
Tuyo	Oe	<i>oɛ</i>	suyo, tuyo
Adjetivos			
Pequeño	Yurete	<i>duérede</i>	es pequeño
Frío	Rosirete	<i>rozírede</i>	está frío
Calor	Ekaside		
Seco	Tajerede	<i>zaférede</i>	está seco
Enfermo	Tuico	<i>duiko</i>	enfermedad, epidemia
Muerto	Paide	<i>faite</i>	golpear, matar

⁶ *Lagothrix lagothricha*

⁷ *Tapirus terrestris*

⁸ *Tayassu pecari*

⁹ Dialecto *nipode* (Griffiths et al., Ms.).

¹⁰ “Nosotros”: *kaɪ*

Apéndice “Vocabulario Huitoto”		Datos de la lengua Uitoto ¹	
Español	Uitoto	<i>Uitoto</i>	Español
Verbos			
Trabajar	Biefono	<i>biéfodo</i>	de esta manera
Ir	Rairemaka	<i>raire maka</i>	camine rápido
Tomar	Penojocuido	<i>beno jokoide</i>	lavar aquí ¹¹
Tener hambre	Naimede	<i>naimérede</i>	estar dulce
Venir	Benebi	<i>bene bi</i>	venga acá
Reir	Sateide	<i>zadaide</i>	reir, sonreir
Hablar	Naitode	<i>naitoide</i>	de esa manera ¹²
Llorar	Edde	<i>eede</i>	llorar
Partamos	Manacocoaide	<i>mai koko jaaide</i>	nosotros dos ya vamos
Colores			
Blanco	Userede	<i>uzérede</i>	ser blanco
Rojo	Iarede	<i>jiárede</i>	ser rojo
Negro	Ituide	<i>jitrede</i>	ser negro
Diversos			
Voy al rededor del fuego	Cugueremo ireimo	<i>irai</i>	fogón
Vengo del bosque	Asikemo cuemakaide	<i>jazikimo kue makaide</i>	caminé por el bosque
No	Iñete	<i>iñede</i>	no hay

¹¹“Tomar”: *jiode*.

¹²Dialecto *nipode*.

Apendice 4

El contrato de Robuchon con la Casa Arana

Los textos de esta correspondencia entre la Casa Arana con el Ministerio de Relaciones Exteriores de Perú con relación al contrato con Robuchon se encuentran al inicio de la edición de 1907.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Núm. 762

Lima, noviembre 4 de 1903.

Señores J. C. Arana & hermanos,
Iquitos.

Este Ministerio tiene noticia de que el señor Eugenio Robuchon, miembro de la Sociedad Geográfica de París y antiguo explorador de la zona oriental de América, ha salido del Havre, con dirección a Iquitos, en el mes de mayo último.

Con este motivo, me es grato dirigirme a Uds., a fin de que se dignen contratar, si fuera posible, por cuenta del gobierno del Perú, al indicado señor Robuchon para que practique en la zona que ocupan las posesiones de ustedes los estudios que se puntualizan en las instrucciones adjuntas.

Cree el gobierno que conviene comenzar estos estudios en la mencionada zona porque confía en que ustedes facilitarán al señor Robuchon los elementos necesarios para el mejor éxito de su cometido.

Como remuneración a los trabajos del señor Robuchon se servirán ustedes acordarle la suma de treinta y cinco libras mensuales (£ 35) y, además, la cantidad que estimen indispensable para gastos de manutención, transporte y adquisición de los respectivos materiales.

Eugène Robuchon

Este Ministerio espera que ustedes, cuyo patriotismo es notorio, prestarán al asunto de que se trata toda la atención que su especial naturaleza reclama.

Dios guarde a ustedes.

JOSÉ PARDO.

Iquitos, 2 de septiembre de 1904.

Señor Ministro de Relaciones Exteriores del Perú,
Lima.

Tenemos el agrado de remitir a US. una copia del contrato que, de acuerdo con el estimable oficio de ese Ministerio, fecha 4 de noviembre último, hemos celebrado, por cuenta del gobierno del Perú, con el señor Eugenio Robuchon.

Nos es igualmente grato manifestar a US. que nuestra casa ha resuelto sufragar todos los gastos que origine la misión confiada al señor Rubuchon, deseando contribuir así, aunque en forma modesta, a los patrióticos fines que persigue nuestro gobierno.

Aprovechamos de la oportunidad para ofrecer a US. las protestas de nuestra más alta consideración y estima.

J. C. ARANA & HERMANOS.

Contrato

Conste por el presente que nosotros, J. C. Arana y hermanos, en representación del gobierno del Perú, por una parte, y por la otra Eugenio Robuchon, hemos celebrado un contrato sobre exploración hidrográfica y terrestre:

1a De la zona comprendida entre los ríos Putumayo y Yapurá, que bañan los afluentes Igaraparaná, Caraparaná, Pamar, Cahuinari, Satilla y Mapia, y los tributarios de éstos.

2a De la zona comprendida entre, los ríos Putumayo, Napo y Tambor-Yacco, afluente del Napo.

La extensión del territorio para explorar y el tiempo que deben durar las exploraciones se determinan en las cláusulas siguientes.

Ia Sección — Igaraparaná

El señor Robuchon comenzará sus exploraciones partiendo de la Chorrera y remontando el río Igaraparaná hasta el Último Retiro, cuyo punto lo señalará el gerente de la empresa contratante. De ese punto partirá en línea recta hasta encontrar el río Yapurá y lo bajará hasta la confluencia con el Cahuinari. De allí partirá surcando el Cahuinari hasta su confluencia con el Pamar o Avio Paraná, de donde partirá para Santa Julia o Indostán o Medio Día, para iniciar de allí la exploración de las secciones denominadas Abisinia, Nevajes, Matanzas, Sabana, etc., etc. y el territorio habitado por las tribus de Bórax, Muinanes, Andoques, Huitotos, etc., etc.

Terminadas estas exploraciones, surcará nuevamente el Cahuinari desde la confluencia del Pamar o Avio Paraná, hasta donde sea posible, y del punto a que llegue partirá para Providencia, recorriendo esas montañas, anotando las tribus que existen y explorando los ríos Fititas, Menage y demás de las márgenes derecha e izquierda del Igaraparaná.

En el curso de las exploraciones fijará geográficamente la posición de los lugares, hará croquis del curso de los ríos y de sus tributarios, tomará vistas fotográficas de los puntos principales y de todos los establecimientos gomeros, así como también de los indígenas.

Determinará la extensión de las secciones en que están establecidos los trabajos gomeros y levantará el plano de ellas; así como también hará trabajos etnográficos, antropológicos, botánicos y zoológicos, a fin de que se pueda conocer, hasta donde sea posible, las condiciones de esos territorios, sus producciones, clima, etc. y las reformas que, en su concepto, se puedan introducir para la mejor y más vasta explotación de dicha zona, principalmente en lo que se relaciona con la goma elástica.

Para la exploración de esta zona se fija el plazo de cuatro meses.

2a Sección — Caraparaná

El señor Robuchon comenzará las exploraciones surcando el Caraparaná hasta Junín o algún punto más arriba si le fuese posible, y de allí partirá, más o menos en línea recta, hasta encontrar en Delicias o algún punto más arriba, el río Yapurá, el cual bajará hasta el río Mapia (si es que se halla en dicha región) o hasta el punto en que salió a explorar la sección Igaraparaná; y de allí emprenderá la exploración de la zona situada entre el Yapurá y el Caraparaná hasta llegar a éste, verificando los mismos trabajos, estudios, etc., que se mencionan en la sección I.^a Igaraparaná, especialmente el plano del río Caraparaná, fijación geográfica de su confluencia con el Putumayo y plano especial de las posesiones peruanas de esa zona.

La exploración durará tres meses.

3a Sección—Putumayo

El señor Robuchon comenzará sus exploraciones en la boca del Igaraparaná por ambas márgenes y con toda minuciosidad hasta el Campuya, dedicando preferente atención a los varaderos que unen la boca del Caraparaná y del Campuya con el Tambor-Yacco, afluente del Napo, para insinuar los medios que crea convenientes para facilitar la comunicación entre ambos puntos y el citado Tambor-Yacco.

También hará los estudios y acopios de datos y noticias a que se refieren las cláusulas I.a y 2.a

La exploración durará un mes.

El señor Robuchon, además de los planos a que se refieren las cláusulas I.a y 2.a, levantará un plano general del territorio comprendido por una línea que, partiendo de Arica, encuentre al Yapurá en la boca del Cahuinari, el Yapurá hasta Delicias o algún punto más arriba, una línea desde este punto hasta Junín u otro más arriba, el río Caraparaná, el Putumayo hasta la boca del Campuya, el varadero del Campuya al Tambor-Yacco, el Tambor-Yacco hasta la salida del varadero del Putumayo y una línea desde este punto hasta Arica, indicando al mismo tiempo la extensión superficial de dichos territorios.

Para la ejecución de estos trabajos, la casa J. C. Arana y hermanos pagará al señor Eugenio Robuchon un sueldo mensual de treinta y cinco libras esterlinas (£ 35), con gastos justos de manutención, facilidades de movilización, escolta de cuatro

hombres originarios de cada sección en la cual se harán los trabajos. La casa Arana y hermanos proporcionará el material de trabajo, y a la conclusión de los trabajos, los instrumentos adquiridos quedarán de propiedad del señor Robuchon.

Para el gobierno del Perú quedarán todos los trabajos realizados, tales como mapas, las vistas fotográficas y dos ejemplares de los informes escritos en castellano, prontos para ser entregados a la imprenta, con el derecho exclusivo de publicación en castellano o inglés, para toda la América del Sur, España, Estados Unidos de Norte América e Inglaterra.

Junto a este contrato, se acompaña la lista de los instrumentos comprendidos en las condiciones ya expresadas.

Hecho en Iquitos, el día 30 de agosto de 1904.

Eugenio Robuchon. J. C. Arana & hermanos.

Doy fe que las firmas que anteceden han sido suscritas por los señores Eugenio Robuchon y J. C. Arana, quienes firman nuevamente por ante mí.

Iquitos, a 1° de setiembre de 1904.

Eugenio Robuchon.

J. C. Arana.

Arnaldo Guichard,
Notario Público.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Núm. 30

Lima, 4 de abril de 1907.

Señor don Carlos Rey de Castro,
Cónsul General del Perú en Manaos.

Con fecha 30 de agosto de 1904, los señores J. C. Arana y hermanos celebraron, por cuenta del gobierno del Perú, un contrato con el señor Eugenio Robuchon, por el cual se comprometía éste a hacer estudios de carácter geográfico, etnográfico, etc., en la zona del río Putumayo y sus afluentes que ocupan dichos industriales.

Eugène Robuchon

En consecuencia, sírvase US. recabar de los señores Arana y hermanos los originales de los trabajos que hasta la fecha hubiese practicado el señor Robuchon, bien como los planos, fotografías y demás anexos que forman parte de ellos.

Debo prevenir a US. que los señores Arana y hermanos se han comprometido, con laudable patriotismo, a efectuar todos los gastos que la misión confiada al señor Robuchon exija; de manera que US. no tendrá que efectuar por este concepto desembolso alguno.

Tan luego como los trabajos de que se trata estén en poder de US. transládase a esta capital con el objeto de conducirlos, consultando las seguridades del caso, y ponerlos a disposición del gobierno.

Dios guarde a US.

SOLÓN POLO.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Núm. 31

Lima, 4 de abril de 1907.

Señor don Carlos Rey de Castro,
Cónsul General del Perú en Manaos.

Este Ministerio tiene conocimiento de que existe en poder de los señores J. C. Arana y hermanos, de Iquitos, un expediente seguido ante el Juez de la instancia del Bajo Amazonas para comprobar los derechos de dichos señores a los terrenos que ocupan en el río Putumayo y sus afluentes.

Como ese expediente reviste particular importancia por su carácter de elemento probatorio en el litigio de límites que sostenemos con Colombia, sírvase US. gestionar su adquisición, o por lo menos, la de una copia legalizada, que hará US. llegar a poder de este despacho en la misma forma que los trabajos del señor Robuchon, a que se refiere mi oficio de la fecha, número 30.

Dios guarde a US.

SOLÓN POLO.

Lima, 19 de julio de 1907

Señor Ministro de Relaciones Exteriores,
Presente.

En cumplimiento de lo ordenado por el despacho de US., gestioné y obtuve de los señores J. C. Arana y hermanos, la entrega de los estudios del señor Eugenio Robuchon sobre el río Putumayo y sus afluentes, bien como una copia legalizada del expediente a que se contrae el estimable oficio de US., fecha 4 de abril último, N.º 30.

Me es sensible manifestar a US. que los estudios del señor Robuchon, de que he sido portador, han quedado incompletos. Según referencias de los señores Arana y hermanos, hace varios meses que el señor Robuchon ha desaparecido de las inmediaciones del *Retiro*, a orillas del Putumayo, donde se encontró parte de su equipaje y algunas líneas escritas, en que parece indicaba el rumbo que iba a tomar, pero que por acción de la humedad se han vuelto casi ininteligibles.

Los señores Arana y hermanos presumen, con fundamento, que el señor Robuchon haya sido víctima de los indios antropófagos que frecuentan esos parajes. Los mismos señores han hecho todo género de esfuerzos para descubrir el paradero del activo, explorador, pero sin resultado alguno satisfactorio.

Los trabajos del señor Robuchon que se han podido aprovechar, y que ahora me es grato poner a la disposición de US., bastan a mi juicio para acreditar el tino y previsión con que se procedió al celebrar el contrato que los ha originado.

Dios guarde a US.

C. REY DE CASTRO

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Lima, 23 de agosto de 1907

Visto el oficio en que el cónsul general del Perú en Manaos, don Carlos Rey de Castro, cumpliendo el encargo para el que ha sido llamado, hace entrega a este Ministerio de los estudios practicados por el ingeniero Eugenio Robuchon en el río Putumayo y sus afluentes, así como de un expediente seguido ante el juez de 1a instancia del Bajo Amazonas por J. C. Arana y hermanos, para comprobar sus derechos en el referido río y sus afluentes; se dispone: 1o que los estudios del ingeniero Robuchon sean impresos por cuenta del gobierno y que la vigilancia de esta impresión la ejerza el mencionado cónsul general, quien seguirá percibiendo durante el tiempo que dure su comisión el sueldo y asignaciones de su cargo; y 2o que el expediente de qué se ha hecho mérito pase al archivo de límites para los fines del caso.

Regístrese y comuníquese.

Rúbrica de S. E. — Polo.

Apéndice 5

Nota de prensa en *El Comercio* de Lima (20 de octubre de 1907) sobre libro de Robuchon⁸⁷

Exploraciones interesantes – La industria peruana – Hermosos panoramas – Entre haitotos caníbales -- Episodios curiosos
– Triunfo de la civilización.

Se edita actualmente en Lima, por cuenta del gobierno y bajo la vigilancia del señor Carlos Rey de Castro, cónsul general de nuestro país en Manaos, un trabajo del explorador y geógrafo francés señor Eugenio Robuchon, relativo á las zonas bañadas por el río Putumayo y sus afluentes.

En noviembre de 1903, el doctor José Pardo - que á la sazón desempeñaba el ministerio de relaciones exteriores - encargó á los señores J. C. Arana y hermanos que contrataran á Robuchon para que hiciera diversos estudios en aquella región extrema de nuestro territorio.

Los señores Arana y hermanos celebraron el respectivo contrato y, dando una prueba de su patriotismo, se comprometieron á sufragar todos los gastos que originase la interesante misión confiada al explorador francés.

Los estudios de Robuchon debían extenderse á la zona comprendida entre los ríos Putumayo y Yapurá, que bañan los afluentes Igaraparaná, Caraparaná, Pamar, Cahuinari, Satilla y Mapia, inclusive sus tributarios, y á la que se halla ubicada entre los ríos Putumayo, Napo, y Tambor-Yacco, afluente del Napo.

El activo geógrafo comenzó sus exploraciones sin pérdida de tiempo, y recorrió gran parte de las zonas en que los señores Arana y hermanos han establecido la vasta negociación gomera que lleva su nombre.

87 Reseña del libro de Robuchon, altamente elogiosa de los trabajos de la Casa Arana en el Putumayo, colocada como apéndice en la edición de Rey de Castro.

Según referencias de los señores Arana y hermanos, Robuchon ha desaparecido en una de sus excursiones por el Putumayo, cerca de un punto llamado “El Retiro”.

La carta del señor Julio Arana, que trata de este triste episodio y que tenemos á la vista, dice en sus párrafos pertinentes: “Es posible que Robuchon haya sido victimado por los indios mientras mandó á sus acompañantes civilizados en busca de víveres, pues estos acompañantes se extraviaron por más de quince días y sólo pudieron regresar después de un mes largo al lugar donde dejaron á su jefe. Ahí encontraron parte de su equipaje y un papel escrito, en que parece indicaba el rumbo que se proponía seguir, pero que por efecto de la humedad casi no se entiende. Se ha buscado a Robuchon durante cuatro meses por dos comisiones de veinticinco hombres cada una, y hace una año que no se tiene noticia de él”.

Los materiales dejados por Robuchon, y que han podido llegar á poder de nuestro gobierno merced á la diligencia de los señores Arana y hermanos y á la actividad de nuestro cónsul general en Manaos, se contraen á la primera parte del encargo que se le confió; pero bastan para formarse idea de la importancia de esas regiones. De las muchas bellezas naturales que les dan relieve, de las riquezas que encierran y del porvenir que les está reservado.

El estudio de Robuchon es atractivo, tanto por la narración y las observaciones que contiene, cuanto por sus ilustraciones gráficas. El inteligente explorador ha sacado buen número de fotografías, lo mismo de los parajes pintorescos, que de los moradores de esas apartadas latitudes.

Como no era posible reproducir en las páginas de “El Comercio” sino un número corto de fotografías, hemos preferido las que aparecen en este artículo y que consideramos más sugestivas.

En el río Cotuhé se estableció, á tenor del primer *modus vivendi* pactado con Colombia, una aduanilla peruana. Posteriormente, en virtud de nuevos arreglos celebrados entre las cancillerías de Lima y Bogotá, la aduanilla fué retirada. Por error de una delegación brasileña enviada á San Antonio de Iça, tropas del Brasil de ubicaron en el mismo local en que había funcionado aquella aduanilla, y aunque el incidente no tuvo trascendencia, porque la cancillería fluminense se apresuró á reparar el error, siempre la vista fotográfica tomada por Robuchon en ese lugar, que puede reputarse ya histórico, ofrece señalado interés.

Robuchon hace notar que en el Cotuhé observó la temperatura más elevada de todo su viaje hacia el Putumayo. En el mes de septiembre de 1904 registró cuarenta y tres grados centígrados á la sombra, en el puente de su embarcación.

Llegan á un número bastante considerable las tribus de indios salvajes, en su mayoría antropófagos, que Robuchon ha conocido y procurado estudiar.

Los *huitotos*, que forman á lo que parece la tribu más grande del Putumayo, tienen según Robuchon, la piel pardo-cobrizo, cuyos tonos corresponden á los números 29 y 30 de la escala cromática de la “Sociedad de Antropología de París”. Los cabellos largos y abundantes, son negros, oscuros y lisos. Ambos sexos los usan naturales, sin cortarlos. Lo que se cortan ó arrancan son las pestañas y las cejas. Entre los hombres es general la costumbre de mutilarse las narices y los labios. Los habitantes del Alto Igaraparaná se perforan la división de la nariz y la atraviesan con un tubito de junco, del espesor de una pluma de ganso. Los del centro del Igaraparaná se perforan las paredes de la nariz y se clavan plumas de colores. Se atraviesan también el labio inferior, de arriba abajo, con una especie de clavo metálico. Casi todos tienen el lóbulo de la oreja agujereado por un grueso pedazo de madera dura que adornan con una concha de nácar.

El pecho de estos indios - continúa Robuchon - es ancho; y su busto, elevado y echado hacia atrás, les imprime cierto aspecto de nobleza; mas los miembros superiores e inferiores, estos últimos sobre todo, están poco desarrollados.

Entre las armas de los huitotos figura la cerbatana, llamada *obidiake*, de dos metros de largo, hecha con una caña hueca, cubierta de fibra y provista de embocadura. Sirve para lanzar pequeñas flechas de veinticinco centímetros de largo y de apariencia poco peligrosa, pero de efectos terribles, pues la punta de cada una de ellas está untada de *curare* y produce la muerte en menos de un minuto. Usan también flechas envenenadas (*morucos*), débiles baquetas de un metro ochenta centímetros de largo, reunidas en grupos de ocho ó diez, que guardan en un estuche de bambú. Tienen las puntas untadas con veneno y las lanzan con las manos á una distancia de veinte metros. Las manejan con gran destreza y se sirven de ellas en la caza ó en la guerra. Emplean, así mismo, las *macanas*, mazas chatas de madera dura y pesada, semejantes

á grandes sables. No usan el arco para sus flechas, y en la cacería utilizan trampas de todas clases y combinaciones muy ingeniosas de cañas y ramas flexibles.

Todas las tribus *huitotas* emplean el mismo dialecto, bastante sencillo en su forma, desprovisto de artículos y de conjugación. Pronuncian las palabras con una entonación prolongada y armoniosa.

Creer los *huitotas* en la existencia de un sér superior, que llaman *Usiñamu*, y de uno inferior, que denominan *Taifeño* y que es el espíritu del mal. Admiten la inmortalidad del alma y la vida futura. Rinden homenaje al sol (*Itoma*) y á la luna (*Fuey*).

Cuando muere alguno de ellos lo entierran en su misma casa, envuelto en una hamaca nueva, rodeado de todos los utensilios de su pertenencia. Para los matrimonios observan pocos trámites. El pretendiente se dirige á la casa en que reside la mujer elegida, desmonta una cierta cantidad de terreno, corta leña para su futuro suegro y obsequia al cacique con una bolsa de tabaco ó de coca. Quince días después le entregan la novia.

La poligamia no existe entre los *huitotas*, y solo por excepción, en casos muy raros los caciques han tenido dos mujeres.

La acogida que, al menos aparentemente, dispersan los indios del Putumayo al extranjero es hospitalaria. Así se desprende de estas palabras de Robuchon:

Nuestro piloto me mostró unas canoas amarradas á la orilla y pude comprender por sus gestos que allí se encontraba una choza. Era demasiado tarde y la noche avanzaba rápidamente. Decidí quedarme. Al amarrar la piragua salté á tierra sin tomarme la pena de abrir mis maletas y sacar ropa seca. Tenía prisa de entrar en una casa y calentarme al rescoldo.

La choza estaba bastante lejos de la orilla, y para llegar tuve que atravesar un sendero estrecho, entre el ramaje mojado. Penetré á la choza, en que había algunos indios, cuya sorpresa me hizo comprender que recibían pocas visitas. Los envié á buscarme leña, y minutos más tarde me senté delante de un buen fuego, donde me calenté á mis anchas, olvidando los sinsabores de aquella pésima jornada.

Acababa de terminar el arreglo de mi cama de campaña, cuando una treintena de indios hizo irrupción en de la choza. Traían, á manera de antorchas, ramas resinosas encendidas y depositaron á mis pies platanos, piñas y otras frutas.

Advertidos por el *manguaré*, que no había dejado de resonar todo el día, y a medida que descendíamos, en las chozas vecinas al río, los indios habían venido empujados por la curiosidad y me habían traído sus ofrendas, con la esperanza de obtener algo en cambio. Obsequié á cada uno con una caja de fósforos, y parecieron muy satisfechos con mi regalo. Después de estarse quietos alrededor del fuego, por algún tiempo se retiraron. Al irme de aquella hospitalaria casa olvidé recompensar á sus amos, pero éstos vinieron hasta la piragua y, mediante signos, pasándose la mano por el cuello, me hicieron recordar mi distracción. Los recompensé ampliamente, distribuyéndoles todas las cuentas que me quedaban.

A las anteriores escenas de hospitalidad podría oponerse la narración hecha por el propio explorador de las escenas de antropofagia.

La gran olla de tierra, especialmente reservada para el caso y ordinariamente suspendida del techo, se baja hasta el suelo. Arrojanse en ella los despojos humanos sin mutilados, sazonados con una buena cantidad de ajíes rojos, y este puchero repugnante se pone á hervir á fuego lento. Simultáneamente el *manguaré* (curioso aparato para comunicarse á la distancia) comienza á dejar oír un sonido sordo, anunciando en las lejanías del bosque los preparativos de la ceremonia. De todas las colinas vecinas responden los *manguarés*, y los indios comienzan á llegar al centro del festín. Todos se han revestido de sus *más* bellos ornamentos y de plumas multicolores, así como de cascabeles que, atados á las rodillas, producen á cada paso un alegre sonido. Quinientos ó seiscientos indios, hombres y mujeres, pueblan el sitio, armando una algazara atronadora, mezclando sus discordantes gritos á los chillidos de las criaturas y á los aullidos de los perros. De pronto cesa el ruido del *manguare*. Un gran silencio sucede á la gritería anterior: la olla ha sido retirada del fuego.

Los hombres, únicos que toman parte activa en la ceremonia, se sientan al rededor de la olla. El capitán ó cacique agarra un pedazo de carne humana y después de deshacerlo en largos filamentos, se lo lleva á la boca y comienza á chuparlo lentamente, pronunciando de vez en cuando una serie de palabras que el resto de la muchedumbre apoya con un *heu* afirmativo. En seguida tira á un lado la carne desangrada y cada uno continúa por turno la misma

operación, hasta rayar el día. Los cráneos y los brazos, del todo despojados completamente de carne, se suspenden del techo sobre el humo, y luego los caníbales se hartan de *cahuana*, é introduciéndose los dedos en la garganta, provocan el vómito.

Vuelve otra vez á retumbar el *manguar*⁴ lentamente primero, en seguida con gran rapidez, hasta que los golpes adquieren un ritmo arrebatador. Ha comenzado el baile, baile infernal, que hace temblar la tierra bajo las patadas de los indios. Resuenan los cascabeles de un modo ensordecedor, los cánticos se convierten en aullidos atroces y se apodera de todos una excitación nerviosa, producida por la influencia de la coca, muy parecida á la locura feroz y que los domina los ocho días que dura la festividad.

El infeliz Robuchon no imaginaba, sin duda, al describir la extraña ceremonia, que poco tiempo después él mismo había de servir de protagonista mártir de escenas semejantes. En uno de los pasajes de su trabajo, el distinguido explorador, desagradado con la noticia de graves hechos ocurridos en el Cahuinari, habla de la buena estrella que jamás lo abandonó en sus exploraciones. Probablemente su exagerado optimismo lo ha hecho víctima de los caníbales, y quizás si alguno de sus compañeros de plácido aspecto, que lo rodean en la fotografía que hoy reproducimos, haya figurado entre los que lo mataron y devoraron.

Antes de explorar el Putumayo, Robuchon había recorrido, durante ocho años, varias otras regiones del oriente; y en una de éstas, en la del Madre de Dios, conoció á una indiecita de tribu salvaje. Simpatizó con ella, la tomó á su cargo, la educó con todo esmero, y, lo que ha de sorprender á nuestros lectores, la hizo después su esposa.

La indiecita, ya casada, acompañó á Robuchon en diversas excursiones; pero temeroso el noble viajero de que al internarse en el Putumayo, corriera aquélla serios peligros, decidió mandarla á Europa. El vapor que la conducía naufragó entre Manaos y Pará, y la señora de Robuchon salvó milagrosamente. Hoy vive en Poitier, al lado de la familia de su marido. En la fotografía que publicamos está acompañada de su hermana política.

No sería raro que mañana algunas de las indias ya civilizadas del Putumayo tuvieran la suerte de su congénere del Madre de Dios. Por lo pronto, como se ve en una de nuestras reproducciones fotográficas, parece que los empleados de por esas zonas no son rebeldes á los encantos de las *huitotas*.



La señora de Robuchon y la hermana de éste en Poitiers

El estudio de Robouchon, que motiva estas líneas, termina con un capítulo destinado á la “Chorrera”, donde existe uno de los establecimientos más importantes de la empresa de los señores J. C. Arana y hermanos y donde según el mismo Robuchon, abundan los panoramas de rara belleza.

Hay en la “Chorrera” varios saltos de agua, y algunos de ellos llegan á tomar proporciones de catarata. Considera el diligente explorador que, dentro de un lapso no muy lejano, se aplicará esa gran fuerza hidráulica á las necesidades de la industria local ó se utilizará para producir energías destinadas al transporte y á la iluminación.

Desde el año de 1896 los señores Arana y hermanos establecieron el comercio y la navegación á vapor en la extensa zona del Putumayo, materia de los estudios de Robuchon. Como fruto de los esfuerzos de aquellos industriales peruanos, se encuentran hoy por ahí más de 40 casas comerciales, numerosos establecimientos de colonización, muchísimos almacenes, chácaras, tambos, etc. Para conducir la mercadería se utilizan

Eugène Robuchon

los vapores, lanchas y batelones de propiedad de la misma empresa.

El acierto con que trabajan los señores Arana y hermanos queda suficientemente comprobado con el cuadro de exportación de gomas procedentes de las zonas bañadas por el Putumayo, y que



Indias huitotas afectas a La fotografía

se ha servido proporcionamos el señor Rey de Castro, quien lo obtuvo de la aduana de Iquitos:

Años	Kilos
1900	15,843
1901	54,180
1902	123,210
1903	201,656
1904	343,499
1905	470,592

1906

644,897

Una de las circunstancias que enaltecen los trabajos de los señores Arana para convertir en región industrial la comprendida en el Putumayo y sus afluentes es la de que ahí no se produce el caucho y lo que se explota en la totalidad de las posesiones es el jebe



La Chorrera - Indias huitotas civilizadas. Preparación de café



Indias huitotas civilizadas, al servicio de los establecimientos de La Chorrera de J. C. Arana y hermanos

débil, de bastante menor rendimiento pecuniario que aquél. El pie satisfactorio de la negociación se debe, como consecuencia, en gran parte, á la forma discreta y económica con que se le maneja, conservando las plantas existentes y tratando de aumentar cada vez más las plantaciones.

Creemos que la noticia que hemos dado sobre el estudio del geógrafo francés ha de llamar la atención de las personas aficionadas á esta clase de trabajos é induce á deplorar doblemente la desaparición de un hombre tan activo y preparado como Robuchon, acreedor, sin duda, á la gratitud de los peruanos.

El folleto de Robuchon está precedido de breves palabras escritas por el señor Rey de Castro, y de ellas copiamos las siguientes para finalizar esta noticia:

Las páginas escritas por Robuchon y las ilustraciones gráficas que las acompañan, nos revelan muchos de los secretos que envuelven la vida de los bosques peruanos, en nuestras fronteras con Colombia y el Brasil.

Las noticias é impresiones recogidas por Robuchon servirán, sin duda, de nuevo y poderoso estímulo para la apertura de rápidas y fáciles vías de comunicación entre el departamento de Loreto y nuestros puertos del Pacífico.

Los datos estadísticos sobre la extracción de gomas en el Putumayo, las hermosas vistas panorámicas de esas regiones y el tipo casi siempre robusto y esbelto de sus habitantes. constituyen también valiosos elementos de juicio para medir la importancia de las gestiones, discretas y patrióticas, de nuestro gobierno en el sentido de afianzar la soberanía del Perú en los territorios cruzados por el Putumayo y sus afluentes.

Los estudios del señor Robuchon han de tener, indudablemente, fuerza probatoria en cualquiera circunstancia en que sea preciso atestiguar cómo las energías peruanas se han ejercitado en las zonas que nos disputan algunos países vecinos.

Apéndice 6

J. C. Arana y hermanos – sucursales y dependencias⁸⁸



Julio C. Arana

88 Apéndice de Carlos Rey de Castro en edición de 1907.



Lizardo. Arana

CASA DE IQUITOS

Cristián Alzamora	Contador general
Agustín Aymar	Contador y cajero
Felipe C. Alcorta	Jefe de la sección vapores
Luis Egoaguirre	Despachos de Aduana
Daniel Casanova	Compras, aviamientos, etc.
Noel Díaz Mori	Importación y exportación, etc.
Alejandro Lozano	Importación y exportación, etc.

Embarcaciones

Vapor	LIBERAL	Comandante	Carlos Zubiatur
Id.	COSMOPOLITA	Id.	A. Cabrejos
Lancha	Huitota	Para servicio	en el Putumayo
Id.	Callao	Id.	Id. Id.
Id.	Intrépido	Id.	Id. Id.
Id.	Veloz	Id.	Id. Id.

En el Putumayo y sus afluentes

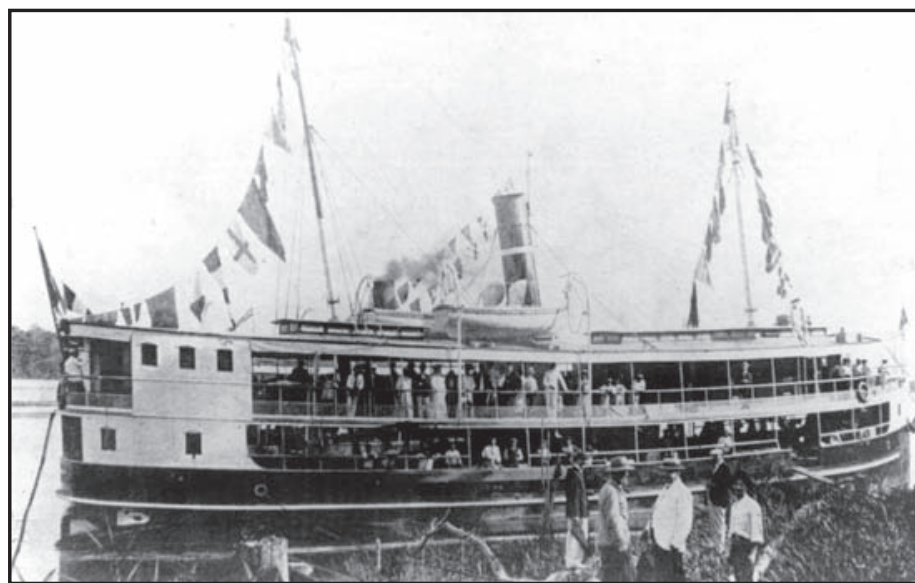
Id.	Delta	Id.	Id.	Id.
Id.	Audaz	Id.	Id.	Id.
Albarenga Chorrera				
Id.	Campananá			
Id.	Cahuinari			
Id.	Mossamedes			

Estas albarengas son remolcadas por las lanchas.

Sucursal para importar mercaderias

(Gira bajo la razón social Arana, Alarco & Cía.)

Germán Alarco	Socio gerente
Varios empleados	Diversos servicios



Vapor Liberal

Ferrocarril Urbano de Iquitos

Florencio F. de Abreu	Socio gerente
Arturo Pesantes	Administración
Diez empleados subalternos	Idem
Peones conductores (50 más ó menos)	Idem y servicios

Eugène Robuchon

Distrito de Pevas

Sucursal en el rio Ampi-yacu "Puca urquillu"

Juan José Noriega Gerente de la sucursal y administrador de jebales

CASA DEL PUTUMAYO

Colonia Indiana (Chorrera) en el Igaraparaná

Víctor Macedo	Gerente general
Francisco Ponce	Contador
Jorge Tola	Cajero y contador
Empleados subalternos en número de 80	Comisiones y otros servicios

Principales dependencias de Colonia Indiana

Jefes	Sección
Aristides Rodríguez	La Sabana
Aurelio Rodríguez	Providencia
José Fonseca	Ultimo Retiro
Andrés O'Donell	Entre Ríos
Elías Martínengui	Urania
Miguel Flores	Occidente
Fidel Velarde	Oriente
Enrique Schulz	Sur
Clodomiro Matas	Norte
Abelardo Agüero	Abisinia
Armando Normand	Andoques
Alfredo Montt	Atenas
Augusto Jiménez	Cahuinarí
César Goizueta	Retiro
Héctor Chávez	Santa Catalina
Bartolomé Guevara	Porvenir

Nota: Hay en *Chorrera* cerca de 40 sucursales ó dependencias más. Cada una de ellas tiene un personal de empleados civilizados de 10 á 25 hombres. La sección *Andoques* tiene de 60 á 80 hombres, y las secciones *Entre Ríos*, *Providencia*, *Borax* y *Cahuinarí* más de 25 hombres cada una.

El Encanto, sucursal en Caraparaná

Miguel S. Loaiza Gerente general

Otto Daniel Contador

Dependencias: Argelia, La Florida, San Antonio, Nueva Granada, Delicias, La Sombra, María, Junín.

Jefes: León Bernalles, Augusto Alcorta, Aristipo de La Torre, Juan Ángulo, Arturo Osos.

Nota: Hay 10 ó 15 dependencias más y un personal subalterno civilizado de ciento diez hombres.

ALTO PURUS

Sucursal

Lino M. de la Barrera Gerente y Contador

Manuel Cabrejos Cajero

Demetrio Barrantes Administrador

ACRE

Sucursal

Germán N. Garro Gerente y contador

Dos empleados subalternos

ALTO ACRE

Sucursal

Manuel O. Feijoo Gerente y contador

Diofanto Reátegui Socio gerente

Diversos empleados subalternos Comisiones, etc.

SEPAHUA

Sucursal

Oscar de la Barrera Gerente

Dos empleados subalternos Comisiones, etc.

CASA DE MANAOS

Augusto Schwarz Gerente y contador

Carlos Hammer Cajero y contador

Benjamín Farias Sección Aduana, etc.

Dos empleados más Compras, comisiones, etc.

Empleados auxiliares

Para viajes en los ríos y en los vapores de la casa

Eugène Robuchon

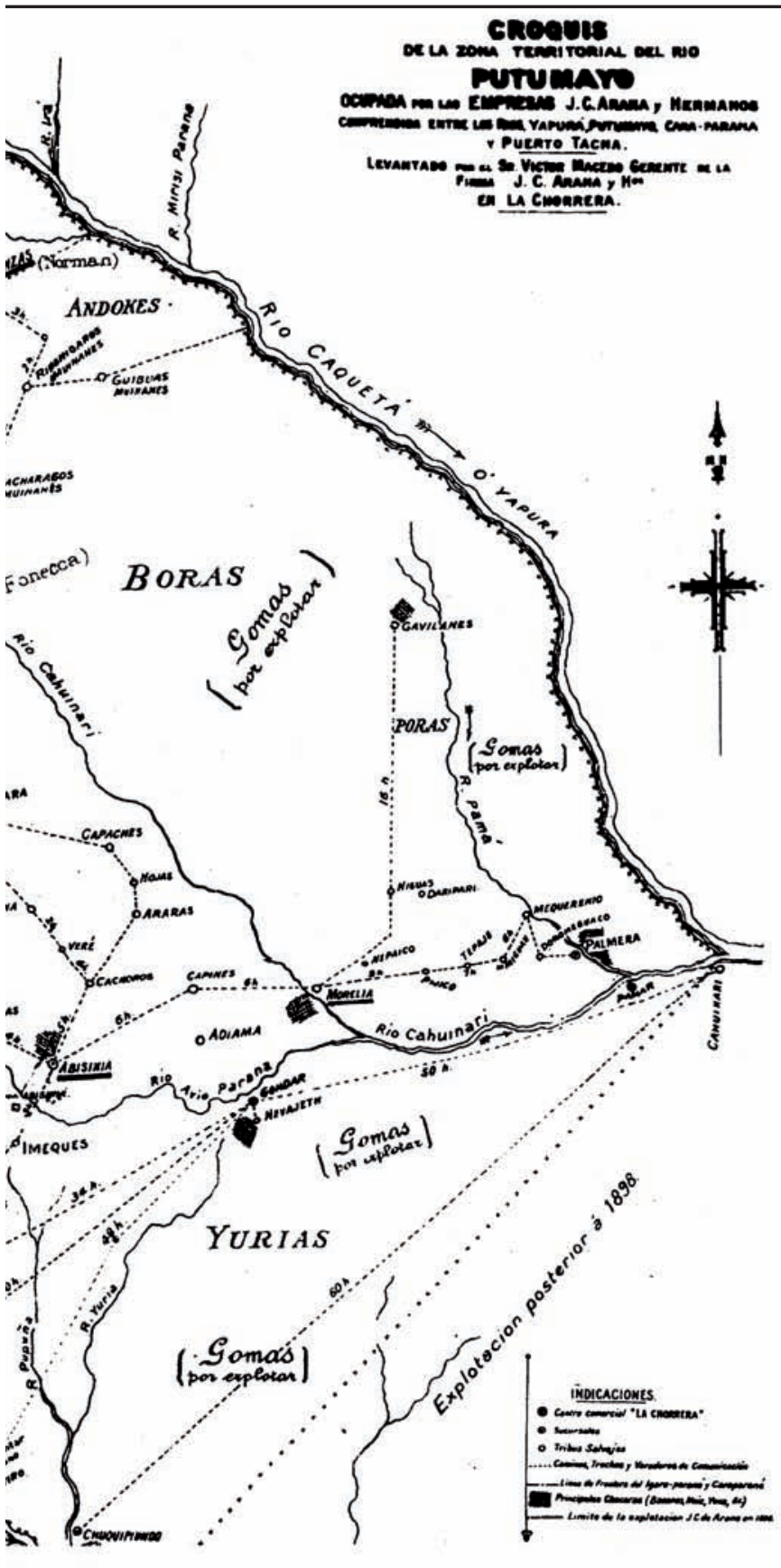
Mariano Luna Con poder, en viaje al Yacco y Alto Purus
Alejandro Medina, Juan L Tejada, varios otros subalternos.

Embarcaciones al servicio de la casa y que viajan en los ríos
brasileros

Vapor	PRECIADA	Comandante	A. P. Cabral
Id.	SANTOS DUMOND	Id.	Raimundo
Miranda			
Id.	PURITANO	Id.	Sansón F. Valle
Id.	NAPO	Id.	
Lancha	Rioja	Id.	
Id.	Rápida	Id.	
Id.	Junín	Id.	
Albarenga	<i>Thea</i>		
Id.	<i>Veloz</i>		
Id.	<i>Ayacucho</i>		
Id.	<i>Vencedora</i>		

Estas albarengas son remolcadas por los vapores.

Apéndice 7



Croquis de la zona territorial del río Putumayo, ocupada por las empresas J. C. Arana y Hermanos, comprendida entre los ríos Yapurá, Putumayo, Cara-paraná y Puerto Tacna, levantado por el Sr. Víctor Macedo, Gerente general de la Colonia indiana o Chorrera. Sin fecha, aproximadamente 1904. (Rhodes House Library, Oxford; ref. no. RHL MSS Brit. Emp. S 22 G332).

Bibliografía

Fuentes en archivos

Archivo general de la nación. Ms.

Eugène Robuchon. « Voyage au Rio Putumayo et ses affluents, rivière Igara Paraná à Caraparana et itineraire de reconnaissance au Rio Caquetá ». Caja 743, carpeta 331, fol. 91-103 (v. y r.). Archivo diplomático y consular, Ministerio de relaciones exteriores. Colombia, Archivo general de la nación, Sección República, año 1911.

Société de géographie. Ms.a

Manuscrits de la Société de géographie, colis 11Bis 2378 (Notes et documents sur l'explorateur de l'Amérique du Sud Eugène Robuchon). Paris, Bibliothèque Nationale de France, Cartes et plans (Site Richelieu).

1. « L'explorateur Eugène Robuchon », Baron Hulot (12 folios a máquina de escribir)
2. Carta de Jules Robuchon al Baron Hulot, Secretario general de la Société de géographie, 7 de junio de 1914, desde Poitiers (2 folios)
3. Borrador de carta del Baron Hulot a Jules Robuchon, 16 de junio de 1914 (3 folios)
4. Portada e ilustraciones de *Paysages et Monuments de la Bretagne* de Jules Robuchon (21 folios)

Société de géographie. Ms.b

Manuscrits de la Société de géographie, colis 37Bis 4071 (Correspondance, coupure de presse et pièces diverses ayant trait aux voyages d'Eugène Robuchon en Amérique

du Sud 1902-1903). Paris, Bibliothèque Nationale de France, Cartes et plans (Site Richelieu).

1. Carta de M. Blanchat, presidente de la Société de géographie de Poitiers, al Baron Hulot, 4 de noviembre de 1902 (4 folios).

2. Carta de Eugène Robuchon al Baron Hulot, 9 de enero de 1903, desde Poitiers (2 folios).

3. Carta de Eugène Robuchon al Baron Hulot, 17 de enero de 1903, desde Saint Nazaire (1 folio).

4. Carta de Eugène Robuchon al Baron Hulot, 2 de febrero de 1903 (3 folios).

5. Carta de Eugène Robuchon a M. Perrier, Director de Museos de Paris, 3 de febrero de 1903 (4 folios).

6. Constancia del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, 8 abril de 1903 (1 folio).

7. Carta de H. Lioret, de Phonograph Système Lioret, al Baron Hulot, 10 de mayo de 1903 (2 folios).

8. Carta de Eugène Robuchon al Baron Hulot (carta personal), 13 de mayo de 1903, desde el Buque *Patagonia* (2 folios).

9. Carta de Eugène Robuchon al Secretario general de la Société de géographie (carta oficial), 13 de mayo de 1903, desde el Buque *Patagonia* (2 folios).

10. Carta de Eugène Robuchon al Baron Hulot, 21 de junio de 1903, desde Manaus (2 folios).

11. Carta de H. Lioret, de Phonograph Système Lioret, al Baron Hulot, 19 de mayo de 1903 (1 folio).

12. Carta de Eugène Robuchon al Secretario general de la Société des Americanistes de Paris, s.f. (1 folio)

13. « De Montevideo à Oruro », Recorte de prensa de Nantes (2 folios).

Referencias bibliográficas

Barthes, Natalie, y Aude Vasallo. 2003. “Thomas Whiffen, à la recherche d’Eugène Robuchon.” En: *Explorateurs photographes : Territoires inconnus 1850-1930*, sous la direction d’Antoine Lefébure, pp. 135-141. Paris : Editions La Découverte.

- Casement, Roger. 1985 (1911). *Putumayo, caucho y sangre: Relación al parlamento inglés*. Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Chedeville, Marie-Thérèse. 2005. "Thomas Whiffen, le husard anglais." En: *L'Amazonie disparu : Indiens et explorateurs 1825-1930*, sous la direction d'Antoine Lefébure, pp. 135-141. Paris : Editions La Découverte.
- Chiriff, Alberto. 2005. "Presentación". En Rey de Castro et al. 2005, pp. 51-72.
- Domínguez, Camilo y Augusto Gómez. 1990. *La economía extractiva en la Amazonia colombiana: 1850-1930*. Bogotá: Corporación Araracuara.
- 1994. *Nación y etnias: Conflictos territoriales en la Amazonia colombiana, 1750-1933*. Santafé de Bogotá: Coama y Disloque Editores.
- Echeverri, Juan A. e Hipólito Candre "Kinerai". 1993. *Tabaco frío, coca dulce*. Premio Nacional de Literatura Oral Indígena. Bogotá: Colcultura.
- Ecomusée départemental de la Vendée. 1980. *Jules Robuchon (1840-1922) ou le patrimoine vendéen à travers l'objectif*. Château du Puy du Fou, Les Espesses.
- Goodman, Jordan. En preparación. *The Devil and Mr Casement*. London: Weidenfeld & Nicolson.
- Gray, Andrew. 2005. "Introducción: Las atrocidades del Putumayo reexaminadas". En: Rey de Castro et al. 2005, pp. 15-50.
- Griffiths, Thomas, John Coleman, & Misael Morales. Ms. "Un Léxico Nipode Uitoto – Español – Inglés == A Nipode Uitoto – Spanish – English Lexicon". Unpublished manuscript, Phonetics Laboratory, University of Oxford.
- Hardenburg, W.E. 1912. *The Putumayo the Devil's Paradise: Travels in the Peruvian Amazon Region and an Account of the Atrocities Committed upon the Indians Therein*. London: T. Fisher Unwin.
- Hispano, Cornelio. 1914. *De París al Amazonas: Las fieras del Putumayo*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorff.
- Hulot, Baron. 1908. "L'explorateur Robuchon". *L'opinion* (31), 6 junio, pp. 13-15.
- Lagos, Ovidio. 2005. *Arana, rey del caucho: Terror y atrocidades en el alto Amazonas*. Buenos Aires: Emecé.

- Mitchell, Angus. 1997. *The Amazon Journal of Roger Casement*. London: Anaconda Editions.
- McKenna, Terence. 2001. "Alucinaciones reales". Revista El Mercurio. Visitado marzo 2006 en <http://www.mercurialis.com/emc/autores/mckenna/th1b.htm>
- Olarte Camacho, Vicente. 1911. *Las crueldades de los peruanos en el Putumayo y en el Caquetá*, 3a. ed. Bogotá: Imprenta Nacional (1932).
- Paternoster, G. Sidney. 1913. *The Lords of the Devil's Paradise*. London: Stanley Paul & Co.
- Pinell, Fray Gaspar de [= Gaspar Miguel Monconill y Viladot, Pbro.]. 1928. *Excursión apostólica por los ríos Putumayo, San Miguel de Sucumbíos, Cuyabeno, Caquetá y Caguán*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Preuss, Konrad Theodor. 1994. *Religión y mitología de los Uitotos: Recopilación de textos y observaciones efectuadas en una tribu indígena de Colombia, Suramérica*, 2 vols., trad. de R. Castañeda, E. Becerra and G. Petersen de Piñeros. Santafé de Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, Colcultura, Corporación de Araracuara.
- Quiñones, Julio. 1924. *Au coeur de l'Amérique vierge*. Paris: J. Peyronnet et Cie. Editeurs.
- Rey de Castro, Carlos, Carlos Larraburre y Correa, Pablo Zumaeta, y Julio César Arana. 2005. *La defensa de los caucheros*. Monumenta Amazónica, E2. Iquitos: CETA, IWGIA.
- Ribemont, Francis (ed.). 1999. *Jules Robuchon 1840-192: Imagier de la Vendée et du Poitou*. Bordeaux: L'horizon chimérique.
- Rivera, José Eustacio. S.f. *La Vorágine*. Segundo Festival del Libro Colombiano.
- Société de géographie. 1896. *Compte-rendu des séances de la Société de géographie 1896 (Tome VI)*. Paris.
- Société de géographie. 1897. *Compte-rendu des séances de la Société de géographie 1897 (Tome VII)*. Paris.
- Société de géographie. 1903a. "Peregrinations dans la République, le Chili et la Bolivie, par M. Robuchon." Actes de la Société de géographie. *La géographie: Bulletin de la Société de géographie* VII: 154-155.

- Société de géographie. 1903b. "Perou". Actes de la Société de géographie. *La géographie: Bulletin de la Société de géographie* VIII: 251.
- Souza, Marcio. 1999. *Silvino Santos, o cineasta do ciclo da borracha*. Rio de Janeiro: Edições Funarte.
- Taussig, Michael. 1987. *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Healing and Terror*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Valcárcel, Carlos A. 2004 (1915). *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*. Monumenta Amazónica, E1. Iquitos: CETA, IWGIA.
- Whiffen, Thomas. 1915. *The North-West Amazons: Notes of Some Months Spent Among Cannibal Tribes*. London: Constable and Co. Ltd.

El explorador francés Eugène Robuchon desapareció en circunstancias oscuras en el río Caquetá en 1906, en el curso de sus trabajos de exploración para J. C. Arana y Hermanos. Las fotografías y notas geográficas y antropológicas dejadas por Robuchon fueron editadas y publicadas en Lima en 1907 por Carlos Rey de Castro, cónsul peruano en Manaos y asociado cercano de Julio César Arana.

Esta reedición contiene el texto íntegro y fotografías de la “edición oficial” de 1907 que presenta la traducción del diario de la primera expedición de Robuchon al río Igaraparaná en los años 1903-1904. La edición de 1907 ha sido enriquecida con una introducción, tres fotografías de Robuchon tomadas del archivo de la Sociéte de Géographie de París y la transcripción de un manuscrito de Robuchon encontrado en el Archivo Diplomático y Consular del Archivo General de la Nación de Colombia. Este último documento contiene los diarios y anotaciones geográficas de Robuchon de la última expedición que realizó, entre octubre de 1905 y principios de 1906, luego de la cual desapareció en el río Caquetá.

La autenticidad del libro póstumo de Robuchon ha sido objeto de controversia. Sin embargo, la comparación del manuscrito original del diario de Robuchon de 1903-1904, que se encuentra en el British Museum, con la traducción al español publicada por Carlos Rey de Castro (aquí reproducida) revela que los dos textos son exactamente equivalentes, con la excepción de algunos pasajes desfavorables a las actividades de Arana que fueron suprimidos. La obra que presentamos, enriquecida con todos materiales e informaciones adicionales que han estado a nuestro alcance, es una contribución a la historiografía de los turbulentos tiempos del auge cauchero en la Amazonia colombo-peruana.

ISBN 958-9451-63-2



9 789589 451632